SOLO
sobreviví



VALENTINA GALA

SOLO *sobreviví*

VALENTINA GALA

Primera edición.
Solo sobreviví
©Valentina Gala
©agosto, 2026
©Imágenes por AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 1



Me quedé mirándome en el espejo y suspiré.

Mi mirada me devolvió el cansancio que sentía, pero no era solo físico, que también, sino mental. El mismo cansancio que llevaba acompañándome desde ya ni recordaba cuándo.

—Venga, Astrid, solo ve, hazlo y vuelve.

Con esas palabras intenté darme ánimos a mí misma, valor y también paciencia, que era lo que más necesitaba para ir a hacer el servicio que me esperaba.

Salí del baño con la toalla enroscada en el cuerpo y fui directamente al armario. Era un armario pequeño de dos puertas. En la parte derecha tenía la ropa que usaba a diario, esa que era más bien escasa y en la que me gastaba lo menos posible. La mayoría de las prendas eran de alguna tienda de segunda mano o las había usado tanto que ya se notaban desgastadas por varios sitios.

Pero esa ropa no era la que necesitaba para lo que tenía que hacer, así que fui directamente a la parte izquierda, que era donde estaba todo lo necesario.

Abrí el cajón de abajo y no me hizo falta pensar mucho qué coger. Todas las prendas eran del mismo color: negras. De distintas formas, telas y tactos, pero todas negras.

¿Obsesión con el negro?

No, no era esa la razón de que todas esas prendas, que eran ropa interior, fuesen así. No era por una obsesión, una manía o algún tipo de TOC. Simplemente era el color que había elegido desde que empecé en ese trabajo, si es que podía llamársele así. No había más misterio.

Lo primero que saqué fueron un par de medias de liga, negras, transparentes y con un tacto divino. Totalmente imprescindibles.

Lo siguiente, un conjunto de tanga, sujetador y liguero que podía provocar infartos. Justo lo que necesitaba. No de forma literal, claro, porque solo me faltaba que el cliente la cascara al verme.

Siguiente elección.

Un vestido.

Siempre un vestido y, como no podía ser de otra manera, negro también.

Tenía varios con diferentes cortes y largos, nunca por debajo de la rodilla, y con distintas transparencias, pero sin llegar a ser vulgares.

Todos eran vestidos que, aunque baratos porque no podía permitirme gastar un pastizal en una ropa que la mayoría de las veces no me duraba puesta más de cinco minutos, daban el pego y parecían caros.

Todos los vestidos me quedaban como un guante, como debía ser. Eran elegantes, no siempre muy cómodos, pero sí me hacían parecer sofisticada y con clase, que era lo que necesitaba.

Me fui poniendo prenda por prenda mientras hacía una lista mental de las cosas que tenía que comprar al día siguiente en el supermercado, todas totalmente necesarias si no quería morirme de hambre. Me habían dado ganas de llorar cuando había llegado esa tarde a casa y había visto que apenas quedaba nada.

Ya con toda la ropa puesta, fui a sacar la caja que guardaba en el altillo del armario. La bajé, la puse encima de la cama y, cuando la abrí, suspiré. Tres pelucas era lo que guardaba allí dentro. Ponerme una de ellas no solo era necesario, sino imprescindible para mí. Cuanto menos pareciera yo misma, mejor.

Cada una era de un color diferente, aunque todas eran de pelo corto. Las había elegido así para no tener que hacerme ningún recogido y para que no me hicieran sudar en los sitios donde hacía calor.

Pensé cuál coger ese día. Una era pelirroja, otra de color caoba y otra morena. Todas opuestas al color de mi pelo, que era de un rubio muy claro.

—Hoy serás pelirroja, Astrid.

Cogí la de ese color y dejé la caja en el sitio del que la había sacado antes de ir al baño y colocármela delante del espejo.

Llevaba tanto tiempo usándolas que podría ponérmelas sin mirarme y no habría tenido ningún problema. Lo del espejo era más bien porque después iba a maquillarme y necesitaba estar allí.

Me maquillé de forma muy sutil: solo máscara de pestañas, un poquito de colorete para dar color a mis pálidas mejillas y, por supuesto, el toque de rojo en los labios que siempre me ponía para esas ocasiones.

Elegía el rojo en mis labios para que hiciera juego con mis zapatos de altísimo tacón y el bolso de mano que llevaba, que siempre eran rojos.

También tenía varios y todos rojos. Para mí era como si me pusiera un uniforme y realmente lo era. Toda la ropa negra y el resto rojo. Esa era siempre mi elección.

Desde el primer día, hacía ya dos años, en que hice mi primer servicio, había sido así y eso no había cambiado.

Miré la hora en el reloj y asentí satisfecha. Tenía media hora por delante para llegar a la hora acordada con el cliente y el hotel al que tenía que ir solo estaba a diez minutos en taxi, así que iba perfecta de tiempo.

Abrí el chat de mi jefa en el teléfono para cerciorarme, por si acaso me había equivocado. No creía que fuera así, pero me gustaba comprobar las cosas varias veces y volver a mirar la hora y la dirección.

Crystal: *Servicio a las 22.00 h en el hotel de siempre. Un solo cliente. Habitación 308. Cuídate, Jazmín, y no la líes. Mañana te ingreso el pago.*

Sonreí al volver a ver lo de «no la líes».

No era lo habitual. Liarla, me refiero. Pero, si se daba el caso y tenía que hacerlo, no me cortaba un pelo a la hora de decir o hacer lo que hiciera falta si pensaba que el cliente, o los clientes si eran varios, se estaban pasando de la raya.

Porque sí, ellos pagaban y pedían, pero hasta ahí. Si se comportaban, perfecto, pero, si alguno se ponía tonto o no cumplía las normas, no me cortaba a la hora de decírselo o de largarme a mitad del servicio, dejándolos con las ganas y con cara de gilipollas.

Eso me había traído más de un problema con Crystal e incluso me había dicho en más de una ocasión que no volvería a darme ningún servicio.

Pero, de momento, eso no había pasado porque seguía dándomelos. Muy mal no lo haría si eso seguía pasando, ¿no?

Metí el teléfono en el bolso sin contestarle. No hacía falta.

Nuestra comunicación solía ser así. Mensajes con el sitio, la hora y alguna indicación de lo que me esperaba en el servicio: si sería un solo hombre, varios o algún otro tipo de servicio más especial. Al día siguiente me ingresaba el pago correspondiente, del que ella se llevaba un porcentaje, y fin del asunto. A esperar al siguiente.

Estábamos en invierno en Nueva York y el frío, aunque no era glacial, sí que era bastante notable a esas horas de la noche, así que, antes de salir, cogí una gabardina forrada por dentro de pelito que me ponía para esas salidas y que, por supuesto, me quitaría antes de entrar en la habitación del hotel.

El aire fresco de la noche me golpeó en la cara nada más salir del portal, pero, sinceramente, lo agradecí.

Eso me ayudaría a despejarme, ya que tenía muchísimo sueño y, si no fuera porque necesitaba el dinero más que el aire que respiraba, habría mandado el servicio de esa noche a la mierda, me habría metido en la cama y habría dormido al menos doce horas para recuperarme un poco.

El ajetreo de la vida que llevaba me tenía agotada, pero no me quedaba otra, así que me tocaba aguantarme hasta que consiguiera pagar todas las deudas que tenía y, entonces, solo entonces, podría vivir una vida más tranquila y normal.

Gracias a Dios y, si todo iba bien, eso pasaría, o eso esperaba, en los próximos meses.

Me monté en el taxi que ya me estaba esperando en la puerta del edificio, al que había llamado al terminar de maquillarme, y le di la dirección del hotel.

Casi siempre hacía los servicios en el mismo hotel, aunque también había excepciones. Algunas veces eran en casa del propio cliente, aunque no era lo habitual porque resultaba más discreto ir a un hotel. Otras eran en alguna casa cuando se trataba de uno de los servicios especiales y no solo me tocaba estar con un hombre, sino con varios.

Esos eran los servicios que menos me gustaban: tríos, orgías o parejas. Pero también eran los que mejor se pagaban, concretamente el doble o más que un servicio normal. Aun así, no siempre aceptaba hacerlos, pero, si estaba muy ahogada ese mes, me tocaba hacer de tripas corazón y hacerlo.

Giré la cara hacia la ventanilla y me quedé mirando cómo pasábamos por distintas calles de Nueva York.

No había mucha gente a esas horas. Solo se veía alguna pareja caminando agarrada, algún solitario al que se le notaba el cansancio al andar, seguramente camino de su casa, y algún osado que, con el frío de la noche, había tenido la genial idea de salir a correr.

Suspiré al pensar que ojalá yo fuera una de esas personas, incluso de las que corrían, y no lo que me tocaba ser por obligación.

—Señorita, hemos llegado.

Saqué del bolso un billete y se lo tendí. El taxista me devolvió el cambio y, tras darle las gracias y desearle buenas noches, me bajé.

Crucé la calle y miré la puerta del hotel. Cerré los ojos y volví a suspirar. Sí, me pasaba el día suspirando, pero es que me salía solo y sin querer. Ya ni sabía si esos suspiros eran de cansancio, tristeza, rabia o una mezcla de todo. El caso es que ahí estaban.

Capítulo 2



Desde la acera de enfrente miré la fachada del hotel.

Era enorme, igual que el edificio, que tenía quince plantas. Sin necesidad de entrar, solo con ver la calidad de la piedra de la fachada y lo limpia y reluciente que estaba, cualquiera sabía que era un hotel de categoría.

Un hotel en el que no cualquier persona de a pie podía permitirse pasar una noche, mucho menos varios días.

Dormir una sola noche en la habitación más sencilla que tenía el hotel costaba más de lo que yo cobraba por una hora de servicio con un hombre. Ni lo había preguntado ni tampoco me interesaba saber cuánto podría costar pasar la noche en una de las *suites* de la última planta, pero estaba segura de que el precio tenía que ser insultante.

Había estado tantas veces durante los dos últimos años en ese hotel que conocía todos los tipos de habitaciones que tenían, y ninguna era comparable a las *suites*. Eran el doble de grandes que el apartamento en el que yo vivía.

Aunque, bueno, eso tampoco era muy difícil porque llamar apartamento a aquel sitio era ser muy generosa. Era más bien un cuchitril. Pero era lo que podía permitirme, así que no me quejaba. Por lo menos tenía un techo.

Me estremecí por una ráfaga de viento que sopló en ese momento y dejé de pensar en la mierda de sitio en el que vivía y en las habitaciones del hotel para cruzar la calle a paso ligero.

Entré por las puertas giratorias y, nada más pisar la moqueta del vestíbulo, suspiré al sentir el calorcito que hacía allí dentro.

Al menos, mientras hacía esos trabajos, no pasaba frío.

Otras mujeres que se dedicaban, como yo, al oficio más antiguo del mundo no tenían la suerte de hacerlo a cubierto y les tocaba prestar sus servicios muchas veces en la calle, dentro de un coche o en sitios peores.

Porque sí, dentro de todo lo malo que tenía ese trabajo, había que ver el lado positivo de ser prostituta de lujo.

Sí, eso es lo que soy, por si todavía no lo habías deducido, aunque estoy segura de que sí por mis comentarios.

Como decía, la parte positiva era que los sitios a los que me tocaba acudir para acostarme con un hombre, varios o parejas, como dije antes, eran limpios, calentitos y bonitos.

Y los clientes, aunque había de todo, porque eso pasa en todas partes, solían ser hombres con dinero, cierta clase, educación y saber estar.

También había gilipollas profundos que se creían que, por tener dinero y porque yo prestara esos servicios, dejaba de ser una persona. Pues esos conmigo daban en hueso porque yo no aguantaba tonterías de nadie.

Que tuviera que hacer eso por necesidad, vale, pero había que poner unos límites por mucho que la necesidad apretara, y yo tenía mis normas. Si alguno no estaba dispuesto a cumplirlas, pues adiós muy buenas y que llamara a otra, porque yo no pensaba hacer ciertas cosas ni aguantar muchas otras.

Pero la verdad era que esos gilipollas eran los menos y daba gracias por ello.

La mayoría solían ser correctos y, sobre todo, discretos, algo que para mí era muy importante.

Aunque para ellos casi lo era más, ya que muchos eran hombres casados, políticos, grandes empresarios, famosos u hombres muy conocidos en Nueva York o en el resto del mundo por diversos motivos.

De ahí que la discreción fuera la regla principal de esos encuentros.

Caminé con pasos seguros por el gran vestíbulo, que derrochaba elegancia, sofisticación y buen gusto por todos los rincones.

Alcé la mirada y la crucé con la del chico que estaba en recepción. Asintió con una sonrisa y yo le devolví el gesto de la misma manera.

Ya éramos viejos conocidos.

James, que así se llamaba, llevaba cinco años trabajando allí, siempre en recepción y en el turno de noche. De vernos tantas veces, porque no habían sido pocas las noches que yo había acudido allí a hacer un servicio, habíamos acabado hablando alguna que otra vez al terminar mi trabajo.

Cuando bajaba y salía a la calle para esperar un taxi, a veces me lo encontraba a un lado de la puerta principal, apartado, mientras se fumaba un cigarrillo.

Era un chico prudente, simpático y atento que nunca me había hecho ni una sola pregunta sobre lo que iba a hacer a la habitación a la que subía.

Era algo bastante evidente para alguien que me había visto entrar tantas veces vestida de aquella manera y acudir a habitaciones en las que cada vez había un hombre distinto.

Bueno, no siempre, porque algunos repetían. Incluso tenía algún cliente fijo que pedía mis servicios al menos una vez a la semana.

Así que para James no era ningún secreto lo que yo hacía, aunque nunca me había preguntado nada.

Caminé directamente hacia los ascensores. En ese momento no había nadie esperando para subir, así que, nada más abrirse las puertas después de pulsar el botón, entré.

Pulsé el botón de la tercera planta, que era donde estaba la habitación a la que Crystal me había dicho que tenía que ir ese día.

La 308.

Salí del ascensor y, antes de llamar a la puerta, me quité la gabardina y me la colgué del brazo.

Llamé y esperé.

El tiempo que duró esa espera fue suficiente para que mi cabeza, esa que había entrenado para conseguirlo, se quedara completamente en blanco. Para no pensar en lo que iba a pasar durante la siguiente hora ni sufrir por lo que fuera que me tocara hacer. Algunas veces, cosas asquerosas.

Mi mente entró en modo robot.

Uno que ni siente ni padece. Solo actúa, ejecuta y, al terminar, se apaga.

Me abrió la puerta un hombre de mediana edad. A simple vista, aunque era mayor, no parecía uno de los gilipollas, pero eso lo comprobaría enseguida porque muchas veces las apariencias engañan.

La diferencia entre los dos era más que evidente. Cualquiera que nos viera se daría cuenta de que me doblaba la edad.

Yo tenía veinticuatro años y ese hombre hacía tiempo que había dejado atrás los cincuenta.

—Buenas noches, soy Jazmín.

Ese era el nombre que utilizaba para ese trabajo y ninguna de las personas con las que me había acostado desde que empecé a prostituirme sabía mi nombre real. Y así tenía que seguir siendo.

Por su bien y por el mío.

—Buenas noches. Pasa, por favor.

Como habéis podido comprobar, el hombre no me había dicho su nombre ni lo haría.

Si no lo hacían cuando yo me presentaba, nunca lo hacían después. Pero, vamos, que a mí me daba completamente igual cómo se llamara. Yo había ido a lo que había ido, no a conocer su nombre, su árbol genealógico o saber si tenía problemas de próstata o de cualquier otro tipo.

Si los tenía, que se los contara a su psicóloga, que bastante tenía yo con mis desgracias como para escuchar las de los demás.

Cerró la puerta cuando entré.

Caminé hasta el centro de la habitación y di un barrido completo con la mirada.

Siempre lo hacía.

Era una norma, o quizá una manía, que tenía por prudencia para comprobar que no hubiera nada raro.

Porque sí, alguna vez te llevabas alguna sorpresa.

Como, por ejemplo, que hubiera otro hombre en la habitación, o una mujer, que también podía ser, cuando solo habían pagado por un servicio simple. O que tuvieran juguetes que yo había dejado bien claro en mis normas que no estaba dispuesta a usar, como cuerdas o amarres.

No. Eso era algo que nunca permitía.

No dejaba que me ataran a la cama ni a ningún sitio porque así quedabas indefensa y a merced de la otra persona sin saber cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Solo me habían atado una vez, al principio de todo aquello, y salí de la habitación con más hostias en el cuerpo que si me hubieran colgado de una cuerda y utilizado como saco de boxeo.

Así que no. Nada de atar.

De aquello aprendí y no volvería a pasarme.

No había nada raro en la habitación, al menos a simple vista, así que me acerqué a una de las sillas que había junto a una mesa en la esquina y dejé allí mi gabardina y el bolso debajo.

Me di la vuelta y miré al hombre, que no me quitaba ojo de encima.

—Desnúdate y túmbate en la cama.

Vale. Con esas palabras ya supe, porque eso te lo da la experiencia y el haber pasado por muchas camas, que era un hombre de negocios, muy seguro de sí mismo, al que le gustaba mandar y que lo obedecieran.

Pues muy bien. Ningún problema con eso. Mientras no se pasara de la raya y cumpliera mis normas, yo no tenía ningún problema en ser sumisa y obedecer.

—¿Sabe las normas?

—Sí. Nada de besos, nada de atar con nada y siempre con protección, en todo momento y para cualquier tipo de sexo.

Perfecto. La teoría se la sabía genial. Veríamos si en la práctica no patinaba y quería saltarse alguna.

Asentí.

—Desnúdate. He pagado una hora y no quiero perder ni un minuto hablando. Solo quiero follar y olvidar.

Olvidar… Eso les pasaba a muchos. Nos usaban para olvidar la vida de mierda que llevaban. Una vida que, aun teniendo dinero, en muchos casos era peor que la mía.

Me bajé la cremallera del vestido sin que dejara de observarme mientras yo desconectaba del todo.

Como dije cuando me había vestido en casa, había veces en las que el vestido y la ropa interior no me duraban puestos ni cinco minutos.

Pues esa era una de esas veces.

Capítulo 3



Una hora después salí por la puerta del hotel de la misma manera que había entrado: con discreción.

Sin pararme a mirar ni a hablar con nadie y con la gabardina puesta y ajustada al cuello para no sentir el frío de la noche.

El servicio había sido de los sencillos.

Nada de cosas raras.

El hombre había cumplido las normas y, encima, apenas había tenido que esforzarme demasiado, ya que, como había predicho, era de los que les gustaba mandar y hacer, y yo solo me había limitado a obedecer.

A ponerme como me había pedido y a hacerle lo que quería, nada que se saliera de límites raros. Una felación en la que ni siquiera llegó a terminar y dos polvos rápidos.

Y es que la edad, en algunas personas, no perdona y el hombre no había dado para más.

No siempre era así. Había muchos, sobre todo los más jóvenes, que tenían un aguante increíble y yo acababa marchándome reventada a casa. También estaba el típico flipado que se tomaba esas pastillitas azules que les hacían tener la bandera izada durante horas.

Por suerte, aquella noche no había sido una de esas y me iba para casa cansada, sí, pero no reventada.

Mientras esperaba al taxi, al que había llamado al entrar en el ascensor, me acerqué a la parte de la fachada más alejada de la entrada del hotel, donde James estaba apoyado fumando un cigarrillo.

—Te vas a quedar pajarito ahí apoyado. Hay que ver el frío que hace.

—Hola, Jazmín. Pues, aunque no te lo creas, no tengo frío.

—Pues qué suerte, porque mira que sopla el aire. Yo ni con la gabardina consigo que no me afecte.

Y era cierto porque, nada más salir a la calle, el frío me había golpeado y en esos momentos estaba tiesa.

Tenía unas ganas locas de llegar a casa, darme una ducha, ponerme un pijama calentito y meterme en la cama para dormir las pocas horas que me quedaban hasta que me tocara levantarme para ir a mi trabajo de las mañanas.

—Ya es costumbre, supongo —dijo encogiéndose de hombros.

Me miró de reojo y supe de inmediato lo que quería preguntarme. Lo mismo que hacía cada vez que coincidíamos a la salida de alguno de mis servicios.

Y sabía por qué lo hacía. Por preocupación.

Porque aquel día, que ya quedaba muy lejano, en el que salí de ese mismo hotel golpeada hasta en el cielo de la boca, él estaba en aquel mismo sitio y se asustó al verme en ese estado.

Incluso fue él quien me ayudó a montarme en el taxi al que llamé porque apenas podía mantenerme en pie.

Me adelanté a su pregunta y le dije lo que necesitaba oír para quedarse tranquilo.

—Ha ido bien. Nada raro.

Soltó el aire que estaba conteniendo y asintió.

—Joder, estoy esperando con ansias el día en que no tenga que verte salir por esa puerta. Al menos, no porque hayas venido a trabajar.

—Pues, si no vengo a eso, te aseguro que no me verás salir. No creo que me toque la lotería y tampoco tengo intención de vender un riñón o atracar un banco para poder pagar lo que vale dormir una noche aquí.

Soltó una risita.

—Puede que alguno de ellos se enamore de ti y te haga su mujer.

Alcé una ceja.

—No estás fumando solo tabaco, ¿no?

Ahí su risa ya se convirtió en una carcajada.

—Tampoco sería algo raro. Eres una mujer espectacular.

No me lo decía con segundas intenciones, porque atracción por mí no podía sentir. Él jugaba en la misma liga que yo.

Puse los ojos en blanco.

—Espectacular y todo lo que tú quieras, pero ese tipo de hombres, sabiendo a lo que me dedico, nunca se quedarían con una mujer como yo.

Ni ese tipo de hombres ni ninguno que supiera a lo que me dedicaba, ya de paso, pensé con dolor.

Porque sí, como cualquier persona, me gustaría encontrar el amor, compartir mi vida con alguien y formar una familia en el futuro, pero, con lo que me había tocado hacer, no creía que hubiera un hombre en el mundo capaz de soportar saber que a su mujer se la habían tirado decenas de hombres, si no eran más, y que encima habían pagado por hacerlo.

—Si te quiere, no le importará.

Sonreí con tristeza porque sabía que me lo decía para darme ánimos, pero los dos, o al menos yo, sabíamos que no era cierto.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué? —preguntó haciéndose el tonto.

De sobra sabía de lo que le estaba hablando.

—¿Cuándo vas a echarle un poco de valor y vas a meterle fichas a ese cliente que viene dos veces por semana y se queda embobado mirándote?

Eso no era algo que me hubiera contado él, pero había coincidido varias veces con ese hombre en recepción, hablando con James, cuando yo había ido a hacer algún servicio.

Y no habían sido pocas, ya que lo había visto al menos diez veces en los últimos dos meses.

Apartó la mirada sonriendo.

Vaya…

—¿Lo has hecho? —pregunté sorprendida, pero contenta por él.

Negó con la cabeza.

—¿Entonces? Vamos, joder, habla, que por ahí llega mi taxi y no me quiero ir a casa con esta intriga.

—Vino ayer y fue él quien dio el primer paso. Me ha invitado a cenar. Hemos quedado mañana.

—¡¡Sí!! Por fin. Joder, me alegro mucho, James.

—Bueno, a ver cómo van las cosas —dijo preocupado—. Él es un hombre de negocios adinerado y yo…

—Y tú eres un chico guapísimo y muy buena persona. Si no ve eso, es que es idiota. Además, piensa que no te ha conocido en un bar. Sabe en qué trabajas y, aun así, parece que le da igual.

Pensó durante dos segundos.

—Quizá tengas razón.

—Quizá, no. La tengo.

—Vale…

—Estoy segura de que todo irá muy bien, ya lo verás.

Di dos pasos y me separé de la pared para empezar a caminar y cruzar la acera hasta el taxi, que ya me estaba esperando.

Pero, antes, giré la cabeza por encima del hombro y, sonriendo, le dediqué unas últimas palabras que también le hicieron sonreír.

—La próxima vez que coincidamos mientras te fumas un cigarrillo, no te pediré detalles, igual que tú no me los pides a mí. Pero sí quiero, al menos, una sonrisa que me diga que todo ha salido redondo.

—Si es así, la tendrás.

—Buenas noches, James. Que acabe bien la noche.

—Buenas noches, Jazmín. Cuídate.

Nos despedimos con la mano mientras yo cruzaba la calle.

Me monté en el taxi y, mientras lo hacía, vi cómo James, después de tirar la colilla en una papelera cercana, entraba de nuevo en el hotel para seguir con su turno en recepción.

No éramos amigos.

Pero, en aquella ciudad en la que estaba completamente sola, agradecía poder hablar con alguien de vez en cuando de cosas normales.

No era el único con el que lo hacía, pero, por ese trabajo complementario que tenía que llevar con absoluta discreción, no había querido estrechar lazos con nadie ni crear una amistad que, al conocernos más, me obligara a dar explicaciones que no quería dar.

Así que lo mejor era tener relaciones como la que tenía con James.

Charlas de vez en cuando y ya.

Eso era todo lo que estaba dispuesta a darle a la gente y lo mismo esperaba de ellos.

Le di mi dirección al taxista, que, como muchos otros, aunque no dijera nada, me miró de reojo.

Ni me paré a pensar ni a analizar aquella mirada.

No tenía ganas de saber si en ella había reproche, imaginándose a lo que me dedicaba, asco, deseo, que también podía ser, o, lo peor de todo, pena.

Apoyé la cabeza en la ventanilla del taxi y, mientras veía pasar las mismas calles que había visto al venir, pensé en la única persona que sabía lo que hacía y que nunca me había juzgado.

No estaba de acuerdo y así me lo decía cada vez que hablábamos, pero era por la preocupación y el cariño que me tenía, no porque pretendiera decirme qué tenía o no tenía que hacer con mi vida.

Sí era cierto que, el día que no me quedó más remedio, o más bien necesité contárselo por lo duro que fue todo al principio, puso el grito en el cielo y se ofreció a ayudarme a conseguir el dinero que debía.

Un dinero que era una barbaridad y que sabía que ella no tenía. La única manera de que hubiera podido prestármelo era pidiéndoselo a sus padres, y eso sí que no podía consentirlo.

Era mi problema y yo tenía que solucionarlo.

Y lo estaba haciendo.

Vendiendo mi cuerpo, sí, pero sin ayuda de nadie.

¿Orgullosa?

Puede.

¿Cabezota?

Eso sí. Mucho, en realidad.

Por eso y por otras muchas razones en las que ahora mismo no quería pensar, porque todavía, muchos años después, seguían haciéndome daño, no dejé que mi amiga, mi mejor amiga o, más bien, mi hermana de corazón me ayudara.

Anna…

Sonreí pensando en ella. Era inevitable hacerlo.

Era la única persona que me quedaba de mi pasado y la única que, aun en la distancia, nunca me había soltado la mano.

Día tras día me había apoyado y seguía haciéndolo.

Hacía ya mucho que no nos veíamos. En persona, quiero decir, porque por videollamada no perdonábamos vernos al menos tres veces por semana.

Me bajé del taxi aún pensando en Anna y en las muchísimas ganas que tenía de darle un abrazo.

Porque sí, las videollamadas estaban bien, pero un abrazo de mi amiga de vez en cuando me daba las fuerzas necesarias para seguir.

Capítulo 4



Entré en el portal y no me importó el frío que hacía. Me apoyé en la pared y me quité los zapatos.

Con ellos en la mano, subí los dos tramos de escaleras que había hasta llegar a mi cajita de zapatos. Saqué las llaves del bolso y abrí la puerta. Seguía en modo automático y no volvería a ser realmente yo hasta que me quitara el uniforme y pasara por la ducha.

Dejé el bolso y la gabardina encima del sofá. Ya los recogería después. Lo primero era lo primero.

Entré en el baño y abrí el grifo para que el agua se templara un poco. Caliente sabía que no iba a salir porque la caldera fallaba más que una escopeta de feria, pero, al menos, un poco templada sí.

No era la primera vez que me tocaba ducharme con agua fría, pero, al parecer, aquel día no iba a ser uno de esos y di gracias al cielo por ello.

Me quité la ropa y la peluca a toda prisa y, sin pensarlo más, entré en la ducha.

Al mismo tiempo que las primeras gotas de agua caían sobre mi cabeza, las primeras lágrimas de las muchas que derramaría durante los siguientes minutos empezaron a caer también.

Siempre que llegaba a casa después de un servicio y me metía en la ducha, me pasaba lo mismo.

Allí, sola y sintiéndome sucia por lo que me había tocado hacer, me derrumbaba. Era el único momento en el que me permitía compadecerme de mí misma durante unos minutos.

Sí, solo allí y estando sola me lo permitía.

Lloraba por todo lo que llevaba dos años haciendo y por el motivo que me había llevado hasta aquella situación.

Cerré los ojos y pensé en él.

En mi padre.

Walter Mortensen.

Llorando de forma desgarradora, golpeé los azulejos con los puños mientras pensaba en lo mucho que lo echaba de menos. En todo lo que pasó, en todo lo que sufrió.

Para nada.

Sí, para nada, porque, por mucho que él luchara y por mucho que yo lo acompañara durante todo aquel duro proceso, no sirvió de nada.

Bueno, de nada no.

Sí que sirvió para una cosa: para que al final el puto cáncer le ganara la partida y para que yo tuviera que llevar después, sin él, una vida que jamás habría imaginado.

Pensé en aquel día en el que llegó a casa lleno de ilusión. La mía no fue tanta.

Vivíamos en Copenhague, en la casa en la que habíamos pasado toda nuestra vida, y me contó que en la empresa en la que trabajaba le habían ofrecido un puesto directivo con el que ganaría mucho más. Según él, aquello nos permitiría tener una vida mejor.

No es que viviéramos mal, porque no era así.

Pero sí teníamos que apretarnos el cinturón muchas veces porque su sueldo era bastante más bajo que el que le ofrecían con aquel nuevo puesto.

Me alegré mucho por él, pero me dolió en el alma tener que dejar atrás todo lo que conocía para irnos a Nueva York, que era donde estaba aquel trabajo tan bueno.

Así que, con dieciocho años recién cumplidos, dejé mi vida y me marché con él a miles de kilómetros del único hogar que había conocido.

Del lugar en el que estaban mis mejores recuerdos y vivencias hasta ese momento.

Allí estaban los recuerdos de mi madre, a la que perdí cuando solo tenía seis años después de que un camionero perdiera el control al volante y arrollara su coche una mañana mientras iba a trabajar.

También dejé atrás a Anna y a otras personas en las que prefería no pensar.

Así fue como vendimos nuestra casa, cogimos las maletas y nos plantamos en Nueva York.

El primer año fue bien. Solo podía decir eso, porque tampoco podía asegurar que hubiera sido para tirar cohetes. Al menos, no para mí.

Empezar la universidad en un país distinto al mío, donde la gente era diferente, con un trato mucho más cercano al que yo estaba acostumbrada, fue duro, pero no me quedó más remedio que adaptarme.

La primera mitad del segundo año fue más de lo mismo.

Mi padre estaba contento en su puesto, al que no le había costado adaptarse, y yo seguía con mi segundo año de universidad. Ya había conocido a gente. No amigos, pero sí personas con las que solía salir de vez en cuando.

Pero, pasados esos primeros meses, fue cuando todo se fue a la puta mierda.

Mi padre empezó a encontrarse cada día peor.

Dolores de cabeza constantes, náuseas a distintas horas del día y una bajada de peso que se hizo muy evidente en poco tiempo.

Largas horas en el hospital.

Pruebas, análisis y un diagnóstico demoledor fue lo que tuvimos en apenas una semana después de que, por mi insistencia, aceptara ir al médico.

Tumor cerebral.

Ese fue el diagnóstico que marcó el principio del cambio de nuestra vida.

En poco tiempo tuvo que dejar de ir a trabajar. Las primas que ganaba se esfumaron y, encima, el seguro médico que teníamos no cubría el tratamiento experimental que le ofrecieron y que, según los médicos, era lo único que podía funcionar.

Él, al ver el coste, se negó por completo a someterse al tratamiento.

Pero, después de una semana de lágrimas y ruegos por mi parte para que no se rindiera y luchara todo lo que hiciera falta, conseguí hacerle entrar en razón.

Dinero para enfrentarnos a algo así no teníamos, por lo que decidimos pedir un préstamo muy alto a nombre de los dos.

Conclusión: El dinero voló con rapidez, mi padre no superó el cáncer porque, al parecer, el destino ya tenía escrito que así fuera y yo me quedé en un país que no era el mío, sola, completamente hundida y con una deuda imposible de pagar con un trabajo normal.

Dejar la casa en la que habíamos vivido durante aquellos casi dos años fue lo primero que hice.

Busqué y busqué como una loca hasta que encontré el apartamento en el que vivía ahora. Fue lo más económico que pude encontrar y, siendo sincera, no estaba precisamente en el mejor barrio, pero lo había encontrado a la desesperada y tenía que conformarme.

Lo siguiente que hice fue dejar la universidad. Con pesar, claro, porque me gustaba mucho la carrera que había elegido.

Administración de Empresas y Finanzas. Eso era lo que había estudiado durante dos cursos y se me daba bien. Muy bien, de hecho. Pero no pude empezar el tercero y no creía que pudiera hacerlo nunca.

Busqué trabajo. Había que comer, pagar el alquiler y hacer frente a las altas cuotas del préstamo.

Ni siquiera con los dos trabajos que encontré, que, como no tenía estudios, eran trabajos en los que se ganaba una mierda, me llegaba para pagarlo todo.

Por las mañanas iba a limpiar oficinas, casas y hasta algún colegio. Por las tardes seguía trabajando, pero en ese turno iba a una cafetería del barrio al que me había mudado.

Pero ni así. Ni siquiera con dos trabajos podía hacer frente a todos los gastos.

Aunque arrastraba un cansancio que empezaba a pasarme factura, también comencé a trabajar algunos fines de semana poniendo copas en un *pub* de mucho postín.

Y fue precisamente ahí donde, después de escuchar por casualidad una conversación entre dos chicas, acabé pidiéndoles el teléfono de su jefa, que no era otra que Crystal.

Fui a verla una mañana a la cafetería en la que me citó y, cuando salí de allí, tenía un nuevo trabajo.

Uno que me haría perder mis principios, mi dignidad y parte de mi alma, pero que me daría de comer y me ayudaría a pagar las deudas con más facilidad y rapidez.

Mi primer servicio llegó una semana después de aquella entrevista con Crystal, en la que me habló con mucha sinceridad y me explicó en todo momento cómo eran las cosas y lo que iba a encontrarme.

No me mintió.

Todo lo que me dijo pude comprobarlo no solo en ese primer servicio, del que salí siendo una Astrid totalmente distinta, sino también en todos los que vinieron después.

En aquel primer servicio aprendí que o desconectaba antes de entrar en esas habitaciones de hotel o no podría seguir haciéndolo durante mucho tiempo, porque sentirme usada y sucia, y saber que vendía mi cuerpo, acabaría destrozándome en pocos días.

Así que me endurecí.

Cambié.

Dejé de ser una niña asustada y triste que lloraba por la muerte de su padre y por lo mucho que echaba de menos su vida en Copenhague para convertirme en una mujer dura, con el corazón cerrado y a la que nadie podía mangonear.

Tuve que hacerlo.

No me quedó otro remedio.

Era endurecerse y seguir.

O sentir y caer.

Y yo le había prometido a mi padre en su lecho de muerte que seguiría adelante, pasase lo que pasase. Y lo iba a cumplir.

Vaya si lo iba a cumplir.

Vamos, que ya lo estaba haciendo.

Así era como había llegado a tener aquel trabajo que no cualquiera sería capaz de soportar.

Porque sí, se ganaba dinero. Tampoco tanto, no penséis que eran miles de dólares, pero había que tener unas tragaderas muy grandes y unas espaldas muy anchas para aguantar todo lo que tenía que soportar en algunos servicios.

No sería ni la primera ni la última vez que, nada más acabar y sin que me viera el cliente, me excusaba para ir al baño antes de marcharme y, allí, arrodillada frente a la taza, echaba hasta la primera papilla que comí de niña por el asco que había sentido.

Salí de la ducha y me enrosqué en una toalla.

Suspiré pensando que ya quedaba poco para que mi vida volviera a cambiar. Solo me quedaban unos meses para acabar de pagar el maldito préstamo y entonces podría plantearme qué hacer con ella.

Aunque últimamente había una idea que me tentaba cada vez más.

Volver a Copenhague.

Allí tendría un trabajo de mierda igual, pero, al menos, estaría con Anna.

Sonreí al pensar en ella.

Pensé en el día en que nos conocimos, cuando solo éramos dos niñas de tres años en nuestro primer día de colegio.

Solo hicieron falta unas pocas palabras por su parte, dos sonrisas por la mía y ¡chas! Amigas inseparables hasta el día de hoy.

Durante nuestra infancia y adolescencia vivimos tantas cosas que podríamos escribir un libro enorme con todas aquellas anécdotas.

Las cosas podrían haber cambiado entre nosotras cuando me mudé.

Pero no.

La distancia, en vez de alejarnos, nos unió todavía más, si eso era posible.

Durante los primeros dos años volví algún fin de semana suelto para verla. Pero, desde que las cosas se pusieron tan mal con mi padre, ya no había podido regresar, así que era ella la que viajaba cuando podía y venía a verme.

Y esos días que se quedaba conmigo en mi cuchitril eran los únicos en los que, durante aquellos dos últimos años, me permitía ser un poco la Astrid divertida y dicharachera que había sido siempre y no el bloque de hielo en el que me había convertido desde que murió mi padre.

Con el pijama puesto, ese gordito que me daba el calor que necesitaba en esos momentos y me hacía sentir un poco mejor que durante la ducha, me metí en la cama.

Solo hicieron falta tres minutos para que cayera rendida, vencida por el sueño y el cansancio, en brazos de Morfeo.

Capítulo 5



Salí de la última oficina que me tocaba limpiar esa mañana y me fui directamente a la boca de metro.

Siempre que era posible, solía coger el autobús, el metro o iba andando a los sitios en los que me tocaba trabajar. Todo lo que fuera no gastar de más era bienvenido.

Aunque, cuando tenía alguno de los servicios de mi trabajo complementario, solía ir en taxi y me jodía bastante porque baratos no eran precisamente. Pero ir en metro, por ejemplo, con los vestidos que me ponía y a altas horas de la noche, la mayoría de las veces no era una opción.

A esas horas, tanto en el metro como por la calle, había mucho gilipollas suelto y no tenía ninguna necesidad de arriesgarme a que me pasara algo.

Me monté en el metro que me dejaría a una calle de donde vivía y me senté, cansada, en el primer asiento libre que encontré.

El móvil sonó dentro de la mochila.

Sin sacarlo siquiera, ya sabía quién era y eso me hizo sonreír.

Solo podían ser dos personas, las únicas que solían mandarme mensajes: Crystal o Anna. Y estaba segura de que la primera no era porque la noche anterior había tenido servicio y nunca solía darme trabajo dos días seguidos.

Así que solo podía ser mi Anna.

Desbloqueé el móvil y justo ahí estaba mi querida amiga.

Anna: *Buenos días, loca.*

Astrid: *Habló la que está muy cuerda.*

Anna: *Ja, ja, ja. Valeee, pues las dos estamos locas al mismo nivel.*

Astrid: *Con eso ya estoy más de acuerdo. ¿Qué tal todo?*

Anna: *Bien. ¿Sabes qué? Mi padre nos dijo ayer que quiere jubilarse y vivir la vida con mi madre. Dice que ya es hora de parar un poco y disfrutar.*

Astrid: *Y tiene razón. Se lo ha ganado.*

El padre de Anna, Thomas Nielsen, era un currante que, partiendo de la nada, había creado una empresa de energías renovables que en esos momentos estaba en todo lo alto y era rentable, no, lo siguiente.

Vamos, que ganaban mucha pasta.

Desde que fundó la empresa siendo solo un crío, había trabajado de forma incansable, haciendo más horas que un reloj para sacarla adelante.

Y lo había conseguido.

Por eso no me extrañaba nada lo que me estaba contando Anna.

Se merecía un descanso y disfrutar junto a su mujer, Molly, de la vida.

Anna: *Sí, mi madre está contentísima con su decisión.*

Astrid: *Los dos se merecen vivir y disfrutar.*

Anna: *Sí, yo también pienso lo mismo. Así que, dentro de unos meses, porque dice que no quiere hacerlo sin dejarlo todo cerrado, oficialmente la empresa tendrá otro CEO. Mi hermano será mi nuevo jefe.*

Su hermano…

Apreté los dientes y los puños.

Solo con mencionarlo me hervía la sangre.

Habían pasado años, pero no se me había olvidado ni un poco cómo terminaron las cosas entre nosotros.

Cosas que nadie sabía.

Solo él y yo.

Aunque Anna me había preguntado mil veces qué había pasado entre nosotros, hacía ya tiempo que había dejado de hacerlo porque llegó un momento en el que le pedí, por favor, que no volviera a hablarme de su hermano más de lo estrictamente necesario.

Pero nunca se lo conté.

Era algo que, solo con hablar de ello, me hacía daño y estaba segura de que a Anna no le sentaría muy bien saberlo, así que me lo callé.

Aunque ella siempre había sabido que algo gordo había pasado entre su hermano y yo. Porque pasamos de llevarnos bien a que yo, principalmente, lo fulminara con la mirada en cuanto lo tenía delante.

Vamos, que pasamos de amigos a enemigos en cuestión de días.

Bueno, decir que fuimos amigos era quedarse corta porque fuimos más que eso.

Mucho más.

O eso pensé yo.

Astrid: *Qué ilusión más grande tener al gran Storm Nielsen de jefe. Es el sueño de cualquiera.*

Anna: *Astrid, noto la ironía en tus palabras.*

Astrid: *Porque están escritas así.*

Anna: *Han pasado años. ¿Cuándo coño me vas a contar qué pasó?*

Astrid: *¿Nunca?*

Anna: *Astrid…*

Astrid: *Anna…*

Anna: *Joder, cuando te pones así te cogería del cuello y te zarandearía, te lo juro.*

Astrid: *Deja mi cuello, que lo necesito para sostener la cabeza.*

Anna: *En serio, Astrid. ¿Por qué no quieres hablar de ello?*

Astrid: *Porque no hay nada de lo que hablar.*

Anna: *Sí que lo hay, y si han pasado años y lo sigues teniendo enquistado, es por algo.*

Astrid: *No tengo nada enquistado. Simplemente, mi amistad con tu hermano se acabó y punto. No hay nada más que decir.*

Anna: *Me agotas, de verdad. Pero sabes que algún día acabarás contándomelo. No dejaré de insistir.*

No cuentes con ello porque eso no pasará, quise decirle, pero preferí cambiar de tema porque hablar de su hermano me rayaba mucho la cabeza.

Astrid: *Bueno, dejemos el tema. ¿Lo demás bien?*

Anna: *Puf. Está bien, como quieras. Sí, lo demás, todo bien. Hoy tengo una cita con un chico muy majo que conocí en esa app de citas en la que te dije que me había apuntado.*

Astrid: *Ten cuidado, Anna. Algunos tíos de esas apps no son lo que parecen. Mienten más que hablan.*

Anna: *Lo sé, pero este parece majo y está buenísimo. No quiero que me pida matrimonio, pero a un revolcón no le voy a hacer ascos.*

Astrid: *Ja, ja, ja. Siendo así, disfruta.*

Anna: *Lo haré. Y tú, ¿anoche qué?*

Astrid: *Bien. Fue un servicio normal. Sin incidentes.*

Anna: *Joder, Astrid, ¿cuándo coño vas a dejarlo? Me mata saber lo que estás haciendo. Yo puedo ayudarte.*

Astrid: *Ya queda poco. En unos meses habré terminado de pagarlo todo y se acabará. Sé que me ayudarías, pero no puedo aceptarlo.*

Anna: *Eres una puñetera cabezota.*

Astrid: *Esa soy yo.*

Anna: *Puf.*

Astrid: *Estoy bien, Anna. Ya ni siento ni padezco. Voy, lo hago y ya está.*

Anna: *Qué mierda todo. Solo de pensar en ello se me ponen los pelos de punta, coño.*

Astrid: *Fue mi decisión. Es algo que arrastraré toda mi vida, pero es lo que me ha tocado y ya está. Me voy a bajar del metro. Tengo que comer a la carrera para ir a la cafetería. Te voy a dejar y esta noche te llamo, ¿vale?*

Anna: *Pues no debería ser así… No te mates mucho. Esta noche hablamos. Te quiero.*

Astrid: *No lo haré. Yo también te quiero.*

Me bajé del metro con esa sensación de nostalgia y el nudo en el estómago que se me formaba siempre que hablaba con Anna.

Daba igual que fueran cuatro mensajes, una llamada de cinco minutos o una videollamada de una hora.

Saber que ella seguía a mi lado pese a todo siempre me dejaba un poco plof por lo muchísimo que la echaba de menos.

Solo unos meses más, Astrid, me dije para darme ánimos mientras entraba por la puerta de casa a la carrera.

Me comí a toda prisa una tortilla y una sopa que había dejado preparadas por la mañana antes de irme y volví a salir para dirigirme a la cafetería, donde pasaría las siguientes cuatro horas sirviendo cafés y meriendas.

Cuando salí de mi segundo trabajo estaba agotada.

Menuda tarde me habían dado.

Un cumpleaños de quince niños, todos hablando y pidiendo cosas a la vez, agotaba la paciencia del más santo.

Que digo yo… ¿No habría otros sitios más adecuados para celebrar un cumpleaños que una cafetería?

Pues, al parecer, no.

A la simpática de la madre se le había ocurrido aquella genial idea y la que había pagado el pato aguantando a su hijo y al resto había sido yo.

Pero, en fin, lo mejor era llegar a casa, darme una ducha, comer lo que pillara y tumbarme en el sofá a ver alguna mierda que echaran en la tele para intentar borrar aquella tarde de mi cabeza.

Estaba a punto de irme a la cama cuando sonó mi móvil.

Fruncí el ceño porque a esas horas solo podía ser una persona.

Solo esperaba que el servicio no fuera para ese mismo momento porque bien claro le iba a decir que no. No podía ni abrir bien los párpados por el cansancio; mucho menos iba a poder abrirme de piernas.

Crystal: *Mañana a las 22.00 h. Te paso la ubicación de la casa. Despedida de soltero. El servicio es una sorpresa para el novio. Si no acepta, los amigos pagarán igual. Buenas noches, que descanses, Jazmín.*

Mierda…

Una despedida, pensé resoplando.

Eso significaba muchos hombres cargados de alcohol y la mayoría solían ponerse muy gilipollas. Pero esos servicios se pagaban bien y no podía decir que no.

No era la primera despedida a la que iba ni seguramente sería la última, así que lo mejor era no pensarlo demasiado e ir preparada, como hacía siempre.

Porque en una despedida muchas cosas podían salirse de control y yo no estaba dispuesta a permitir que eso pasara.

Estar sola en una casa con varios hombres, sin saber cómo eran ni qué pensamientos podían tener, era algo que no me gustaba ni un pelo.

Hasta ese momento, en las despedidas a las que había ido no había tenido más problemas que tener que pararles los pies a algunos que se pasaban de listos o negarme a acostarme con todos los presentes, porque, por supuesto, no habían pagado por ese tipo de servicio.

En fin, solo esperaba que aquella despedida fuera como las anteriores y no pasara nada raro.

Eso fue lo que pensé mientras me metía en la cama, sin saber en aquel momento lo equivocada que estaba.

Capítulo 6



Salí de la ducha y me fui directamente al armario.

Misma preparación y rutina de siempre.

Ropa interior negra al completo. Vestido negro. En esa ocasión elegí uno por encima de la rodilla, con vuelo desde la cintura y entallado en el resto, y un escote de vértigo que me llegaba hasta el ombligo.

Maquillaje sutil. Peluca color caoba. Zapatos y bolso rojos, totalmente imprescindibles, y un toque de perfume.

Ya estaba preparada para otra noche.

Para otro servicio.

Para uno menos de los que me quedaban por hacer hasta conseguir el dinero que me faltaba para pagar el maldito préstamo.

Cogí la gabardina de la percha de la entrada y me la puse antes de salir. Me ajusté bien el cuello porque ya sabía que, en cuanto pusiera un pie en la calle, la bofetada que me daría el frío sería mortal.

No me equivoqué ni un poco. Hacía un frío helador.

Ya estábamos en noviembre y cada día se notaba más la cercanía de las Navidades.

Navidades…

Unas fechas en las que no quería ni pensar porque, al hacerlo, se me encogía el corazón al saber que otro año más las pasaría sola y que durante esos días echaría todavía más de menos a mi padre.

A él le encantaban esas fechas. Se volvía loco decorando la casa y disfrutando de todo lo que la ciudad ofrecía durante aquellos días.

Desde que murió, dos años atrás, había sido incapaz siquiera de comerme un dulce navideño, mucho menos de celebrar o decorar nada.

Sacudí la cabeza para sacar aquellos pensamientos de mi mente. Era hacer eso o ponerme a llorar, así que tuve que obligarme a hacerlo mientras me montaba en el taxi.

Le di al taxista la dirección. No se trataba de una casa como tal, sino de un ático situado en un edificio de una de las zonas más adineradas de Nueva York.

Vamos, que estaba segura de que los hombres de la despedida eran niños ricos. Seguramente, herederos que habían nacido en una cuna de oro y no sabían lo duro que era trabajar para ganarse el pan.

Seguro que la vida se lo había dado todo hecho y trabajaban, si es que lo hacían, en las empresas de sus papás o en puestos que habían conseguido por enchufe.

No es que yo fuera de juzgar a la gente, pero, durante el tiempo que llevaba haciendo ese trabajo, había conocido a demasiados hombres así.

Por eso estaba bastante segura de que los que me encontraría al llegar a aquel ático serían de esos.

Niños pijos, como los llamaba James.

Me bajé del taxi después de pagar y me quedé mirando el impresionante edificio que tenía ante mí.

Elegante, eso sin duda.

Caro, eso por descontado.

Y bastante grande.

Tendría unas veinte plantas, por lo que pude calcular mirando las ventanas, y sabía, sin necesidad de llegar arriba, que el ático al que iba ocuparía toda la última. La mayoría de aquellos edificios eran así y ya había estado en unos cuantos como para saber lo que me iba a encontrar.

Lo primero que vi al entrar fue al portero, que estaba en su puesto con el uniforme sin una sola arruga y cara de aburrimiento.

Abrí la puerta y entré.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita. ¿Qué desea?

—Me esperan en el ático.

Ya debían haberle avisado de que yo aparecería en cualquier momento porque no le hizo falta llamar para comprobarlo, como solían hacer en ese tipo de edificios.

Aun así, me preguntó mi nombre.

Como debía ser.

Muy profesional por su parte. Así evitaban que subiera cualquiera, como una novia loca y celosa o alguna otra mujer que pudiera aparecer para reventar la fiesta.

—¿Su nombre?

—Soy Jazmín.

Asintió.

—Venga conmigo. Yo mismo la acompañaré al ático. El ascensor necesita un código para subir.

—Gracias.

Lo seguí y, cuando se abrieron las puertas del ascensor, me cedió el paso. Aparté la mirada cuando introdujo el código para que viera que era discreta.

Y eso pareció gustarle porque vi su media sonrisa reflejada en el espejo que teníamos delante.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, salí sin esperar a que él lo hiciera.

—Muchas gracias.

—Cuando se vaya, coja este mismo ascensor. Para bajar, no es necesario ningún código.

Asentí.

—Y, señorita, tenga cuidado ahí dentro. Demasiado alcohol y muchos hombres acostumbrados a salirse con la suya.

La preocupación con la que me lo dijo y la ternura con la que me miró me hicieron entender que sabía de sobra a lo que venía.

Nadie solía preocuparse así por mí y aquel gesto me calentó un poco el alma.

—Siempre lo tengo. Y no se preocupe, yo también tiendo a salirme con la mía. No aguanto tonterías de nadie.

Sonrió.

Ante mis palabras sí que sonrió de verdad.

—Eso está bien. Tiene carácter.

—Lo tengo. No me ha quedado más remedio que tenerlo para sobrevivir.

—De todas maneras, si necesita cualquier cosa, estoy abajo. No dude en avisarme.

—Muchas gracias.

Asintió por última vez y yo hice lo mismo mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Fui hasta la puerta del ático, la única que había en aquella planta, como me había supuesto, y me quité la gabardina. Cogí aire, puse mi mente en modo trabajo y llamé al timbre.

La puerta se abrió y, nada más ver lo perjudicado que estaba el gilipollas que me miraba desde el otro lado, supe que la hora que iba a pasar allí se me haría muy larga.

—Vaya, una conejita. Pasa, pasa.

—Hola.

Tambaleándose un poco, caminó por un pasillo. Yo fui detrás mientras ponía los ojos en blanco ante semejante espectáculo.

Llegamos a lo que supuse que era el salón, del que salía música rock que, menos mal, estaba bajita porque la canción era malísima.

Cuando el hombre se apartó, pude ver la que tenían allí montada.

Me bastó un vistazo rápido para saber que eran unos descerebrados. Había botellas de alcohol repartidas por la mesa grande que ocupaba uno de los laterales y polvo blanco, seguramente cocaína, encima de la mesa de centro.

Había bastante.

Asqueroso, pensé.

Nunca me había drogado y no tenía intención de hacerlo jamás. Era algo que no soportaba. Ni hacerlo ni ver cómo otros lo hacían y, por desgracia, ya me había tocado presenciarlo en varias ocasiones.

En el sofá grande del centro había tres hombres sentados, descamisados y en el mismo estado de embriaguez que el que me había abierto la puerta y seguía a mi lado.

En otro sofá, colocado perpendicular al primero, había otros dos hombres.

Uno de ellos estaba igual que los demás.

Pero el último en el que me fijé, no.

Y eso me pareció raro.

Muy raro.

O estaba allí por obligación, o no era tan idiota como el resto, o simplemente no tomaba drogas ni bebía alcohol y por eso no se encontraba en el mismo estado que los demás.

—Liam, aquí está tu regalo de despedida. Espero que lo disfrutes.

Los cinco hombres, al oír hablar al que estaba a mi lado, giraron la cabeza hacia nosotros. Ninguno parecía haberse percatado todavía de mi presencia.

—¿Una puta? ¿Habéis contratado una puta como regalo de despedida? ¿Se os va la olla o qué? Si Mary se entera, me corta los huevos. Además, yo no soy así. No quiero engañarla.

Vaya…

Eso sí que me sorprendió.

Mira tú por dónde, tenía delante a un hombre fiel que, además, estaba enfadadísimo por el «regalo» que habían querido hacerle sus amiguitos.

Si es que todavía quedaban hombres sensatos.

Borracho y drogado, pero sensato.

—No jodas, macho. Si no se va a enterar. Tú pásalo bien una hora y ya está —dijo un moreno que estaba sentado a su lado.

—Pero yo lo sabría y no podría vivir con ello. Ni mirarla a la cara después.

Qué suerte tenía la tal Mary, pensé sonriendo para mis adentros. Aquel hombre la quería y la respetaba.

—Señores, pues creo que ya está todo dicho. Mis servicios no serán necesarios. Que tengan buena noche.

Me dispuse a darme la vuelta, pero el tío que estaba a mi lado me agarró del brazo con más fuerza de la necesaria.

—Tú de aquí no te vas. Si él no quiere disfrutar de un buen polvo, lo haremos los demás.

—No.

—¿No? ¿Cómo que no? Tú harás lo que se te diga, que para eso vas a cobrar.

Cerré los ojos y conté hasta tres.

—El acuerdo era un servicio con un hombre. No, con varios.

—Pues el acuerdo ha cambiado. Nos la vas a chupar a todos por turnos.

Me solté de su agarre y di un paso atrás.

—No.

Soltó una carcajada.

—Vamos, zorra, no te pongas exquisita ahora. Lo vas a hacer, así que vete arrodillándote.

—No.

—¿Qué quieres? ¿Más dinero? Pues por eso no te preocupes. Pagaremos.

—Yo paso —dijo el que estaba sentado al lado del hombre que parecía sobrio.

El que, por cierto, miraba de muy malas maneras al que tenía junto a mí. Era como si en cualquier momento fuera a levantarse y darle un puñetazo en su fea cara.

Y a mí…

A mí me miraba de una forma muy rara.

No mal, aunque tampoco sabría decir que bien.

En su mirada había algo parecido a protección y pena.

O una extraña mezcla de ambas.

—Pues yo me apunto. ¿Cuánto hay que pagar por una mamada?

Otro gilipollas que se subía al carro.

—Dejad que la chica se marche y sigamos con lo que estábamos haciendo —dijo el novio.

—Hemos pagado por una hora de sus servicios y es lo que va a darnos —protestó el baboso que seguía a mi lado.

—Pero era un servicio con uno solo de nosotros, no con todos. Así que deja de joder la despedida con chorradas y deja que se marche —insistió el novio.

—Pues, si es así, es justo que al menos uno de nosotros disfrute de ella.

El hombre que estaba sobrio se levantó del sofá y se acercó a nosotros con pasos lentos, como si toda aquella situación le agotara.

—Liam, ¿estás seguro de que no quieres tu regalo?

Se miraron y entre los dos mantuvieron una especie de conversación silenciosa.

—No. Pero, si es mi regalo, puedo hacer lo que quiera con él, ¿no? —le preguntó al gilipollas que seguía a mi lado.

—Sí, supongo que sí.

—Perfecto. Oskar, llévatela a la habitación del fondo. Te cedo mi regalo.

El tal Oskar, que era el que estaba sobrio, asintió sonriendo.

—No me jodas. ¿Se la das a él? No ha bebido, no ha tomado nada, apenas ha hablado y se ve claramente que está aquí por obligación. Solo ha venido porque es tu primo —protestó uno de ellos.

—Por eso mismo se la cedo. No se está divirtiendo con nuestra fiesta. Igual con la chica se lo pasa mejor.

Todos empezaron a protestar a la vez.

Oskar se acercó a mí y me tendió la mano.

Dudé.

No podía evitarlo.

Pero algo en su mirada me dijo que estuviera tranquila, que con él estaría bien, así que, con las ganas que tenía de perder de vista a todos aquellos imbéciles, la duda desapareció de un plumazo.

Le agarré la mano.

—Liam, déjame las llaves del piso de abajo.

Liam se levantó y sacó de un cajón del mueble del salón un juego de llaves que le lanzó.

—Enciende la calefacción en cuanto entres. Lleva vacío mucho tiempo y hará frío.

—Lo haré.

—No me jodas, qué suerte tiene el muy capullo. La tía está buena y seguro que con esa boquita hace maravillas —dijo uno de ellos.

Oskar lo fulminó con la mirada.

—Que lo paséis bien, señores. Mañana, si no habéis muerto de un coma etílico, os veré en la comida de la preboda.

Con esa despedida, Oskar tiró suavemente de mi mano y me condujo por el pasillo.

Sin decirnos una sola palabra ni mirarnos siquiera, salimos del ático.

Capítulo 7



Entramos en el ascensor de la misma manera en la que habíamos salido del ático.

En silencio.

Solo teníamos que bajar un piso, por lo que había dicho, pero durante el breve trayecto me dio tiempo a mirarlo a través del espejo.

Era un hombre joven. No sabría decir con exactitud cuántos años tendría, pero, calculando a ojo, no creía que me sacara muchos. Unos treinta le eché.

Era alto.

Bastante más que yo, porque, aun llevando los taconazos que llevaba, me sacaba un buen cacho.

Tenía el pelo negro. Mucho, en realidad. Tan oscuro como el carbón. La piel no sabía si la tenía bronceada o si ese era su tono natural, pero era bastante más morena que la mía, eso seguro.

Pero, si había algo que llamaba la atención en él, además de lo guapo que era, eran sus ojos.

De un azul verdoso precioso y enmarcados por unas pestañas negras larguísimas que todavía conseguían resaltarlos más.

Bueno, al menos, de los seis que había, me había tocado uno que no me haría vomitar y con el que puede que hasta disfrutara un poquito, pensé mientras salíamos del ascensor.

Siguió sin decir nada.

Abrió con el juego de llaves que le había dado su primo una de las dos puertas que había en aquella planta y me cedió el paso.

Me quedé esperando en el recibidor a que dijera algo.

—Pasa al salón. Voy a encender la calefacción.

Asentí.

Caminé por el pequeño pasillo hasta llegar al salón. Se notaba a leguas que nadie vivía allí, al menos desde hacía tiempo.

Los sofás y algunos muebles estaban tapados con sábanas y no había ni un solo adorno por ninguna parte.

Oí al tal Oskar caminar por el pasillo y me quedé esperándolo en el centro del salón.

Entró y fue directamente a retirar la sábana de uno de los sofás.

—Siéntate, por favor.

Miré a mi alrededor y, antes de hacerlo, dejé las cosas que todavía llevaba en la mano encima de una mesa que también estaba cubierta.

Fue hasta el otro lado del salón y abrió la puerta de uno de los muebles. Por lo que pude ver desde donde estaba, se trataba de una pequeña nevera camuflada, ya que la puerta era del mismo color que el resto de la madera.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no bebo alcohol. Al menos, no cuando estoy trabajando.

Apretó los dientes al oírme decir lo de trabajando y, sinceramente, me sorprendió.

Había quedado bastante claro a lo que me dedicaba, así que no sabía a qué venía aquella reacción por su parte.

—¿Agua?

—Eso sí, gracias.

Sacó dos botellas pequeñas y vino a sentarse a mi lado en el sofá.

Las abrimos casi al mismo tiempo y dimos un trago.

El silencio continuó.

Ni decía nada ni hacía nada y, coño, me estaba poniendo nerviosa aquella actitud porque eso sí que no me había pasado nunca.

Normalmente, nada más llegar, todos los clientes iban a saco para no perder el tiempo y aprovechar bien la hora que habían pagado.

Miré un reloj que estaba colgado en la pared.

Ya habían pasado diez minutos desde que, en teoría, debería haber empezado a hacer algo.

—¿Tienes prisa?

Giré la cara para mirarlo.

—¿Qué?

—Que si tienes prisa. Has mirado el reloj como si estuvieras calculando el tiempo.

Suspiré.

—Mira, voy a ser clara, ¿vale?

—Por favor —me pidió, haciendo un gesto con la mano.

—Me han contratado por una hora y el tiempo empezó a contar desde que entré en el ático. Por lo que ha pasado arriba, puedo empezar a contar desde ahora, pero, si seguimos perdiendo el tiempo, la hora se acabará y no quiero que luego haya ningún problema.

—¿Empezar a qué?

A hacer una bufanda de ganchillo, no te jode.

Dios mío, a ver si todo lo que tenía de guapo lo tenía de tonto y aquel tío no sabía de qué iba la cosa.

—Sabes lo que soy y para qué me han contratado, ¿no?

—Sí.

—Entonces no entiendo a qué viene tu pregunta.

—¿Quieres que tú y yo…? —preguntó señalándonos a los dos.

La madre que me parió.

Que sí, que iba a ser tonto.

—No sé tú, pero yo aquí no veo a nadie más. Ahora, que si me dices que hay fantasmas y tú los ves, yo te creo.

Soltó una carcajada.

¿De qué coño se reía?

Virgencita, mira que me habían tocado raros, pero aquel se llevaba la palma. Joder, sabía que la noche no iba a ser tranquila, pero aquello rozaba lo esperpéntico.

Volví a mirar el reloj.

Cinco minutos más.

Y nada.

El tío seguía tan pancho sentado a mi lado, bebiéndose la botella de agua sorbo a sorbo.

—¿Cuánto cobras por una hora de tu trabajo?

La contestación me salió del alma. No sabía si por los nervios que me estaba provocando o por qué, pero le respondí de no muy buenas maneras.

—¿Y a ti qué te importa? Esta hora ya está pagada. No tienes que pagar nada.

Sonrió.

Joder, encima tenía una sonrisa preciosa.

Qué pena que fuera tonto.

—¿Puedo contratarte para toda la noche?

Eso había pasado pocas veces. En todo el tiempo que llevaba trabajando en aquello, solo en dos ocasiones habían pedido mis servicios para una noche entera.

Una fue con un tío que me dejó reventada y sin poder sentarme bien durante tres días.

La otra, con un hombre mayor que, después del primer asalto, se quedó dormido.

La razón por la que casi nadie contrataba más de dos horas era sencilla: salía por un pico.

—Sí, se puede. Pero no es lo habitual.

—¿Por qué no?

Joder, qué preguntón me había salido el tío, pensé mientras resoplaba bajito.

—La tarifa por una noche es alta. Por eso no suelen contratarme tantas horas.

—¿Cuánto?

La hostia puta…

Qué nochecita me estaba dando el pesado del demonio.

—¿Tienes ahí tu móvil?

Me miró extrañado.

—Sí. ¿Por?

—Si me lo dejas un momento, te pondré la página donde nos contratan y podrás saber todo lo que quieras.

—Bien —dijo mientras sacaba el teléfono del bolsillo trasero del pantalón.

Lo desbloqueó y me lo pasó.

Treinta segundos después se lo devolví con la página abierta, donde aparecían las fotos de todas las chicas a las que Crystal conseguía trabajo, así como las tarifas y las normas de cada una.

La revisó durante unos segundos y deslizó varias veces el dedo por la pantalla.

—Ya está —dijo mientras dejaba el móvil encima de la mesa de centro.

—¿Ya está el qué?

—Pagada tu tarifa para toda la noche.

Lo miré con los ojos como platos.

—¿Perdón?

Frunció el ceño.

—Perdona. Es cierto que debería haberte preguntado antes si tenías algo que hacer.

¿Qué cojones iba yo a tener que hacer aparte de alucinar en aquel momento por colores?

—No tenía nada que hacer, pero…

—¿Pero? —me cortó.

—¿Por qué has hecho algo así?

—Parece que el tiempo te preocupa y he pensado que, si no tienes prisa por irte, estarás más tranquila. Además, lo mejor es que te quedes aquí al menos durante la hora que los gilipollas de arriba han pagado. Seguro que luego le preguntan al portero a qué hora te has marchado.

Ojiplática.

Así estaba, os lo juro.

Al ver que no decía nada, me miró con una ceja levantada.

—Pasada esa hora puedes irte cuando quieras.

Ole.

Con aquella respuesta todavía más alucinada me quedé, si eso era posible.

Y hasta un poquito de miedo me entró porque el tío no es que fuera raro de cojones, que lo era, sino que empezaba a parecer que no estaba muy bien de la cabeza.

—Vamos a ver, porque me estoy perdiendo. Has pagado para que me quede toda la noche, pero me dices que me vaya cuando quiera. ¿Sabes lo contradictorio que suena eso?

Soltó una risita y se encogió de hombros.

—Solo quiero que estés bien.

¿Que estuviera bien?

¿Pero cómo coño iba a estar bien mientras me decía aquellas cosas?

Que soy una prostituta, señor mío. Tú no tienes que preocuparte de si estoy bien o no.

—Oskar. Porque te llamas Oskar, ¿cierto?

—Sí, me llamo Oskar.

—¿Tú te medicas?

Soltó una carcajada que llenó todo el salón.

—No. Ni tomo medicación, ni bebo de más, ni me drogo. ¿Te he dado esa impresión?

—Pues…

Volvió a reír.

—Vale. Tú has sido clara, así que yo también lo seré. Creo que estás pensando en llamar a un psiquiátrico o a un exorcista.

—Son las dos primeras opciones que se me han pasado por la cabeza, la verdad —dije, acabando por echarme a reír ante lo surrealista de la situación.

—En ningún momento he pensado en sustituir a mi primo en el servicio que le habían contratado. Solo te he sacado de allí porque conozco un poco a los gilipollas de sus amigos y no quería que las cosas se salieran de madre y acabar partiéndoles la boca.

Si antes estaba alucinando, en ese momento ya podía asegurar que, si me hubieran pinchado, no me habrían sacado ni una gota de sangre.

—Entonces, si no tienes pensado hacer nada conmigo, ¿por qué has pagado toda la noche?

—Eso ya te lo he dicho. Parece que el tiempo y el dinero son un problema para ti.

Suspiré.

Ya había perdido la cuenta de cuántos suspiros llevaba y, por cómo se estaban dando las cosas, parecía que todavía me quedaban unos cuantos más.

—Estás en esto por la pasta, ¿no?

—En esto nadie está por gusto, te lo aseguro.

Asintió, comprensivo.

—Eres muy joven.

Asentí.

—¿Cuánto llevas en esto? Si no te importa decírmelo.

Nunca hablaba con mis clientes de nada personal. Aparte de mi nombre falso, ninguno de los hombres con los que había estado sabía nada de mí.

Pero no tenía ni puñetera idea de por qué o qué fue exactamente lo que me pasó con Oskar.

Me transmitía confianza.

Y no me importó contestarle.

Además, después de explicarme por qué había hecho todo aquello, había dejado de pensar que estaba tarado.

Simplemente parecía un buen tío.

—Tengo veinticuatro y llevo en esto unos dos años.

—Joder… Dos años son muchos…

Dejó la frase en el aire.

No hacía falta que la terminara.

Los dos sabíamos lo que quería decir.

Muchos hombres.

—No tantos como piensas, pero sí unos cuantos. Además, muchos son fijos.

Asintió y dejó el tema.

—No sé tu nombre.

—Jazmín.

Sonrió.

—Ese nombre te pega, pero no es el tuyo, ¿no?

—No. No lo es. Pero es el único que puedo decirte.

Se quedó pensando unos segundos y yo lo miré expectante.

Porque a saber por dónde iba a salir ahora.

—¿Has cenado?

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Que si has cenado.

—Ehhh… Pues sí. Un vaso de leche con galletas.

—Eso no es cenar.

¿Y qué coño quería que le dijera?

¿Que no tenía nada más en la nevera porque me había llegado el recibo de la luz y no me había quedado dinero para comprar otra cosa aparte de leche, arroz y un poco de fiambre?

No contesté.

Me encogí de hombros.

Cogió el móvil, trasteó con él y me preguntó de qué me gustaba la *pizza*.

Una *pizza*.

Solo de pensar en ella, poco me faltó para empezar a salivar allí mismo. Hacía tanto tiempo que no me comía una que ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez.

Veinte minutos después llamaron al timbre y un repartidor nos trajo dos *pizzas* familiares.

Nos pusimos a comerlas en la isla de la cocina mientras hablábamos de cosas sin importancia.

Nada personal.

Capítulo 8



Desde la puerta de la habitación miré por última vez hacia la cama y se me escapó un largo suspiro.

Oskar seguía completamente dormido, ajeno al hecho de que iba a marcharme sin despedirme.

Y es que no podía hacerlo, porque, si volvía a mirarlo a los ojos una vez más, estaba segura de que acabaría echándome a llorar allí mismo.

—Adiós —susurré muy bajito.

Entorné la puerta y, descalza, caminé despacio por el pasillo hasta el salón.

Cogí mis zapatos, que estaban al lado de la mesa, además de la gabardina y el bolso que había dejado allí la noche anterior.

Con el mismo cuidado, recorrí el pasillo y salí del piso cerrando la puerta muy despacio. Entré en el ascensor y allí, a toda prisa, me puse los zapatos y la gabardina.

Me la ajusté todo lo que pude porque ya me imaginaba el frío que tenía que hacer a esas horas. Apenas estaba amaneciendo.

El mismo portero de la noche anterior, al oír el ruido de mis tacones resonando sobre el suelo de mármol, se levantó rápidamente de la silla en la que estaba sentado.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Quiere que le pida un taxi, señorita?

—Ya lo he pedido mientras bajaba en el ascensor, pero gracias por el ofrecimiento.

Se me quedó mirando durante unos segundos.

Era como si buscara en mis ojos alguna señal para saber si estaba bien.

—Estoy bien. No hubo ningún problema.

Asintió satisfecho.

—Me alegro de que haya sido así.

—Yo también —contesté con una sonrisa que no llegó a mis ojos.

Porque sí, la noche había ido bien.

Demasiado bien.

Y eso era precisamente lo malo.

Puede parecer contradictorio, pero nunca ningún hombre me había tratado como lo había hecho Oskar y aquello me tenía abrumada.

—Que tenga un buen día.

—Le deseo lo mismo.

Con esa despedida salí a la calle y, justo en ese momento, el taxi que había pedido se detuvo delante del edificio.

Me monté, le di mi dirección al conductor y arrancó.

Apoyé la cabeza contra la fría ventanilla y cerré los ojos. Nada más hacerlo, las imágenes de la noche anterior llegaron a mi cabeza sin pedir permiso.

Las primeras me hicieron sonreír.

Recordé la primera conversación que había tenido con Oskar, en la que al principio pensé que no estaba muy bien de la cabeza. Pero, a lo largo de la noche, pude comprobar que estaba totalmente equivocada.

Era un hombre fabuloso.

Me arriesgaría incluso a decir que, junto a mi padre, era el mejor que había conocido.

Mientras comíamos la *pizza*, que estaba deliciosa, me contó que no era de Nueva York, aunque no me dijo de dónde, y que había viajado hasta allí para pasar cinco días y asistir a la despedida y a la boda de su primo Liam, que se casaba dos días después.

Yo de mi vida personal no le conté absolutamente nada.

Hablamos del mal tiempo que hacía, de los amigos de su primo, de lo ruidosa y enorme que era Nueva York y de otras cosas sin importancia.

Cuando terminamos de cenar, nos sentamos en el sofá y, sorprendiéndome una vez más, me propuso ver una película antes de que me marchara.

Acepté.

Claro que lo hice.

Porque estaba muy a gusto con él.

En un momento de la película apareció un personaje que era gay y no pude contenerme. O, más bien, mi boca se abrió sola y acabé preguntándole si él también lo era.

Casi lloró de la risa.

Cuando consiguió calmarse, me explicó que no, que le gustaban las mujeres, y mucho, además. Que nunca se había acostado con un hombre y que ni por asomo tenía intención de hacerlo.

La conversación se alargó un poco más y acabó confesándome que nunca había estado con una profesional, pero que, en cuanto al sexo, algo que recalcó que le gustaba bastante, era de mente abierta.

Me contó que algunas veces compartía a alguna mujer con su mejor amigo y que, de vez en cuando, también quedaba con dos mujeres y hacía un trío con ellas.

La conversación hizo que el ambiente subiera de tono.

Que el aire del salón se calentara.

Y no supe cómo, pero, en medio de aquella conversación, cuando quise darme cuenta, estaba sentada a horcajadas sobre él con el vestido todavía puesto.

Eso, en realidad, no tenía nada de raro porque había pagado por mis servicios.

Lo extraño era que yo no lo estaba haciendo porque hubiera pagado, sino porque me apetecía. Porque me atraía muchísimo y porque, por primera vez en años, quise acostarme con un hombre por voluntad propia.

Y lo peor no fue sentir eso.

Lo peor fue que mandé mis normas a tomar por culo y, por iniciativa propia, lo besé.

Algo que jamás había hecho con ningún cliente.

Pero es que, en ningún momento de la noche, yo lo había visto como uno.

Aunque él sí supiera perfectamente lo que era, yo había pasado junto a él las mejores horas de los últimos años y no había querido pensar en ello.

En el salón las cosas se descontrolaron.

Y, cuando quisimos darnos cuenta, nos estábamos masturbando el uno al otro.

Cuando tuve mi primer orgasmo, uno de verdad, la sensación fue inolvidable.

Me dejó completamente sorprendida porque hacía años que no conseguía llegar al orgasmo compartiendo sexo con otra persona.

Solo los tenía cuando me daba placer a mí misma, en la soledad de mi habitación.

Con los clientes fingía.

Ese había sido uno de los primeros consejos que me dio Crystal antes de empezar.

«Tú finge todo lo que haga falta. Les gusta creerse importantes y pensar que son capaces de proporcionarte placer».

Y eso era lo que hacía.

Fingir.

Pero con Oskar no había fingido absolutamente nada.

La siguiente imagen que apareció en mi cabeza hizo que me removiera en el asiento.

Me cogió en brazos desde el sofá y caminó conmigo hasta una de las habitaciones del piso. Con delicadeza, me dejó encima de la cama y, con calma, mucha calma y recreándose en cada movimiento, fue quitándome la ropa sin dejar de besarme.

Cuando me tuvo desnuda, y sin dejarme siquiera levantar de la cama, hundió la cabeza entre mis piernas.

Eso fue otra de las cosas que me sorprendieron.

Porque muy pocos, tan pocos que podía contarlos con los dedos de una mano, habían hecho eso conmigo.

Ellos se preocupaban de su propio placer, de que yo se lo diera, y nunca de proporcionármelo a mí.

Pero Oskar no era como los demás.

Eso estaba claro.

No paró de lamerme y succionarme hasta que consiguió darme un segundo orgasmo que hizo que gritara incluso su nombre por lo intenso que fue.

Después ya me dejó colaborar un poco y pude quitarle la ropa.

Y madre mía del amor hermoso.

Vaya cuerpazo tenía.

Musculado, pero sin pasarse, y con unos abdominales tan marcados que no pude resistirme a pasar la lengua por ellos.

Y eso no fue lo único que lamí, claro está.

Porque sí, acabé con su miembro en mi boca y, por primera vez, no me dio asco, no sentí náuseas ni mucho menos ganas de vomitar.

Me gustó.

Y a él, por lo mucho que jadeó y por cómo buscaba mi boca con sus caderas, supe que también.

Pero supongo que, por consideración, no quiso terminar en mi boca.

Lo hizo minutos después dentro de mí, con protección, por supuesto, mientras me embestía con fuerza, pero sin pasarse.

Y aquella no fue la única vez.

Desde que llegamos a la cama no paramos de darnos placer el uno al otro de todas las formas posibles.

Tal y como me había dicho en el sofá, le gustaba el sexo.

Y mucho.

Follamos en diferentes posiciones, tuvimos sexo vaginal, anal y oral varias veces, y no solo en la cama. También en la ducha, por la que pasamos dos veces, en el suelo, contra la pared e incluso encima de la cómoda que había en la habitación.

Acabamos cayendo rendidos en la cama después de horas sin parar.

Y madre mía, vaya aguante tenía el moreno.

En la vida había visto yo una cosa igual.

Ni los que se tomaban la famosa pastillita azul eran capaces de semejante hazaña.

Esperé media hora antes de marcharme para asegurarme de que estaba completamente dormido.

—Señorita, hemos llegado.

Parpadeé para volver al presente.

Había venido tan absorta recordando la mejor noche de mi vida, porque sí, lo había sido, que ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos llegado a mi casa.

Y, al bajar del taxi, seguí pensando en lo mismo.

Sí.

Estaba segurísima de que había sido la mejor noche de mi vida.

Para él, seguramente, no.

Se le veía demasiado suelto y, por lo que me había contado de los tríos y de otras experiencias, seguro que estaba más que acostumbrado a pasar noches así.

Por eso sabía que, para Oskar, yo probablemente no había sido más que una mujer cualquiera.

Una más.

Una de la que, al día siguiente, quizá ni siquiera recordaría de qué color tenía los ojos.

Pensar en eso hizo que algo se me retorciera por dentro.

Porque volvió a recordarme que nunca encontraría a nadie con quien poder tener una vida normal.

Entré en casa y me fui directamente a la ducha.

La vida seguía y yo tenía que darme prisa para ir a limpiar un colegio enorme.

Capítulo 9



Al oír el timbre de la puerta, me sobresalté.

Miré el reloj de la mesilla y fruncí el ceño. Eran las siete y media de la mañana. Aún me quedaban diez minutos de sueño y alguien había osado despertarme.

Volvieron a llamar.

Resoplando, me levanté de la cama y, con pasos cansados y todavía medio adormilada, fui a abrir la puerta.

Cuando vi a la persona que estaba al otro lado sonriéndome, los ojos se me llenaron de lágrimas y, sin dudarlo ni pensarlo un solo segundo, me lancé a sus brazos.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado de que venías? —dije entre sollozos.

—Quería darte una sorpresa, loca.

—Y me la has dado. Vaya que sí.

—Estás más delgada —dijo riñéndome.

—Anna, no empieces. Estoy igual que siempre. Pasa, anda, que hace frío.

Ya no hacía aquel frío helador que habíamos tenido durante el invierno, pero todavía faltaba un mes para la primavera y seguían notándose sus últimos coletazos, además de la humedad que nos estaban dejando las lluvias de las últimas semanas.

Porque había que ver la cantidad de agua que había caído.

Había sido el febrero más lluvioso de los últimos veinte años, o eso habían dicho en las noticias.

Pasamos las dos al salón.

Yo sonriendo mientras me limpiaba las lágrimas y Anna arrastrando la pequeña maleta que traía.

Me había dicho un mes antes que tenía pensado venir a verme, pero aún no sabía cuándo podría cogerse vacaciones porque en la empresa tenían bastante lío con un proyecto de venta muy importante.

Hacía meses que no nos veíamos, concretamente desde el verano anterior, cuando había venido a pasar una semana conmigo.

También había querido venir en Navidad, pero no había sido posible porque su madre, Molly, había enfermado de neumonía y había pasado medio mes de diciembre, incluidas las Navidades, ingresada en el hospital.

Había sentido muchísimo no poder ir a Copenhague para estar con ellos, pero, por desgracia, los vuelos en esas fechas eran carísimos y no había podido permitírmelo.

—¿Quieres un café?

—Eso ni se pregunta —contestó riéndose.

Nos fuimos las dos a la cocina y encendí la cafetera. Era vieja, mucho, pero, gracias a Dios, seguía funcionando y hacía un café medio decente.

Con las dos tazas en las manos nos sentamos en las únicas sillas que tenía aquel cacho de cocina, porque aquello tampoco podía considerarse una cocina entera.

—Cuéntame. ¿Cómo va todo? ¿Qué tal están tus padres?

—Todo va bien. Mi padre se jubila dentro de dos semanas y mi madre está eufórica porque por fin ha llegado el momento. Ya tiene mirado un crucero para irse un mes.

Me eché a reír.

—No ha perdido el tiempo. Y qué coño, hace bien. Después de estar tan malita en Navidad, los dos se merecen disfrutar un poco.

—Vaya susto que nos dio —dijo con pesar.

—Sentí muchísimo no haber podido ir, pero…

—Astrid, no tienes nada que sentir. Los vuelos eran carísimos y, como eres una jodida cabezota y no quisiste que te pagara uno, por eso no viniste.

—No era solo el vuelo, Anna. En Navidad es cuando más servicios salen. Al parecer, hay muchos hombres a los que las cenas familiares y los villancicos les estresan.

Negó con la cabeza.

—¿Cuándo?

Sabía de sobra lo que me estaba preguntando, pero no tenía una respuesta concreta que darle, así que respondí lo mismo de siempre.

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto? —insistió.

—Pues pronto. Dentro de unos tres o cuatro meses, calculo yo.

—Yo podría…

—No termines esa frase.

Resopló.

—Joder, Astrid, eres una cabezota.

—Sí, esa soy yo.

—Está bien. Pues hablemos de otra cosa. ¿Has pensado qué vas a hacer cuando esta mierda de situación se acabe?

Sonreí de medio lado.

—¿Ya lo tienes pensado? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque solo es una idea. O un deseo, más bien. Pero no sé si será posible. Es complicado.

—Cuéntamelo y veremos cuáles son esas complicaciones y si podemos hacer algo al respecto.

Suspiré.

—Quiero volver.

Me miró con una ceja alzada, sin entender qué quería decirle.

—A casa —le aclaré.

Abrió los ojos como platos.

—¿Es coña?

Me eché a reír.

—No, Anna, no es coña. Quiero volver a Copenhague. Aquí no tengo nada ni a nadie. Bueno, allí tampoco tendré gran cosa, pero estás tú.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, dejó la taza de café encima de la mesa y se levantó para abrazarme con fuerza.

—Ni te imaginas lo feliz que me haces. Joder, llevo esperando este momento años. Sabía que, en algún momento, volverías.

—Será difícil. Tendré que seguir un poco más en… ya sabes. Necesito llevar dinero para alquilar algo, lo más barato que encuentre, y tener suficiente hasta que consiga trabajo.

Se separó de golpe.

—¿Eres idiota?

La miré frunciendo el ceño, sin entender por qué me decía eso.

—Te quedarás conmigo. En mi casa —dijo con autoridad—. Y por el trabajo, ni te preocupes. En cuanto llegues, ya tienes uno.

—¿Contigo?

—Joder, pues claro. Compartiremos casa, como soñábamos cuando éramos crías. Vamos unos cuantos años tarde, pero lo haremos igualmente.

Era una idea fantástica.

En eso no podía quitarle la razón.

Cuando éramos adolescentes, habíamos hablado de ello cientos de veces. Era uno de los muchos planes que teníamos y que nunca pudimos cumplir porque me marché con mi padre.

—Vale, me parece bien. Pero te pagaré un alquiler.

Me fulminó con la mirada.

—No me mires así. O pago o no voy.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Vale, ya lo iremos viendo.

—No, no lo iremos viendo, Anna. Lo digo en serio. No voy a vivir de gorra en tu casa.

Resopló.

—Está bien. Te juro que no conozco a nadie más cabezota que tú.

Solté una risita.

Era cierto. A cabezota no me ganaba nadie, pero, a esas alturas de mi vida y después de todo lo que me había tocado vivir, me había vuelto todavía más dura y testaruda.

Y no iba a cambiar.

—Pero en lo del trabajo no voy a ceder, te pongas como te pongas.

—¿Qué trabajo? —pregunté confusa.

—Trabajarás con nosotros en la empresa.

Me quedé helada.

¿Trabajar en la empresa de su padre? ¿Con ella? ¿Y, sobre todo, con su hermano?

Con su padre ya no tendría que hacerlo porque estaría jubilado cuando yo volviera, y trabajar con Anna sería maravilloso, eso no podía negarlo. ¿Pero con el gilipollas de Storm? Por encima de mi cadáver.

Ni de coña iba a pasar varias horas al día en un sitio en el que seguramente tendría que cruzarme con él y verle la cara. Solo podían pasar dos cosas: que lo matara y acabara en la cárcel o que me tocara tanto las narices que terminara puteándolo hasta que fuera él quien quisiera matarme a mí.

Y, encima, fuera cual fuera mi puesto, sería mi jefe.

Ja, ja, ja.

Ni hablar. De ninguna de las maneras.

—No.

—Sí.

—Ya te digo yo que eso no va a pasar. Prefiero seguir teniendo clientes antes que trabajar en vuestra empresa.

Jadeó.

—¿Pero qué coño dices? ¿Estás loca?

—No estoy loca. Soy sensata.

—Astrid… —me rogó.

—No.

—Joder, ¿pero por qué no? Trabajaríamos juntas. Ese es otro de los planes que siempre hicimos.

Suspiré.

Porque sí, otra vez tenía razón.

Cuando éramos crías también habíamos acordado trabajar juntas en la empresa de su padre. Incluso él daba por hecho que algún día lo haríamos.

Aquellos planes podrían haber seguido adelante cuando terminara la carrera, pero, después de lo que pasó con Storm y de cómo nos llevamos durante los últimos meses que pasé en Copenhague, supe que aquel sueño se quedaría precisamente en eso.

En un sueño.

—No puedo trabajar allí y lo sabes. No con él.

—Tía, han pasado muchos años. Los dos habéis cambiado mucho. Ya no sois los mismos.

Yo no tenía ni idea de si Storm había cambiado porque, desde que me fui, no nos habíamos vuelto a ver ni habíamos cruzado una sola palabra.

Pero yo sí había cambiado. O, más bien, la vida que me había tocado vivir, sobre todo durante aquellos dos últimos años, me había obligado a hacerlo.

Aun así, lo que pasó seguía ahí.

Y no solo eso. Había algo más que continuaba clavado en mi pecho como un puñal: que no hubiera venido con su hermana y sus padres al funeral de mi padre.

Estaba de viaje.

Esa fue la excusa que me dieron los demás.

De viaje, una mierda. No le salió de los cojones venir y punto.

Y eso sí que no se lo perdonaba, porque una cosa era lo que había pasado entre nosotros y otra muy distinta no haber venido a darle a mi padre el último adiós sabiendo el cariño que le tenía.

Un cariño que, si mi padre hubiera sabido lo que ocurrió entre nosotros, seguramente se habría convertido en desprecio.

De eso estaba segura.

Suspiré de nuevo.

—Astrid, deja atrás lo que pasó. No permitas que eso nos arrebate la posibilidad de cumplir otro de nuestros sueños.

Mierda… Joder.

Me lo estaba rogando con los ojos aguados y, encima, me había agarrado de la mano para darle todavía más fuerza a sus palabras.

Nunca había podido negarle nada a Anna cuando se ponía así y ella lo sabía.

Jodida chantajista emocional.

—Por favor…

Negué con la cabeza.

—Lo pensaré.

Sonrió, y de qué manera, porque supo que aquel «lo pensaré» significaba que había cedido o que acabaría haciéndolo.

Me quedé pensativa durante unos segundos mientras bebía el último sorbo de café.

Quizá no fuera tan mala idea trabajar en la empresa. Estaría con Anna, ya conocía a los trabajadores más antiguos y, para evitar conflictos, solo tendría que ignorar a Storm y ni siquiera mirarlo.

Sí, ese podía ser un buen plan.

Lo pensaría, me prometí a mí misma.

Capítulo 10



Anna llevaba ya tres días en Nueva York y había sido un no parar.

Como en la cafetería me debían vacaciones, esas que había ido acumulando porque nunca las había necesitado, el mismo día que llegó le pregunté a mi jefa si podía cogerme una semana.

No hubo ningún problema. Mi jefa, con la que me llevaba bastante bien, me dijo que ya era hora de que me tomara unos días de vacaciones, sobre todo porque ni siquiera en Navidad había cogido uno solo. Así que me pedí la semana entera que Anna iba a quedarse en Nueva York.

En la empresa de limpieza no tuve tanta suerte porque una de las chicas que podía sustituirme estaba enferma. Mi jefe me dijo que, como mucho, podría coger cuatro días y que, cuando ella volviera, me tomara los que me quedaban. Pero después ya me daba igual, así que me conformé con esos cuatro días, de jueves a domingo.

Durante los tres primeros, yo me había ido por las mañanas a limpiar mientras Anna hacía turismo sola por Nueva York y, por las tardes, habíamos pasado todo el tiempo juntas. Paseando, comiendo en puestos callejeros y, sobre todo, hablando.

Hicimos muchos planes para cuando yo regresara a Copenhague. También hablamos del chico con el que estaba saliendo, el mismo que había conocido meses atrás en aquella aplicación de citas a la que se apuntó por probar o por aburrimiento, quién sabía.

El caso era que aquella primera cita llevó a otra, después a otra más y ya llevaban tres meses juntos. Según Anna, les iba estupendamente.

Alfred, que así se llamaba el chico, tenía cinco años más que nosotras, veintinueve. Era abogado y, según Anna, guapísimo, cosa que pude comprobar cuando me enseñó una foto.

Íbamos caminando hacia casa después de haber pasado todo el día fuera. Habíamos aprovechado muy bien el jueves y, a las ocho de la tarde, nuestros cuerpos y, sobre todo, nuestros pies dijeron basta.

Así que decidimos volver, pedir una *pizza* para cenar y tumbarnos en el sofá para recuperarnos y poder darlo todo al día siguiente, cuando teníamos pensado salir a cenar y después ir a bailar a algún pub de la zona.

—Dios… Mañana me pongo unas deportivas. Tengo los pies que lo mismo me los tienen que amputar.

Me eché a reír.

—Yo soy la cabezota, pero el puesto de exagerada es tuyo, sin duda.

—Tía, no es exageración, es una certeza —dijo mientras se descalzaba en el ascensor.

—Solo se te ocurre a ti ponerte unos zapatos con tacón para patearnos las interminables calles de Nueva York.

—Joder, si casi no tienen tacón.

—Pero lo tienen —dije riéndome de nuevo al ver las pintas que llevaba, con los zapatos en la mano y caminando por el pasillo de casa casi cojeando.

Se desplomó en el sofá.

—Pasa tú primero a la ducha. Yo necesito que me vuelva a llegar la sangre a los pies antes de poder dar un paso más.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

Media hora después, ya duchadas, nos sentamos en el sofá a comer la *pizza* que había pedido nada más salir del baño.

—Dios… Está buenísima.

—Sí que lo está. Nueva York tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, y la comida basura es una de las buenas.

—¿Y de las malas?

No tuve ni que pensarlo. La respuesta me salió sola.

—Mucha gente y más gilipollas por metro cuadrado que en otros sitios.

Anna se echó a reír mientras se le escurría el queso de la *pizza* por la barbilla.

Me levanté para coger un paquete de servilletas, pero me quedé a medio camino de la cocina cuando oí sonar mi móvil avisándome de la entrada de un mensaje.

Cerré los ojos, negué con la cabeza y apreté los puños con fuerza.

A esas horas solo podía ser una persona.

Una que me iba a joder la noche con mi amiga, pero a la que no podía decirle que no.

Fui a la cocina, cogí las servilletas y, de vuelta al sofá, agarré el teléfono que había dejado dentro del bolso, colgado del respaldo de una silla. Me senté al lado de Anna y abrí el chat con una mala leche increíble, mientras ella me miraba con una ceja levantada al ver la cara de perro que se me había puesto.

Crystal: *Servicio a las 23.00 h. Mismo hotel de siempre. Habitación 407. Dos hombres. Dos horas. Clientes nuevos. Cuídate.*

—Mierda…

—¿Qué pasa?

—Tengo trabajo.

—¿Ahora?

—Sí. Dentro de una hora.

—Joder, qué mierda. ¿Y no puedes…?

—No. No puedo decir que no, Anna. Es un servicio doble y de dos horas. Eso es mucha pasta.

—¿Con dos tíos?

—Sí. Tengo que ir al hotel de siempre.

—Di que no, Astrid —me rogó—. Entra en razón y déjame ayudarte. No te doy el dinero si no quieres, te lo presto y ya me lo devolverás.

De sobra sabía que, si le permitía prestármelo, después no me dejaría devolvérselo. Por eso nunca había aceptado que me ayudara.

Pero, si en aquel momento hubiera sabido lo que pasaría esa noche, me habría tragado el orgullo y la habría dejado hacerlo, aunque después hubiera tenido que devolverle el dinero metiéndoselo debajo de la almohada si era necesario.

—Este servicio me permitirá reducir bastante lo que me queda por pagar.

—Puedo ir contigo.

—¡¿Adónde?!

—Al hotel. ¿Dónde va a ser?

—Tú no estás bien de la cabeza. ¿Cómo vas a venir conmigo?

—Joder, que no digo de ir a la habitación a hacer… eso. Yo no sabría ni por dónde empezar. Pero puedo esperarte en el bar tomando una copa o dos y luego volvemos juntas. Me quedaría más tranquila.

Resoplé y negué con la cabeza.

La verdad era que no era mala idea. Así no tendría que ir y volver sola.

Dudé unos segundos.

—Si vienes, hay normas.

—Las que quieras.

—No entramos juntas. No quiero que nadie te vea con Jazmín.

—Vale.

—Tampoco salimos juntas. Y no hables con ningún hombre en el bar. Muchos de los que van allí son clientes de otras chicas y no quiero tener que estar preocupada por ti mientras trabajo.

—Hecho. No hablaré ni con hombres ni con mujeres. Solo con el camarero.

Resoplé.

—Pues vamos allá —dije levantándome—. Tengo que prepararme ya.

Anna me acompañó a la habitación y estuvo sentada en la cama mirándome mientras hacía mi rutina de siempre.

—Todo negro. ¿No tienes otros colores?

—No. Me gusta el negro. Solo pongo color en los zapatos y en el bolso, que siempre son rojos.

Asintió.

Bajé la caja de las pelucas y la abrí encima de la cama.

—Elige. ¿De qué color quieres verme como Jazmín?

Las observó y fue cogiéndolas una por una hasta que, dos minutos después, se decidió.

—Morena. No puedo ni imaginarme cómo será verte así. Con lo rubia que eres, tiene que ser un cambio brutal.

Entré en el baño con la peluca y unos minutos después salí de allí completamente preparada, hasta con los zapatos puestos y maquillada.

—Joder… No pareces tú —dijo mirándome alucinada.

—De eso se trata, de parecerme a mí lo menos posible.

—Estás guapa, pero me gustas más de rubia.

Me eché a reír.

—Sí, a mí también me gusta más mi pelo. Más que nada porque, cuando me veo con él, es porque soy yo.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Son dos tíos y…

—Siempre lo tengo. Hay unas normas que tienen que cumplir, ya lo sabes. Y tampoco es la primera vez que estoy con dos personas.

Resopló.

—Lo sé. Y ojalá no hubieras tenido que hacer esto nunca.

Pues sí, ojalá hubiera sido así, pero era lo que me había tocado y ya no merecía la pena seguir lamentándome cuando estaba tan cerca de que toda aquella mierda acabara. Dejaría ese trabajo y también la maldita Nueva York, a la que odiaba con todas mis fuerzas porque solo había traído desgracias a mi vida.

—Lo mismo te toca un tío majo y *buenorro* como el de aquella despedida de hace meses.

Sonreí con tristeza al oírla.

Días después de la noche que pasé con Oskar le había contado lo ocurrido. No todo, claro. Solo lo bien que se había portado conmigo y lo cómoda que me había sentido a su lado. No entré en detalles, no le dije su nombre ni tampoco lo que habíamos hecho.

—Eso fue algo único.

—Desde luego, el chaval, por lo que me contaste, se portó fenomenal.

—Sí que lo hizo —dije sonriendo.

—Si fuera de aquí, lo mismo…

—Lo mismo nada, Anna. Ningún hombre que sepa a lo que me dedico querría tener nada conmigo. Para él fue una noche más y punto.

—Bueno, cuando volvamos a Copenhague nadie lo sabrá y seguro que encuentras a un hombre que te quiera.

—No cuentes con ello. Cuando vuelva a casa no quiero saber nada de hombres durante una larga, larguísima temporada.

—Eso no está en tu mano decidirlo. Si el destino, que es todavía más cabezota que tú, decide que sí, ya puedes decir lo que quieras que acabarás cayendo.

—Veremos quién gana.

—Él. Siempre gana él.

Y tenía razón.

O la tendría porque el capullo del destino me tenía preparadas muchas sorpresas en un futuro no muy lejano.

Cogí la gabardina y el bolso mientras Anna hacía lo mismo con su abrigo. Después, las dos juntas y agarradas del brazo, bajamos al frío de la noche para montarnos en el taxi que ya nos esperaba delante de mi edificio.

Capítulo 11



Nos bajamos del taxi y cruzamos la acera.

—Dentro de dos horas quedamos en el vestíbulo, ¿vale?

—De acuerdo. Y ten cuidado, por favor —dijo dándome un abrazo.

Anna entró primero y, desde la puerta, vi cómo le preguntaba a James dónde estaba el bar. Asentí conforme cuando la vi dirigirse hacia donde él le había indicado.

Cogí aire y entré con pasos firmes, como hacía siempre.

Crucé la mirada con James mientras caminaba hacia los ascensores. Una sonrisa por mi parte y otra, acompañada de un saludo con la cabeza, por la suya.

Marqué el botón de la cuarta planta y suspiré mientras ponía la mente en modo trabajo.

Me quité la gabardina delante de la habitación y llamé a la puerta.

Me abrió un hombre de unos cuarenta años que, sin decir nada, me miró de arriba abajo. Hubo algo en su mirada que no me gustó.

—Soy Jazmín.

—Pasa.

Entré detrás de él porque ni siquiera me cedió el paso y se detuvo en medio de la habitación.

Como hacía siempre para evitar sorpresas, recorrí el lugar con la mirada. Nada fuera de sitio. Nada extraño a simple vista.

En lo último que me fijé fue en el otro hombre, que estaba sentado en una silla con un vaso de *whisky* en la mano. Tendría más o menos la misma edad que el que me había abierto la puerta y también me observaba de arriba abajo.

Y, al igual que con el primero, no me gustó nada lo que vi en su mirada.

Después de tantos clientes había aprendido a reconocer ciertas cosas y supe en aquel instante que me esperaban dos horas muy intensas. Aquellos hombres eran de los que disfrutaban con el sexo duro, de los que necesitaban mandar y a los que muchas veces les costaba aceptar un no por respuesta.

Cojonudo. Mañana lo mismo no voy a poder ni andar de lo dolorida que van a dejarme estos dos capullos, pensé mientras me acercaba a una silla vacía para dejar mis cosas.

—Quítate la ropa.

—¿Sabéis las normas?

—Sí.

Contestó el moreno, el mismo que me había abierto la puerta, pero la forma en la que lo dijo no terminó de convencerme.

—Quítate la ropa —repitió el rubio, que seguía bebiendo sin moverse de la silla.

Tres minutos después estaba completamente desnuda en el centro de la habitación, esperando. Ellos habían aguardado a que terminara para empezar a quitarse la ropa.

Se pusieron delante de mí y el moreno me agarró del pelo para obligarme a arrodillarme.

Primero tuve que hacérselo a uno y, sin darme ni un segundo de descanso, al otro. Ninguno terminó. Al parecer, querían aguantar más.

Durante la hora siguiente agradecí tener la mente en modo trabajo porque, de lo contrario, no habría podido soportar la cantidad de obscenidades, insultos y chorradas que me dijeron.

Eso podía aguantarlo.

Las palabras me daban absolutamente igual. No eran los primeros a los que les gustaba utilizar ese tipo de lenguaje.

Después de salir los dos de dentro de mí, porque, al parecer, la doble penetración era lo que más les gustaba, el moreno me empujó y me tumbó de espaldas sobre la cama.

Se colocó encima de mí y fue directamente a buscar mi boca, pero giré la cara.

—No.

—Harás lo que te pidamos, que para follarte nos ha costado un pastizal.

—No —repetí—. Hay unas normas y las conocíais antes de contratarme.

—¿Quieres que te diga por dónde nos pasamos tus normas? —dijo el rubio riéndose.

—Si no las cumplís, me voy.

El moreno soltó una carcajada, pero un segundo después su expresión cambió por completo. Me fulminó con la mirada y me dio una bofetada tan fuerte que me giró la cara.

—Quítate de encima, cabrón. Me voy ahora mismo. Esto está fuera de los límites. Si os gusta este tipo de sexo, hay otras chicas dispuestas a hacerlo. Yo no.

Me removí debajo de él intentando quitármelo de encima, pero era demasiado grande y fuerte.

—Pues hoy vas a ser una de esas chicas.

—¡No!

La segunda bofetada fue todavía más fuerte.

El rubio se subió a la cama y abrí mucho los ojos cuando vi lo que llevaba en las manos: las dos corbatas que se habían quitado antes.

Me ataron a la cama.

Claro que lo hicieron.

Y no pude hacer absolutamente nada para evitarlo. Eran dos, más grandes y mucho más fuertes que yo.

Solo hice lo único que podía hacer hasta que todo terminó. Cerré los ojos y aguanté las lágrimas y el dolor que sentí durante la hora siguiente. Y no solo el dolor en mi vagina y en mi puerta trasera por la fuerza y el modo bestial con que me dieron.

También tuve que aguantar todo tipo de golpes.

En la cara, sobre todo, cuando sollozaba, me quejaba o les rogaba que, por favor, me dejaran.

Cuando las dos horas terminaron, ni siquiera me permitieron entrar en el baño para limpiarme la sangre de la ceja, del labio partido o la que todavía tenía reseca bajo la nariz después del puñetazo que me había dado el moreno.

El rubio abrió la puerta mientras el otro me sacaba prácticamente a rastras. Un minuto después me tiraron la ropa encima y cerraron de un portazo.

Me apoyé en la pared y rompí a llorar.

Tenía miedo de que me oyeran y volvieran a salir, así que, como pude y con muchísimo esfuerzo, me puse el vestido y la gabardina.

La ropa interior no estaba.

Los muy cerdos se la habían quedado.

Seguramente como un trofeo o un recuerdo de lo que habían hecho.

Cogí los zapatos con una mano y el bolso con la otra y conseguí ponerme en pie agarrándome a la pared. Caminando muy despacio, porque era incapaz de hacerlo de otra manera, llegué hasta el ascensor.

Entré y marqué la planta baja.

Nada más salir busqué a Anna o a James. Necesitaba que alguno de los dos me sujetara porque estaba segura de que, si no, acabaría desplomándome allí mismo. Y no era solo por el dolor que me recorría todo el cuerpo, sino por el agotamiento después del desgaste físico de aquellas dos horas infernales.

Los dos me vieron al mismo tiempo.

Anna desde uno de los sillones del centro del vestíbulo, donde estaba sentada esperándome, y James desde recepción.

Debía de tener un aspecto horrible porque, cuando llegaron hasta mí, Anna lloraba a moco tendido y James tenía la cara completamente desencajada.

—¿Qué coño te han hecho esos hijos de puta? —preguntó mientras me cogía en brazos para llevarme hasta uno de los sillones.

—Anna…

—¿La conoces?

—Es mi mejor amiga —contestó ella entre lágrimas.

—James, pídenos un taxi. Quiero irme a casa. No quiero estar aquí si bajan.

—¡¿A casa?! De eso nada. Nos vamos al hospital —dijo Anna, muy alterada.

—No voy a ir al hospital. No estoy tan mal como parece.

Mentira.

Estaba reventada, pero no quería ir. En cuanto me vieran así empezarían con las preguntas y no quería dar explicaciones a nadie.

—¿Cómo qué no? Estás sangrando, joder.

Miré a James y le rogué con los ojos que hiciera lo que le había pedido.

—Debería llamar a la policía —dijo antes de sacar el móvil del bolsillo.

—No. No quiero problemas. Se lo diré a mi jefa y ella se encargará.

—Joder, Jazmín, deja esta mierda ya. Un día te van a matar.

—Sabes que esto no es lo normal.

—Lo sé. Pero, como acabamos de comprobar, hay mucho cabrón suelto y nunca sabes cuándo te va a tocar otro.

—No habrá próxima vez —dijo Anna, que había permanecido callada mientras lloraba.

—Anna, sabes que…

—No. Esto se acaba hoy. No vas a volver a hacer un servicio. No voy a permitirlo.

La firmeza con la que habló me dejó claro que sí, que aquel había sido mi último servicio.

James sonrió al oírla.

—Gracias. Gracias por ayudarla. Ojalá yo hubiera podido hacerlo.

—Ya lo estás haciendo. Y también la has ayudado todas las veces que ha venido, estando pendiente de ella cuando se marchaba.

Anna sabía aquello porque alguna vez le había hablado de James y de las charlas que teníamos cuando yo salía de un servicio y él estaba fuera fumando.

James miró hacia la calle y asintió.

—El taxi ya está fuera. Vamos, dejadme ayudaros.

Entre los dos consiguieron levantarme.

James me sujetó con muchísimo cuidado por la cintura y Anna por un brazo, aunque pude ver el miedo en su mirada. No sabía ni dónde tocarme porque desconocía cómo estaba mi cuerpo debajo de la gabardina.

—James, gracias por todo —dije mientras me ayudaba a entrar en el taxi.

—Jazmín… Cuídate y no vuelvas, por favor —respondió con los ojos aguados.

—Astrid. Así me llamo.

Sonrió con tristeza.

—Mucho más bonito que Jazmín, dónde va a parar.

Sonreí también, aunque apenas pude hacerlo porque el labio me dolía horrores.

—Gracias por todo, de verdad.

—Llama alguna noche al hotel. Me gustaría saber que estás bien.

—Lo haré.

Me dio un beso en la cabeza y cerró la puerta.

Anna ya estaba sentada a mi lado y fue ella quien le dio al taxista la dirección de mi casa.

No hablamos durante todo el trayecto.

Yo fui perdida en mis pensamientos, pensando en mi padre y en lo mucho que estaría sufriendo si era verdad eso de que quienes se van pueden vernos desde algún lugar.

Anna, en cambio, no dejaba de mirarme de reojo mientras contenía las lágrimas y se retorcía las manos por los nervios.

Capítulo 12



Miré de reojo a Anna y sonreí.

Estaba dormida como un tronco y no era para menos después del madrugón que nos habíamos pegado.

Yo tendría que estar haciendo lo mismo. Sueño tenía de sobra porque no solo había madrugado, sino que no había pegado ojo en toda la noche, pero los nervios que llevaba encima no me dejaban descansar.

La azafata pasó junto a mí y me preguntó en voz baja si quería algo. Le dije que no, que estaba bien, y volví a mirar a Anna.

No tendría vida suficiente para agradecerle todo lo que había hecho por mí.

Se había portado como una verdadera amiga, aunque llamarla así se quedaba corto. Anna era mi hermana de corazón y sabía que yo también lo era para ella.

Nunca había dudado de que, llegado un momento de necesidad extrema, estaría a mi lado, pero verme salir del hotel en aquellas condiciones y todo lo que ocurrió después había marcado un antes y un después en nuestras vidas.

Apoyé la cabeza en el respaldo, cerré los ojos y pensé en todo lo que había pasado desde que nos montamos en aquel taxi después de que saliera por última vez del hotel y de aquel servicio con los dos hijos de mala madre que me habían dado más golpes de los que jamás habría imaginado soportar.

Cuando llegamos a casa, Anna tuvo que ayudarme a bajar del taxi porque yo apenas podía mantenerme en pie. No se separó de mí ni un solo momento.

Entró conmigo en el baño para ayudarme a quitarme la ropa e incluso se metió en la ducha para sostenerme mientras intentaba quitarme la sangre y el olor a sudor.

También quise librarme de la sensación de suciedad y de impotencia que llevaba pegada al cuerpo, pero esas, por mucho que frotara, no desaparecieron.

Después me llevó hasta la cama, me ayudó a ponerme el pijama y me curó como pudo el labio y la ceja.

Por suerte, en el botiquín tenía varias cosas, entre ellas puntos de aproximación, que utilizó para cerrar los dos cortes más grandes. Todo aquello después de que, por mucho que insistiera, me negara en redondo a ir al hospital.

Nos metimos en la cama.

Ella estaba nerviosa y preocupada, y yo, completamente abatida y agotada.

Aquella noche solo me pidió que descansara y me dijo que al día siguiente, con más calma, hablaríamos de lo que íbamos a hacer. Porque, como ya había dejado claro en el hotel y había repetido varias veces mientras me duchaba y me curaba, aquella vida se había terminado para mí.

Estaba tan agotada que al día siguiente no me desperté hasta la hora de comer.

Hacía años, o quizá nunca me había pasado, que no dormía tantas horas seguidas. Pero el cuerpo era sabio y, si había necesitado dormir tanto, era porque tenía que recuperarse un poco.

Descansada me levanté.

Dolorida también.

No había una sola parte de mi cuerpo que no me doliera, sobre todo la cara por las heridas y mis partes íntimas, que las tenía en carne viva.

Cuando aparecí por la cocina, Anna ya había puesto la mesa y servido dos platos de una sopa caliente que estaba buenísima y que, según me contó, había pedido junto con algunas cosas más a un restaurante cercano.

Mientras comíamos, apenas me dejó hablar y mucho menos negarme a nada. Ya tenía perfectamente claros los planes para los siguientes días.

Había llamado a su padre para decirle que se quedaría una semana más porque yo la necesitaba, aunque no le dio más explicaciones. Solo le dijo que era por algo bueno y ahí dejó el tema.

El plan consistía en cerrar definitivamente mi vida en Nueva York y, en cuanto todo estuviera listo, coger un vuelo de regreso a casa.

A Copenhague.

Y acepté.

Lo hice porque, después de aquella noche, supe que no podía seguir así y que de verdad necesitaba alejarme de allí. Por primera vez, y haciéndola inmensamente feliz, como se encargó de recordarme, acepté su ayuda.

Ese mismo día llamé a la cafetería, a la empresa de limpieza y a Crystal para comunicarles que me marchaba de la ciudad y dejaba los tres trabajos.

Mi jefa de la cafetería me dijo que era una pena porque siempre había sido muy cumplidora y que le costaría encontrar a otra persona como yo, pero me deseó lo mejor y me aseguró que me ingresaría el sueldo completo de aquel mes, las vacaciones que no había disfrutado y una pequeña indemnización.

Mi jefe de la empresa de limpieza también me deseó lo mejor y me dijo que, si algún día regresaba, allí tendría un puesto asegurado.

Ni en broma volvía yo a Nueva York.

Antes de regresar al lugar que más sufrimiento me había causado, me iba a vivir al Polo Norte a pasar frío y vender bufandas si hacía falta.

En la empresa de limpieza también me pagaron el sueldo entero del mes y todas las vacaciones que me debían.

Pues ni tan mal.

Los dos se portaron genial conmigo y, sinceramente, no me lo esperaba. Además, aquel dinero me vino de perlas porque, aunque Anna se cabreó bastante, pude pagarme yo misma el billete de avión.

La conversación con Crystal fue diferente.

Dura.

Muy dura.

Cuando le conté que lo dejaba porque no podía más y le expliqué lo que había pasado, puso el grito en el cielo y, menos guapo, llamó de todo a aquellos dos hombres.

Y juró vengarse.

Estaba segura de que cumpliría su palabra porque Crystal, otra cosa no, pero mala hostia tenía para dar, tomar y regalar.

Se quedó tan disgustada que, nada más colgar, me hizo una videollamada para verme. Cuando vio mi cara, que al día siguiente no solo tenía los dos cortes, sino que estaba prácticamente morada por todos lados, por su boca salieron sapos y culebras.

Después de quince minutos despotricando, al igual que habían hecho mis otros dos jefes, me deseó todo lo mejor y me dijo que, si alguna vez necesitaba cualquier cosa, no dudara en llamarla.

Pero lo que más me sorprendió fue que, en ese mismo momento, me hizo un ingreso bastante alto.

No solo estaba el dinero que los dos cabrones habían pagado por las dos horas contratadas, sino el doble de esa cantidad.

«Por ser tan valiente y dura», me dijo, haciendo que me emocionara.

Con los tres trabajos ya fuera de mi vida, el siguiente paso fue ir al banco para liquidar lo que todavía quedaba pendiente del préstamo.

Ahí entró Anna.

Fue ella quien hizo una transferencia y saldó los aproximadamente diez mil dólares que aún debía.

Mientras firmaba los papeles, calculé mentalmente que, para conseguir aquella cantidad, habría necesitado hacer unos quince servicios más. A una media de setecientos dólares por cada uno de los sencillos y haciendo normalmente siete u ocho al mes, me habría llevado unos tres meses terminar de pagarlo todo, contando además con guardar algo para no regresar a Copenhague con las manos vacías.

Pero, gracias a Anna, ya no iba a ser necesario.

Después de solucionar lo del banco, nos informamos de si necesitaba algún permiso o documentación especial para volver a mi ciudad de origen.

Por suerte, para regresar no necesitaba nada más que mi identificación, y las dos nos alegramos muchísimo porque, cuando llegué a Nueva York, todo había sido un lío de papeles.

A mi padre le concedieron el permiso de trabajo sin problemas y, además, la empresa se encargó de todos los trámites. Yo, al ser mayor de edad, tuve que solicitar uno como estudiante universitaria.

Permiso que después, al morir mi padre y tener que ponerme a trabajar, tuve que cambiar por uno de trabajo y residente que me iban renovando año a año al tener constancia de mi deuda.

Lo siguiente fue avisar a mi casero de que me marchaba en tres días, que era el tiempo que habíamos calculado que necesitaríamos para vaciar el apartamento.

Esos tres días fueron una auténtica locura. Y eso que apenas tenía cosas. No quería ni imaginar cómo sería una mudanza para alguien que viviera en una mansión y tuviera más mierdas de las que siquiera recordaba haber comprado.

La ropa que no quise llevarme y todos los vestidos negros menos uno los metimos en bolsas y los llevamos a la iglesia del barrio.

El único que conservé fue el que había llevado la noche que pasé con Oskar. De todos los vestidos negros que había usado para trabajar, aquel era el único que me traía un buen recuerdo y, por eso, quise quedármelo.

Del resto de mis pertenencias, que tampoco eran demasiadas, tiramos algunas y llevamos las demás a un centro de donación.

Anna se encargó de buscar los vuelos y encontró uno que salía a las cinco de la mañana del cuarto día. La otra opción era esperar dos días más y alojarnos en un hotel, porque yo ya había avisado al casero de mi marcha y, por lo visto, tenía a alguien interesado en ocupar el apartamento cuanto antes.

Y, después de dejarlo todo cerrado, allí estábamos, montadas en un avión de camino a casa.

El vuelo duraba casi ocho horas y, al mirar el reloj, vi que ya habíamos recorrido aproximadamente la mitad del trayecto.

Suspiré al pensar en los problemas que me esperaban en Copenhague. Volver a ver al capullo de Storm no iba a ser fácil, nada fácil.

Pero, si algo bueno podía sacar de todo lo que había vivido, era que, tal y como me había dicho Crystal, me había endurecido. Y el señorito Nielsen ya no iba a manejarme a su antojo.

Con aquel pensamiento en la cabeza y una sonrisa en los labios, terminé quedándome dormida.

Capítulo 13



Arrastrando las maletas, caminamos en silencio por el largo pasillo del aeropuerto.

Miré mis manos y negué con la cabeza. Era raro y deprimente pensar que, después de tanto tiempo lejos de mi tierra, todo lo que me llevaba de aquella vida cabía en solo dos maletas.

Cuando me marché, más de seis años atrás, llevaba el triple de equipaje. Ahora volvía siendo más mujer, más dura, con apenas unas pocas pertenencias y el peso de la pérdida de mi padre a cuestas.

Regresar me provocaba sentimientos encontrados: felicidad por volver al lugar del que nunca había querido marcharme y tristeza al recordar que la última vez que recorrí aquel aeropuerto lo hice junto a mi padre y que eso jamás volvería a repetirse.

—¿Estás bien?

Giré la cabeza para mirar a Anna, que caminaba a mi lado observándome con preocupación.

—Sí. Es solo que resulta raro estar aquí sabiendo que esta vez no es una visita, sino que vuelvo para quedarme.

Asintió.

—El cambio será grande, pero en nada volverás a estar bien.

Estar bien era mucho decir…

Estaría a gusto y feliz por tenerla cerca, eso no lo dudaba, pero arrastraba conmigo demasiadas cosas de aquellos años fuera. Y pesaban mucho.

Eso sin contar con que tendría que volver a ver a su hermano.

Me había marchado de Copenhague arrastrando dolor y una pérdida, y regresaba cargando con algo parecido. Resultaba curioso que ambas heridas tuvieran que ver con los dos hombres que más había querido en mi vida.

Las pérdidas habían sido muy diferentes, eso estaba claro, pero pérdidas al fin y al cabo.

—¿Les has dicho a tus padres que vengo?

Soltó una risita.

—No se lo he dicho a nadie. Prefería que fuera una sorpresa. Ellos también te han echado mucho de menos. Sabes que siempre te han considerado una hija más.

Sonreí.

Era totalmente cierto. Desde que Anna y yo nos hicimos amigas siendo apenas unas niñas y pasábamos más tiempo juntas que separadas, sus padres siempre me habían tratado como a una más de la familia.

Y a mi padre le pasaba exactamente lo mismo con Anna y Storm. Los quería muchísimo.

—Tengo muchas ganas de verlos y darles un abrazo.

A Anna la había visto el verano anterior, cuando fue a Nueva York, pero a sus padres, por diferentes circunstancias, no los veía desde el entierro de mi padre. No solo habían viajado para asistir, sino que se quedaron conmigo durante una semana entera.

En esos días insistieron muchísimo en que regresara a Copenhague con ellos, igual que hizo Anna, pero, cuando vi la deuda que todavía tenía pendiente y para evitar darles la oportunidad de ofrecerse a pagarla, me callé y les dije que, de momento, me quedaría un poco más.

Un poco más…

Sí. Desde el principio sabía que aquel «poco» acabaría convirtiéndose en mucho tiempo.

Dos largos y durísimos años más.

Molly y Thomas terminaron enterándose de mi situación el verano anterior, cuando Anna vino a verme. No de lo que hacía para solucionarla, claro. Eso solo lo sabía ella.

Tuve que contárselo por insistencia de mi amiga porque sus padres no dejaban de preguntar qué tal me iba en la universidad y aquella mentira ya había durado demasiado.

Así que un día los llamé y les conté cómo estaban las cosas.

Molly lloró.

Thomas se enfadó.

Y ambos, tal y como había supuesto, se ofrecieron a ayudarme.

Me negué, igual que había hecho todas las veces que Anna me tendió la mano.

Les prometí que estaba bien, que con los trabajos que tenía conseguía pagarlo todo a tiempo y que la situación no duraría demasiado. También les aseguré que, cuando terminara, retomaría mi vida y acabaría la carrera.

Terminé con una mentira para contar otra, porque sabía de sobra que nunca podría volver a estudiar. No tendría dinero para costearme otra vez la universidad.

—Pues lo mismo no tienes que esperar mucho para verlos porque anoche les mandé un mensaje diciéndoles a qué hora llegaba. Seguramente estén fuera esperándonos.

Sonreí.

—Pues vamos. Tengo ganas de pisar suelo danés y verlos.

Anna soltó una risita y seguimos caminando.

Nada más salir del aeropuerto, me detuve delante de las puertas, cerré los ojos y cogí una gran bocanada de aire.

—¿Qué haces?

—Respirar aire de casa.

—¿Aire de casa?

—Sí. Aire que me da la bienvenida.

Anna se echó a reír.

—Estás fatal. Solo a ti se te ocurren estas cosas y luego te preguntas por qué te llamo loca.

Me encogí de hombros y acabé riéndome con ella.

—Ninguna de las dos hemos estado nunca muy cuerdas. Por eso hacemos tan buen equipo. La locura es una de las cosas que más unen.

Continuamos andando unos metros, todavía riéndonos de nuestras tonterías, hasta que levanté la cabeza.

Y entonces lo vi.

La risa se me cortó de golpe.

Apoyado en un coche que seguramente valía más de lo que yo había ganado prostituyéndome durante dos años estaba Storm.

Verlo fue como recibir un golpe directo en el estómago y, por qué no decirlo, también en el corazón.

Y dolió, dolió más que cualquiera de los golpes que había recibido en esa habitación de hotel ya una semana atrás.

Más de lo que estaba preparada para admitir.

Allí estaba, con esa forma chulesca y despreocupada de apoyarse contra el coche y los brazos cruzados sobre el pecho. Storm. Mi pesadilla del pasado. El hombre al que había pensado que nunca volvería a ver.

También había creído que, si por algún motivo nuestros caminos volvían a cruzarse, no sentiría nada al tenerlo delante.

Otro error.

Porque el destino había querido que nos encontráramos de nuevo y bastaron apenas dos segundos para demostrarme que tampoco había superado todo lo ocurrido tanto como yo quería creer.

Se me removió todo por dentro. El corazón empezó a latirme con fuerza y la respiración se me entrecortó.

No era amor.

Al menos, eso quise pensar.

Pero algo había.

Demasiado, quizá.

Él todavía no nos había visto y Anna tampoco parecía haberse percatado de su presencia porque seguía riéndose a mi lado, así que aproveché aquellos segundos para observarlo.

No había cambiado demasiado en los seis años que llevaba sin verlo.

Bueno, quizá un poco sí.

Parecía más hombre, más hecho, aunque su esencia de chulo no parecía haberla perdido. Eso me lo decía la postura en la que estaba.

Físicamente seguía siendo insultantemente guapo.

Demasiado para mi paz mental.

Era rubio, aunque bastante más oscuro que yo, y seguía teniendo aquellos ojos grises en los que tantas veces me había perdido durante horas en el pasado.

Grises como el acero.

Fríos en muchas ocasiones, intimidantes en otras y llenos de brillo en unas cuantas más.

Yo había tenido la oportunidad de conocer todas sus versiones.

Seguía siendo alto y su cuerpo se veía más definido, con los músculos mucho más marcados. Su rostro conservaba prácticamente los mismos rasgos, aunque la barba de dos o tres días que llevaba le daba un aspecto más adulto.

La mandíbula seguía igual de marcada.

Y sus labios…

Esos labios carnosos que tantas veces había tenido pegados a los míos.

Eso es cosa del pasado y no debes pensar en ello. Olvida todo lo bueno que hubo y recuerda únicamente lo que pasó y el daño que te hizo, Astrid.

Ese fue el consejo que me di a mí misma.

Y tendría que hacerle caso si no quería volver a sufrir.

Mi cupo de sufrimiento estaba más que completo, así que allí mismo, delante del aeropuerto, me prometí que lo haría.

Tenía que hacerlo.

Sí o sí.

—Bonita bienvenida. No sé si darme la vuelta —murmuré mientras apretaba con fuerza el asa de la maleta y todavía más los dientes.

—¿Qué? —preguntó Anna, confusa.

Le hice un gesto con la cabeza para que mirara en dirección a su hermano.

—Mierda… No pensé que sería él quien vendría a buscarme. Yo esperaba a mis padres.

—Pues… ¡sorpresa! Tu queridísimo hermano te ha echado tantísimo de menos que ha venido corriendo. O quizá ha pensado que, después de pasar unos días conmigo, lo mismo regresabas sin alguna extremidad y ha venido a comprobar que vuelves de una pieza.

Soltó una risita.

—Mujer, tampoco tiene tan mal concepto de ti.

Esta vez fui yo la que se echó a reír.

—No. Tienes razón. Lo tiene peor. Y en breve vas a comprobarlo por ti misma.

—Tú nunca has querido hablar de él ni contarme qué pasó. Y él tampoco ha preguntado por ti durante estos años. Cada vez que salía tu nombre, se quedaba callado. ¿Qué coño os pasó?

Ya imaginaba que nunca había preguntado por mí ni había querido saber nada, pero Anna no me lo había dicho hasta ese momento y escucharlo en voz alta escoció más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Nada.

—Nada, claro. Y yo soy monjita.

—No creo que Alfred opine lo mismo. Tú de monjita no tienes nada, guapa. Puede que no tengas tanta experiencia como yo por todo lo que me ha tocado vivir y aprender en el tema del sexo, pero recatada tampoco eres.

—En eso tienes razón.

—En eso y en muchas otras cosas, pero lo dejaremos ahí. Ahora mismo no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea escupir a tu hermano en cuanto lo tenga delante y me suelte la primera chorrada.

—Que no… Ya verás cómo se comporta.

Solté una carcajada.

—Nunca pensé que ser ilusa estuviera entre tus muchas cualidades, pero, al parecer, es nueva y yo no tenía constancia de ella.

Soltó un jadeo.

—Vamos a comprobar quién tiene razón —dijo mientras empezaba a caminar muy recta.

Nos acercamos hasta Storm y, cuando por fin nos vio, muchas emociones cruzaron por su mirada en apenas unos segundos.

Al fijarse en Anna vi cariño, amor fraternal y alegría.

Pero, cuando sus ojos se posaron en mí y me reconoció, se convirtieron en pura tormenta.

En ellos pude ver enfado, molestia y ni una pizca de cariño. Incluso me atrevería a decir que había algo parecido al odio.

Pero, en lo más profundo, seguía estando aquello que siempre había aparecido entre nosotros desde que dejé de ser una niña.

Deseo.

Y verlo me hizo tragar saliva mientras, dentro de mi cabeza, se encendía un enorme cartel luminoso con una sola palabra:

Peligro.

Capítulo 14



Anna y yo nos quedamos paradas frente a Storm, en silencio, dándole la oportunidad de hablar primero.

Y lo hizo.

Solo necesitó unas pocas palabras para darme la razón en todo lo que acababa de decirle a su hermana y demostrarme que aquello de que había cambiado no era cierto.

Seguía siendo el mismo gilipollas de seis años atrás.

—Vaya, vaya, mira lo que han traído los vientos de Nueva York. Si la rubita ha vuelto. ¿Qué pasa? ¿Te han echado a patadas de allí y le has pedido asilo a mi hermana aprovechándote de su buen corazón?

Anna jadeó a mi lado y yo la miré como diciendo: «¿Qué? ¿Quién tenía razón?».

—Storm, por favor —le pidió.

—¿Qué? No he dicho nada malo. Es evidente que le han dado de hostias y seguro que ha sido por hablar cuando no debía. Nunca supo tener la bocaza cerrada.

Cerré los ojos y conté hasta tres.

Mientras yo intentaba calmarme, Anna abrió el maletero del coche para guardar su maleta. Las mías seguían en mis manos, sosteniéndome a mí más que yo a ellas.

No quería montar un espectáculo allí ni contestarle a lo que acababa de decir porque, sin saberlo, había conseguido hacerme muchísimo daño.

Nadie merecía que le pegaran. Mucho menos en las circunstancias en las que me lo habían hecho a mí.

—Storm, cállate.

Anna estaba enfadada. Lo supe por su tono de voz.

Y yo no quería que entre ellos se creara un conflicto por mi culpa. Siempre había pensado así. Se adoraban y ese había sido uno de los principales motivos por los que nunca le conté a Anna lo que ocurrió entre su hermano y yo.

Suspiré y, agarrando las maletas con fuerza, empecé a caminar hacia la parada de taxis que había a pocos metros.

No podía seguir teniéndolo delante y mucho menos si continuaba diciendo aquellas cosas, porque solo podían pasar tres cosas: que mi paciencia se agotara y le diera un puñetazo, que me derrumbara y acabara llorando allí mismo al comprobar que ni siquiera era capaz de tener un mínimo de consideración al ver mi cara destrozada o que Anna terminara discutiendo con él.

Ninguna de las opciones era buena, así que lo mejor era alejarme antes de que ocurriera alguna.

—Astrid, ¿qué haces?

—Nos vemos en tu casa.

Ni siquiera me giré para contestarle a Anna. Seguí caminando.

Solo llegué a dar cuatro pasos antes de que alguien me agarrara de la muñeca.

Me encogí de dolor y me solté de un tirón, llevándome inmediatamente la otra mano hasta allí por puro instinto.

Había pasado una semana, pero todavía tenía las muñecas en carne viva. Haber estado más de una hora atada al cabecero de aquella cama con las corbatas y tirar con todas mis fuerzas intentando liberarme me había destrozado la piel hasta hacerme sangrar.

Storm, que era quien me había agarrado y ahora estaba a mi lado, vio mi gesto. Sin pensarlo, alargó la mano, me cogió del brazo y me subió rápidamente la manga de la camiseta.

—¿Qué coño te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Tenía el ceño completamente fruncido y su voz sonaba enfadada y frustrada.

Lo llevas claro si piensas que voy a contarte algo.

Me solté de su agarre por segunda vez, volví a coger la maleta y, sin mirarlo siquiera, reanudé el camino hacia la parada de taxis.

Resoplé cuando volvió a ponerse delante para cortarme el paso.

Levanté la cabeza y nuestras miradas chocaron.

—¿No piensas contestarme? ¿No vas ni siquiera a hablarme?

Qué pesadito se estaba poniendo.

—No tengo nada de lo que hablar contigo.

—¿Qué te ha pasado? —insistió.

Aquella segunda vez incluso percibí algo parecido a preocupación en su voz y eso me sorprendió.

—Nada.

—Tu cuerpo no dice lo mismo. ¿Qué más tienes aparte de lo de la cara y las muñecas?

Me eché a reír sin ninguna gracia.

—¿Y a ti qué más te da?

—Si me diera igual, no te lo preguntaría. Joder, ¿qué coño te han hecho?

—Nada.

Resopló, enfadado.

—Cuéntamelo.

—No pienso contarte una mierda. No quiero hablar contigo, así que, por favor, déjame pasar. Estoy agotada y necesito llegar a casa de tu hermana, darme una ducha y tumbarme un rato.

—¿No quieres hablar conmigo? ¿Y eso por qué?

—Porque no te interesa nada de mi vida ni de lo que pase en ella. Así que sigue como hasta ahora. Es lo mejor.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Cómo tengo que seguir?

—Ignorándome. Tratándome como si hubiera muerto. Haciendo como si no existiera y nunca hubiera existido. Así es como tienes que seguir.

—¿Eso crees que he hecho todos estos años? ¿Borrarte de mi memoria?

Solté una risa amarga.

—No lo creo. Lo sé.

—No tienes ni puta idea de nada. No sabes nada. Tú te fuiste, ¿recuerdas? Te marchaste para vivir mejor y eso es lo que has hecho durante estos seis años. Vivir una vida ideal en Nueva York, ¿no?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

¿Una vida ideal?

¿Eso era lo que pensaba que había estado viviendo?

No podía estar más equivocado.

—El que no sabe nada eres tú.

—¿Y qué cojones quieres que piense? Te largaste y ni siquiera te planteaste volver cuando murió tu padre. Así que supongo que allí tienes una vida estupenda.

—No volvió porque no pudo.

Las palabras de Anna, que había llegado hasta nosotros sin que ninguno de los dos la oyera acercarse, hicieron que cerrara los puños con fuerza.

Storm clavó la mirada en ella.

—¿No pudo? ¿Por qué?

—Anna, no —la advertí para que se callara.

—¿Nos vamos? Estoy cansada y Astrid también.

—No.

—¿No?

—No hasta que me contestes. ¿Por qué no pudo volver? ¿Y qué coño le ha pasado para tener el cuerpo en esas condiciones?

Anna resopló mientras yo le rogaba con la mirada que, por favor, no le contara nada.

—Eso no me corresponde decirlo a mí. Si Astrid quiere, algún día te lo contará. Aunque tampoco entiendo a qué viene ahora tanta insistencia en saberlo cuando en seis años no has preguntado ni una sola vez cómo estaba o qué hacía.

—¿Qué cojones iba a estar haciendo? Estudiando y viviendo la buena vida para la que se marchó —contestó, cada vez más enfadado.

Anna negó con la cabeza.

—No puedes estar más equivocado, Storm.

—¿Qué? ¿Cómo qué no?

Ya no podía seguir viéndolos discutir por mí, así que cogí aire y corté la conversación.

—¡Se acabó!

Los dos se giraron hacia mí y, al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas, se quedaron en silencio.

—Anna, por favor… Vámonos. Cada segundo que pasa me estoy arrepintiendo más de haber venido —le rogué.

—Sabes que no tenías otra opción.

—Sí que la tenía y lo sabes. Podía haber seguido…

—No —me cortó mirándome muy seria.

Storm frunció el ceño, pero antes de que pudiera preguntar nada más, Anna volvió a hablar.

—Vámonos. Pero esto no se acaba aquí.

Ya lo creo que sí, pensé.

Storm, sin añadir una sola palabra, agarró una de mis maletas y caminó hacia su coche.

Anna me rogó con la mirada que fuéramos con él y que no me marchara sola en un taxi. Suspiré y acabé cediendo.

Ella se montó en el coche mientras yo iba hacia la parte trasera, donde Storm esperaba con el maletero abierto para guardar la maleta que todavía llevaba conmigo.

Se acercó y me la quitó de la mano, pero, antes de meterla, se aproximó más de lo necesario y habló lo bastante bajo para que su hermana no pudiera oírlo.

—Rubita, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—No tenemos nada pendiente. Y no vuelvas a llamarme «rubita».

Así era como me llamaba en el pasado y solo escuchar aquella palabra en su boca dolía.

Era nuestra forma de llamarnos.

Él a mí, rubita.

Yo a él, rubio.

—Siempre serás mi rubita.

—Nunca fui nada para ti. De eso ya te encargaste tú antes de que me marchara. Así que, como te he dicho antes, sigue tu vida y haz como que no existo.

Sin darle la oportunidad de responder, me di la vuelta y me subí en la parte trasera del coche.

Capítulo 15



Durante los primeros minutos en el coche se impuso un silencio bastante incómodo.

Ninguno de los tres parecía saber qué decir y fue Anna quien finalmente lo rompió.

—¿Cómo la ves? ¿Te parece que la ciudad está muy cambiada?

Desde que me monté en el coche y Storm arrancó, no había dejado de mirar por la ventanilla. Todo me resultaba familiar y, al mismo tiempo, diferente.

Las calles, los locales, los edificios y los parques por los que habíamos pasado eran los mismos o muy parecidos. Viendo todo aquello, tuve la certeza de que la ciudad apenas había cambiado y que era yo quien ya no la veía de la misma manera.

—Ella no. Soy yo.

—¿Eso qué significa? —preguntó Storm mirándome a través del retrovisor.

—Que soy yo la que ya no es la misma. Por eso lo veo todo diferente.

—Yo te veo igual.

Solté una risa seca.

Ojalá fuera cierto, pero de la Astrid que él conoció, de la niña que fui y de la adolescente que se enamoró locamente de él ya no quedaba prácticamente nada.

Anna me miró a través del retrovisor y negó con la cabeza, disgustada, porque sabía perfectamente que aquello no era cierto.

En apariencia seguía siendo la misma y, en la intimidad con ella, todavía quedaba algo de aquella otra Astrid. Pero, en todo lo demás, había cambiado demasiado.

Ya no tenía dentro aquella alegría que siempre me había acompañado. Tampoco era tímida. Me había endurecido y, en muchos momentos, sentía que mi corazón se había convertido en un bloque de hielo.

El móvil de Anna sonó y cortó la conversación, a Dios gracias.

Eran sus padres, que querían saber si estaba bien y si su hermano ya la había recogido. Como era la hora de comer, su madre insistió en que fuéramos a su casa.

Anna me preguntó con la mirada si me parecía bien y asentí.

Durante los quince minutos que quedaban de camino, yo seguí mirando por la ventanilla mientras los dos hermanos hablaban de un proyecto de venta de la empresa.

Cuando Storm detuvo el coche delante de la casa de sus padres, sonreí.

Aquello sí que parecía no haber cambiado.

Solo con ver la casa me sentí bien. Muy bien, de hecho.

Entre aquellas paredes había vivido algunos de los mejores momentos de mi vida junto a todos los miembros de esa familia que, pese a todo, seguía considerando como propia.

Storm y yo habíamos acabado mal, pero tampoco podía ser tan hipócrita como para negar que con él también había vivido momentos maravillosos. Y prefería quedarme con esos recuerdos, aunque estaba bastante segura de que él no hacía lo mismo.

Molly, al oír llegar el coche, salió al porche y, cuando nos vio, se llevó las manos a la boca.

En cuanto me reconoció, echó a correr hacia mí.

—¡Astrid! Dios mío, niña, qué alegría.

Nos abrazamos y no pude aguantar más. Rompí a llorar en sus brazos.

—Molly…

—Ya está, cariño, ya está… Ya estás en casa. Todo irá bien, tranquila.

Cuando me separé de ella, Thomas estaba justo a nuestro lado, emocionado al vernos.

—Thomas…

—Ven aquí, niña. Ya era hora de que volvieras.

Me envolvió entre sus brazos y apoyé la cabeza en su hombro mientras seguía llorando.

Cuando se apartó un poco y empezó a limpiarme con cuidado las lágrimas para no hacerme daño en la cara, vi a Anna llorando agarrada a la cintura de su madre y a Storm observándonos a los cuatro con expresión confusa.

—¿Quién es el hijo de puta que te ha hecho esto?

—Papá, déjalo —le pidió Anna.

Thomas asintió, aunque por su expresión estaba claro que no pensaba dejarlo ahí.

—Dime que no vienes solo de visita y que has vuelto para quedarte —me rogó Molly.

Asentí sonriendo.

—Sí. He vuelto para quedarme. Anna me ha ayudado con mi problema y nunca más volveré a Nueva York.

Las sonrisas de Molly y Thomas se hicieron todavía más amplias.

—Eres una cabezota. Deberías haberte dejado ayudar antes —dijo Thomas riñéndome con cariño.

—Lo sé. Ahora lo sé, pero ya no puedo volver atrás.

—Vamos a comer y nos contáis qué tal el viaje y por qué esta vez sí has permitido que Anna te ayude. Porque algo me dice que esos golpes tienen mucho que ver.

Anna y yo cruzamos una mirada y las dos supimos que, tarde o temprano, tendría que contarles la verdad a sus padres.

Pero no sería aquel día.

No nada más llegar.

—¿Qué problema tenías?

Resoplé.

Joder con el rubio, qué preguntón estaba. Mira que ya le había dicho que no pensaba contarle nada, pero él, como quien oye llover.

Nada.

Que quería enterarse de todo.

—Storm, eso son cosas de Astrid.

—¡Qué cojones! No son solo cosas de Astrid cuando todos sabéis lo que ha pasado menos yo. Parezco tonto escuchándoos hablar sin enterarme de nada.

—Tú lo elegiste así. Ahora no te quejes —dijo su madre, regañándolo.

Volví a cruzar una mirada con Anna y las dos negamos con la cabeza.

Ella porque sabía que su hermano era todavía más cabezota que yo, si eso era posible, y que no dejaría de preguntar hasta conseguir alguna respuesta.

Y yo porque entendí que, si no le contaba al menos lo más básico, acabaría provocándose un conflicto en la familia.

Y eso sí que no podía consentirlo.

—¿Podéis darnos unos minutos?

Los tres asintieron y, sin decir nada más, entraron en la casa, seguramente sabiendo perfectamente lo que iba a hacer.

Cogí aire, tragué saliva y conté hasta diez antes de girarme para mirar a Storm.

—Rubita…

—Te he dicho que no me llames así.

Resopló.

—Mira, no es que te merezcas que te cuente nada de mi vida ni de todo lo que ha pasado, pero voy a hacerlo por ellos. Porque te estás poniendo muy pesadito.

—Joder, es que me siento como un idiota. Soy el único que no sabe nada.

—Tú quisiste que fuera así, Storm. No me jodas ahora.

—No, eso ya lo hice mucho en el pasado. ¿O es que se te ha olvidado?

Lo fulminé con la mirada.

—Eso está muerto y enterrado y no quiero que vuelvas a mencionarlo —le advertí apuntándolo con el dedo.

—¿Por qué? No hicimos nada malo.

—Porque no lo sabe nadie y así tiene que seguir siendo. Así que cierra tu bocaza.

Dio dos pasos y se acercó demasiado.

Mucho más de lo necesario.

—Ciérramela tú, como hacías antes cuando no te gustaba algo de lo que decía.

Negué con la cabeza.

O estaba loco o a punto de estarlo, porque no entendía a qué venían aquellas referencias al pasado.

Como esa.

Era cierto que, cuando yo le decía que cerrara la bocaza, él siempre contestaba lo mismo.

«Ciérramela tú».

Y yo lo hacía.

Besándolo.

Pero aquello se había terminado porque él así lo quiso y no iba a volver a pasar.

No pensaba permitir que volviera a hacerme daño.

—Eso no va a pasar. Ni ahora ni nunca.

Se echó a reír.

—Ya lo veremos, rubita. Ya lo veremos.

Suspiré con cansancio.

—Mira, ¿quieres saber qué pasó o no?

—Sí.

—Pues deja de decir gilipolleces y escúchame para que pueda entrar a comer y descansar de una jodida vez.

—Habla.

—No he vivido como tú crees. Nada fue bien.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasó?

—El primer año lo pasé muy mal. Me costó muchísimo adaptarme, echaba de menos Copenhague y me sentía muy sola. Durante el segundo parecía que las cosas empezaban a mejorar, pero todo se fue a la mierda cuando mi padre enfermó.

—Pero lo trataron.

—Sí, pero el seguro no cubría el tratamiento que podía salvarlo. Pedimos un préstamo enorme para intentarlo.

Tragué saliva.

—No funcionó. Murió.

Al recordar a mi padre, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Astrid… Yo siento mucho no haber ido…

Lo corté porque no quería escuchar excusas vacías.

—Eso no me vale. Que no quisieras verme, lo acepto. Que no quisieras hablarme, también. Pero que no fueras a darle a mi padre el último adiós fue ruin por tu parte. Él te quería como a un hijo.

Agachó la cabeza.

Y no era para menos, porque sabía perfectamente que todo lo que acababa de decir era verdad.

Suspiró y, sin levantar la mirada, preguntó:

—¿Qué pasó después?

—Te haré un resumen porque es una historia larga y no quiero entrar en detalles.

—Sí…

Volví a cortarlo antes de que pudiera seguir.

—El préstamo que pedimos era enorme. Tuve que dejar la carrera y ponerme a trabajar, hasta en tres sitios a la vez. Y, aun así, el dinero no llegaba. Me mudé a un cuchitril y he pasado todos estos años contando hasta el último dólar. Ni siquiera podía permitirme tomarme un café fuera.

Levantó la cabeza y me miró con los ojos como platos.

—Joder, Astrid…

—Ahora ya sabes lo suficiente. Así que puedes dejar de preguntar.

—Mi madre ha dicho que mi hermana te ha ayudado.

Negué con la cabeza.

—Los tres se ofrecieron muchas veces a darme o prestarme el dinero, pero era mi problema y quería solucionarlo sola. La semana pasada ocurrió algo mientras Anna estaba conmigo y finalmente acepté que me prestara los diez mil dólares que todavía me quedaban por pagar. Dinero que pienso devolverle.

—¿Qué pasó?

—Eso solo lo sabe Anna y así va a seguir siendo.

—¿No puedo saberlo?

—No.

—¿Tiene algo que ver con esos golpes?

Hasta ahí había llegado la conversación.

No podía contarle más.

Ni quería hacerlo.

Sobre todo, no quería que me mirara como lo había hecho en el aeropuerto al verme por primera vez.

—Tengo hambre —dije dándome la vuelta para entrar en casa de sus padres.

—Acabaré enterándome, rubita.

Solté una risa amarga sin volverme.

—Eso no va a pasar, Storm. No insistas y deja las cosas como están.

Capítulo 16



Nada más entrar en la casa de los Nielsen, fui directamente a la cocina, donde sabía que estarían Anna y sus padres.

Molly ya tenía la mesa puesta y los tres esperaban sentados a que Storm y yo llegáramos.

En cuanto mi amiga me vio entrar, me interrogó con la mirada para saber si estaba bien y si la conversación no se había salido de madre. Asentí sonriendo para tranquilizarla y soltó de golpe el aire que parecía haber estado conteniendo.

Storm entró detrás de mí, muy serio, y se sentó en su sitio sin decir una palabra.

Molly empezó a servir la comida y, cuando vi lo que me puso en el plato, solo me faltó arrodillarme y besarle los pies.

—Dios, Molly, llevo seis años soñando con tus *frikadeller* —dije relamiéndome.

De Copenhague había echado de menos muchísimas cosas y, encabezando la lista, estaba la comida de Molly.

Todo lo que preparaba estaba bueno, pero sentía especial debilidad por aquellas albóndigas de carne que acompañaba con patatas cocidas, salsa y alguna verdura.

Molly y Thomas se echaron a reír al ver mi cara, y Anna se unió a ellos cuando cogí un buen trozo de pan para pringar la salsa.

—Si no te hubieras ido, no tendrías que haber echado de menos nada.

Las risas se cortaron de golpe ante el comentario de Storm.

Dejé el pan en el plato y me giré en la silla para mirarlo con bastante mala cara.

—Tuve que hacerlo. Mi padre no podía negarse cuando le ofrecieron aquel puesto. Si lo hubiera rechazado después de todo lo que habían hecho por él, seguramente habría acabado teniendo problemas en la empresa.

—Podía haberse ido él solo y tú haberte quedado.

Aquella era una de las cosas que más me había recriminado cuando le conté que me marchaba. Nunca llegó a entender por qué tomé aquella decisión por mucho que intentara explicárselo.

Mi padre era mi única familia. Sí, ellos también lo eran de alguna manera, pero no quería separarme de él.

Estábamos demasiado unidos. Yo lo habría pasado mal sin tenerlo cerca, pero sabía que él lo habría pasado todavía peor viéndose completamente solo en una ciudad tan distinta a la nuestra.

Según Storm, mi marcha había sido lo que lo jodió todo entre nosotros.

Yo nunca lo vi así.

Habría luchado para que lo nuestro continuara, al menos hasta que mi padre se hubiera adaptado a Nueva York. Habría ido y venido a Copenhague todas las veces que hiciera falta porque esos eran mis planes.

Luchar por nosotros.

Porque lo quería.

Podríamos haber intentado mantener la relación a distancia durante un tiempo, pero él no quiso. Y, después de lo que hizo, me quedó bastante claro que yo no era tan importante para él como él lo había sido para mí.

Por eso ni siquiera llegué a contarle todo lo que tenía pensado hacer para que aquello funcionara. Sus actos me demostraron que no me quería y que, aunque se hubiera enfadado al saber que me marchaba, en el fondo le daba completamente igual.

Algo que terminó de confirmar cuando, después de irme, jamás recibí una sola llamada o un mensaje suyo.

No volví a saber nada de él.

Además, mi padre ya había sufrido suficientes pérdidas. Primero sus padres, siendo muy joven, y después mi madre, a la que había querido con locura.

No quería que sintiera que también me perdía a mí.

Sí, podríamos habernos llamado y visto de vez en cuando, pero ya no habría sido lo mismo. Por eso, después de pensarlo muchísimo, decidí marcharme con él y, viendo todo lo que ocurrió después, sabía que había tomado la decisión correcta.

Si yo no hubiera estado en Nueva York, probablemente ni siquiera me habría enterado de su enfermedad. Estaba segura de que habría intentado ocultármela para evitar que sufriera viéndolo apagarse.

Pese a todo lo que tuve que hacer después, nunca me había arrepentido ni me arrepentiría de haber pedido aquel préstamo para intentar salvarlo.

Lo haría una y mil veces más, aun sabiendo que después tendría que vender mi cuerpo y hasta mi alma.

Antes de mi marcha, las cosas entre Storm y yo parecían ir bien.

O eso creía.

Como una idiota, pensaba que yo era la única para él igual que él lo era para mí.

Pero estaba muy equivocada.

Unos días después de contarle que tenía que marcharme, se encargó de dejarme bien claro que yo solo había sido una más con la que se lo pasaba bien. Me dolió tanto la forma en la que me lo dijo y, sobre todo, la situación en la que lo encontré, que desde aquel día hasta que me marché dos meses después vivimos en una guerra constante de malas palabras y peores miradas.

El comentario de Storm, dicho con bastante mala leche, dejó un silencio incómodo en la mesa hasta que Thomas, experto en salvar situaciones delicadas, decidió cambiar radicalmente de tema.

—Astrid, ¿te quedarás con Anna?

—Sí. Al menos hasta que pueda encontrar algo para mí. Primero necesito conseguir trabajo, eso es prioritario. Mañana mismo empezaré a buscar.

—Astrid, ya te he dicho que puedes trabajar en la empresa.

—Anna, sabes que no tengo formación. Aunque, si hay algún puesto en limpieza o en la cafetería, no estaría mal.

Storm giró la cabeza de golpe para mirarme con una ceja levantada.

—¿Quieres limpiar nuestra mierda o servirnos café?

Me encogí de hombros.

—Es un trabajo tan digno como cualquier otro y experiencia tengo.

—No me jodas…

—¿Y qué quieres que haga? No tengo estudios, así que no puedo optar ni en vuestra empresa ni en ninguna otra a muchos trabajos que no sean de ese tipo.

—Yo había pensado en algo —dijo Anna mirando a su hermano.

—Habla.

—Amelia se jubila dentro de tres semanas, ¿no? Astrid puede sustituirla. Tiene tiempo de enseñarle cómo funciona todo antes de marcharse.

—Anna, es una idea fantástica —dijo su padre, encantado.

—¿Quién es Amelia?

Storm sonrió de medio lado y aquella sonrisa no me gustó.

Nada de nada.

—Mi secretaria. También ejerce como asistente.

Miré a Anna con los ojos como platos.

¿Pero qué narices estaba diciendo?

¿Yo, secretaria de su hermano?

¿Con todo lo que eso implicaba?

Tendría que verlo a diario, tratar con él constantemente y estar pegada a su culo todo el santo día.

Ni de puta coña.

—No.

—Astrid… Es un buen puesto. Además, los dos años de carrera que hiciste te vienen perfectamente. Sabes cómo funcionan muchas cosas y tienes conocimientos de gestión y finanzas.

—No.

—El sueldo es muy bueno. Ganarás bastante más de lo que ganabas en Nueva York con tus dos trabajos.

—No.

—Sí —dijo Storm con firmeza.

—He dicho que no.

—Y yo te digo que sí.

—Ni de coña voy a trabajar contigo. No quiero acabar en prisión.

Storm soltó una carcajada y Anna y sus padres negaron con la cabeza sonriendo.

—Vas a trabajar como mi secretaria.

—No.

—Sí.

—Puedes repetirlo todas las veces que quieras, pero eso no va a pasar.

—Soy cabezota.

—Yo también.

—Pero nosotros somos cuatro y tú una. Todos estamos de acuerdo, rubita, así que ya está hecho.

—No hay nada hecho. Y deja de llamarme rubita, coño.

—El lunes a las ocho.

—¿Estás sordo? Que no voy a ir.

—Ya lo creo que sí. Ah, y no hace falta que te pongas traje. Allí vamos todos con ropa cómoda e informal.

Ya no sabía cómo decírselo. Nada, que el tío seguía a lo suyo y no había manera de hacerle entender que había dicho que no.

Busqué la mirada de Anna pidiéndole ayuda, pero me llevé la sorpresa de mi vida cuando la muy traidora negó con la cabeza, dejándome claro que en aquella ocasión estaba de parte de su hermano.

Una hora después salimos de la casa de los Nielsen tras una comida de lo más entretenida, durante la que los cuatro se habían unido para intentar convencerme de que aceptara el puesto de asistente.

Y yo había pasado la hora entera negándome.

Nos montamos en el coche de Storm después de que Molly me hiciera prometerle que volvería aquella misma semana a cenar. Al igual que había hecho su hija cuando llegó a mi casa, también repitió varias veces que estaba demasiado delgada y que tenía que comer más.

Vaya dos.

Estaban cortadas por el mismo patrón. A pesadas no las ganaba nadie.

Durante el trayecto hasta casa de Anna no dije ni una sola palabra. Seguía enfurruñada por la traición de mi amiga y por la cara de triunfo que llevaba el tonto del culo de Storm, convencido de que acabaría cediendo.

Cuando llegamos, cogimos las maletas y empecé a caminar detrás de Anna hacia la casa, pero Storm agarró una de las asas para detenerme.

—El lunes te espero a las ocho. No llegues tarde, rubita.

Puse los ojos en blanco.

—No voy a ir, Storm.

—Sí vas a ir. Puede que te joda tener que trabajar conmigo, pero no vas a dejar pasar una oportunidad así.

Resoplé.

Qué plasta, de verdad.

—Además, podrás putearme todo lo que quieras. No me digas que no lo has pensado durante la comida porque sé de sobra que sí. Han pasado años, pero sigo leyéndote muy bien.

Pues mira, en eso tenía razón.

Sí que se me había pasado por la cabeza lo mucho que podría joderlo siendo su asistente. Había mil maneras de putearlo y, sinceramente, aquella era la única razón que estaba consiguiendo hacerme dudar de mi decisión.

—Venga, rubita. Lo pasaremos bien.

Aquella frase no estaba dicha por decir.

Escondía mucho más que unas simples palabras y sus ojos se encargaron de dejarme bastante claro a qué se refería.

Y eso sí que no.

Ni en esta vida ni en las cien siguientes él y yo volveríamos a pasarlo bien juntos.

—Eso no va a pasar. Ni siquiera lo pienses —le advertí fulminándolo con la mirada mientras el muy capullo se echaba a reír.

—Sí va a pasar. Lo sé yo, lo sabes tú y lo saben todos los ángeles del cielo.

Ni me molesté en contestarle. Entré en casa de Anna y cerré la puerta de un portazo.

Desde dentro todavía pude escuchar las carcajadas del muy gilipollas.

Maldita la hora en la que había vuelto, pensé mientras recorría el pasillo arrastrando las maletas.

—Astrid, esta será tu habitación. En el baño tienes de todo —dijo Anna desde una de las puertas de la derecha.

—Gracias, traidora.

Se echó a reír.

—No me hace ni pizca de gracia, Anna. No puedo trabajar con tu hermano y lo sabes.

—¿Por qué? ¿Porque estuvisteis liados en el pasado y no salió bien?

Me quedé congelada en mitad del pasillo y la miré con los ojos y la boca completamente abiertos.

—Ni te molestes en negarlo. Nunca había pensado en esa posibilidad, pero me han bastado los primeros cinco minutos viéndoos juntos en el aeropuerto para darme cuenta.

—No…

—He dicho que no lo niegues.

No parecía enfadada.

Más bien divertida.

Y eso consiguió descolocarme todavía más porque siempre había creído que, si algún día descubría lo que había pasado entre su hermano y yo, se enfadaría muchísimo.

—Saltan chispas entre vosotros y la tensión que hay cuando estáis juntos es imposible de ignorar. Sea lo que sea que pasó, no está cerrado.

Ya no podía seguir mintiéndole o, más bien, ocultándole la verdad.

—Sí que lo está. Está completamente cerrado.

Soltó una carcajada.

—No te lo crees ni tú, «rubita» —dijo para cachondearse de mí.

—Anna… —la advertí.

—Vamos a ducharnos y a ponernos cómodas. Después nos tumbamos en el sofá y me vas a contar, con pelos y señales, qué coño pasó entre vosotros. Y no acepto un no por respuesta.

Y, con una sonrisa de lo más satisfecha, me dejó plantada en la habitación antes de marcharse a la suya.

Capítulo 17



Media hora después, con una camiseta de esas largas que llegan hasta las rodillas, el pelo recogido en un moño mal hecho, descalza y más nerviosa de lo que quería reconocer, me reuní con Anna, que ya me esperaba tumbada en uno de los dos sofás del salón.

El apartamento estaba muy cerca de la empresa familiar. Según me había contado, cuando decidió independizarse tardó meses en encontrar el sitio perfecto, hasta que consiguió uno en aquel edificio de nueva construcción. La ubicación era ideal porque solo necesitaba quince minutos andando para llegar al trabajo, así que estaba contentísima.

Yo también estaba feliz de estar allí con ella.

Bueno, a medias.

Vivir juntas era cumplir aquel sueño que habíamos tenido siendo dos crías, pero saber que su hermano vivía en alguno de los ocho pisos del edificio, me importaba una mierda en cuál, me ponía de los nervios.

Me había enterado en el avión, de camino a Copenhague, y, si lo hubiera sabido antes, probablemente me habría inventado cualquier excusa para no vivir con ella.

Porque vaya cruz me había caído con su hermanito.

No quería pensar siquiera en la posibilidad de encontrármelo entrando o saliendo del edificio a cualquier hora.

Estaba claro que el karma, Dios o quien coño estuviera ahí arriba me odiaba y quería poner a prueba mi paciencia, mi autocontrol y mi paz mental. Si no, no entendía por qué se empeñaba en putearme de aquella manera, poniéndome al rubio al alcance de la mano.

Pues para que lo estrangules, cosa poco probable, o para que lo beses hasta cansarte, susurró una vocecita dentro de mi cabeza.

¿Besándolo?

Vocecita, échate a dormir, que el cansancio te está haciendo desvariar, le contesté mentalmente.

Me quedé unos segundos observando el salón antes de avanzar. Anna lo había decorado con muchísimo gusto: los muebles eran blancos y grises, mientras que las cortinas y los cojines rosas le daban un toque espectacular. El resto del apartamento seguía la misma línea y no le faltaba detalle.

La cocina tenía una enorme isla central que me había enamorado nada más verla y unos taburetes a juego que parecían comodísimos. Había dos habitaciones, ambas con baño completo. La de Anna era enorme y la que iba a ocupar yo, aunque algo más pequeña, casi superaba en tamaño al cuchitril en el que había vivido en Nueva York.

Pero, sin ninguna duda, lo mejor de todo era la terraza. Era casi tan grande como el propio apartamento y Anna le había dado su toque personal, llenándola de plantas y flores. En uno de los lados había colocado una mesa y varias tumbonas donde poder tomar el sol, leer o beber tranquilamente una copa.

—No te hagas la remolona y ven a sentarte.

Puse los ojos en blanco y caminé hasta el sofá vacío, situado justo al lado del suyo.

—No me estoy haciendo la remolona. Solo estaba pensando en lo bonito que tienes el apartamento. He echado un vistazo rápido al salir de la habitación.

—Ha quedado genial, ¿verdad? Mi madre me ayudó con la decoración.

—Molly siempre ha tenido muy buen gusto.

—Sí, pero déjate de rollos y vamos a lo importante. Storm y lo que pasó.

Resoplé mientras me dejaba caer en el sofá.

—Ya has descubierto que estuvimos liados. Pues ya está. No hay mucho más que contar.

—Vas lista si crees que voy a conformarme con saber eso. Quiero saberlo todo.

—Todo es querer saber demasiado.

—Todo es lo justo. Y date por contenta de que no me haya enfadado porque no me lo contaras antes.

—Anna…

—Lo entiendo. O eso creo. No queríais que nadie se enterara, ¿verdad?

Asentí.

—Pensamos que era lo mejor. Mi padre y los tuyos no lo habrían entendido. Bueno, eso pensaba Storm. A mí me daba bastante más igual.

Se quedó mirándome unos segundos mientras podía ver perfectamente cómo su cabeza iba a toda velocidad.

—Lo querías. No fue solo un lío —afirmó convencida.

Asentí y cogí aire.

A esas alturas ya no había vuelta atrás, así que decidí ser completamente sincera con ella y contestar a todas sus preguntas.

—Estuve enamorada de él desde… siempre, creo.

Soltó una risita.

—Pues lo disimulaste muy bien, cabrona.

Yo también me reí.

—Sí. Supongo que escondí bastante bien lo que sentía.

—Storm también estaba enamorado de ti.

En eso sí que no podía estar de acuerdo con ella porque, aunque durante mucho tiempo pensé lo mismo, después se encargó de demostrarme que estaba equivocada.

—No. Para él solo fue diversión y, supongo, que también algo de cariño después de tantos años conociéndonos.

—¿Cuánto duró?

Sabía que mi respuesta iba a sorprenderla. Seguramente pensaba que aquello había sido un rollo de unas semanas o, como mucho, unos meses.

Pero nada más lejos de la realidad.

—Dos años —murmuré.

—¡¿Dos años?! ¿Estuviste liada con mi hermano dos putos años? Astrid, eso no es un lío. Eso es una relación.

Me encogí de hombros.

—¿Cuándo empezó? Porque terminar, terminó poco antes de que te fueras, cuando empezasteis a llevaros como el perro y el gato, ¿no?

—Yo todavía no había cumplido los quince —me faltaban apenas dos semanas— y él ya tenía veinte. Por eso decidimos mantenerlo en secreto. Él era adulto y yo no.

—Joder… Estoy flipando. Qué bien lo escondisteis. Nadie se enteró.

Volví a asentir.

—Cuéntame todo —me pidió.

Me acomodé mejor en el sofá y empecé a explicarle cómo habían ocurrido las cosas entre Storm y yo.

Todo comenzó con miradas de reojo y otras bastante menos disimuladas, con comentarios provocadores por su parte y mucho rubor por la mía.

El primer beso llegó un día en su casa, mientras tonteábamos y Anna estaba en la ducha. Después de aquel beso llegaron muchos más, hasta que, tres meses después, cuando yo ya tenía dieciséis años, nos acostamos por primera vez.

Para mí fue la primera vez. Para él, en cambio, no, porque ya había estado con otras chicas; bastantes, a mi modo de ver.

Pero eso quedó atrás cuando, en una de nuestras muchas conversaciones, acordamos ser exclusivos.

—Toda una historia de amor —dijo Anna suspirando.

Debió de ver el dolor reflejado en mis ojos porque se levantó de su sofá y vino a sentarse junto a mí.

—Astrid… ¿Qué pasó? ¿Por qué terminó?

—Yo no quería que terminara. Lo amaba —confesé mientras las lágrimas que llevaba un rato conteniendo empezaban a resbalar por mis mejillas.

—¿Quieres decir que pensabas seguir con él aunque te fueras?

—Sí. Eso era lo que quería. Mi idea era que mantuviéramos la relación a distancia durante un tiempo, hasta comprobar que mi padre se había adaptado bien a Nueva York. Pensaba ir y venir y, cuando pudiera, regresar definitivamente.

—¿Entonces?

—Cuando Storm se enteró de que me marchaba, ni siquiera me dejó explicarle mis planes. Se enfadó, me acusó de ser una egoísta y de no haber pensado en él en ningún momento.

Discutimos, y fue la peor pelea que habíamos tenido en todo el tiempo que estuvimos juntos. Él dijo cosas muy feas y yo también, eso no podía negarlo, pero al final terminó asegurándome que le daba igual que me marchara.

Pensé que hablaba por el enfado del momento.

Me equivoqué.

—¿Qué hizo?

Negué con la cabeza.

—Astrid, ¿qué hizo? —insistió.

—Da igual. Aquello quedó atrás.

—No da igual. Veo perfectamente que todavía te duele. Quiero saberlo.

—Anna…

—Dilo —me exigió.

Encogí las piernas contra el pecho y las rodeé con los brazos, como si necesitara aferrarme a algo para no derrumbarme.

Nunca le había contado a nadie lo que ocurrió y hablar de ello tantos años después estaba haciendo que todo regresara con demasiada claridad.

Sin mirar a Anna, fijé la vista en algún punto del salón mientras las imágenes de aquel día regresaban a mi cabeza con tanta claridad que parecía que apenas habían pasado unas horas.

Había ido a buscar a Storm porque me sentía fatal después de nuestra discusión y estaba decidida a contarle todos los planes que tenía para que nuestra relación no terminara. Entré en casa de sus padres con la llave que ellos mismos me habían dado tiempo atrás y subí hasta su habitación como había hecho tantas otras veces.

Pero, cuando abrí la puerta, mi corazón se hizo pedazos.

No estaba solo.

Estaba con una chica de su facultad que llevaba mucho tiempo detrás de él y la situación no dejaba lugar a dudas sobre lo que ocurría entre ellos.

Cuando se dieron cuenta de que estaba allí, los dos se rieron al ver mi cara.

Pero lo peor no fue descubrirlo con otra.

Fueron sus palabras.

—Rubita, pasa y siéntate. Lo mismo aprendes algo y dejas de ser una sosa. Está bien que las niñas aprendan de los mayores. Así sabrás lo que tienes que hacer para satisfacer bien a un hombre.

Después de escuchar aquello y verlos reírse de mí, me di la vuelta y salí de allí convencida de que Storm nunca me había querido y de que solo se acostaba conmigo cuando me tenía a mano.

También entendí que aquel acuerdo de exclusividad solo lo había cumplido yo.

Desde ese día hasta que me marché, nuestra relación se convirtió en una guerra constante. Él lanzaba comentarios destinados a hacerme daño y yo, llena de rabia, le respondía con todas las barbaridades que se me ocurrían.

Eso era lo que había provocado aquel cambio entre nosotros que nadie conseguía entender después de vernos llevarnos tan bien durante toda la vida.

—Mi madre es una santa, pero mi hermano se portó como un hijo de puta —dijo Anna cuando terminé, completamente enfadada.

—Anna, no quiero que esto afecte a tu relación con Storm. Precisamente por eso no te lo conté entonces.

—No va a afectarla. Sigue siendo mi hermano y lo quiero, pero eso no significa que tenga que callarme lo que pienso. Se portó como un cerdo.

—Él no me quería. Solo fui una más. Yo fui la estúpida que creyó que aquello significaba algo que no era. Nunca me dijo que me quería, ni una sola vez en dos años. Eso debería haberme dado una pista, pero estaba tan ciega por él que no quise ver la realidad.

Anna se quedó pensativa unos segundos.

—No creo que sea tan sencillo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que sí te quería y que saber que iba a perderte hizo que cometiera la mayor cagada de su vida. Estaba dolido y actuó sin pensar.

Solté una risa amarga.

Durante las dos horas siguientes seguimos hablando del tema. Anna insistiendo en que su hermano sí me había querido y yo negándolo porque, por muy enfadado que hubiera estado, alguien que te quiere no te humilla de aquella manera.

Y no había sido únicamente descubrirlo con otra persona.

Había dolido muchísimo más verlo reírse de mí y escuchar aquellas palabras. Me hizo sentir que nunca había sido suficiente para él y que, mientras yo creía que teníamos algo especial, él buscaba en otras lo que no encontraba conmigo.

Aquella noche, cuando me metí en la cama, me sentía algo más ligera.

Contarle a Anna todo lo que había ocurrido con Storm me había hecho mucho bien.

Aun así, demasiados pensamientos seguían dando vueltas dentro de mi cabeza y no quería volver a analizarlos hasta hacerme daño, como había hecho durante tanto tiempo después de marcharme.

Con esa promesa y el cansancio acumulado, terminé quedándome dormida.

Capítulo 18



—No me puedo creer que al final me hayas convencido para hacer esto —dije resoplando.

—Te he repetido varias veces durante todo el fin de semana que es lo mejor. Es un buen trabajo, cómodo, está cerca de casa, el sueldo es fantástico y te vas a mover como pez en el agua.

Lo cierto era que sus argumentos eran buenos. Muy buenos, en realidad. Si el puesto hubiera sido en cualquier otro sitio, ni siquiera me lo habría pensado dos veces.

Pero no lo era.

Mi jefe sería Storm y eso era precisamente lo que me tenía desquiciada.

Nunca me había parado a pensar cómo sería reencontrarnos e interactuar de nuevo porque siempre di por hecho que nuestros caminos no volverían a cruzarse. Sin embargo, después de su recibimiento en el aeropuerto, de la conversación frente a casa de sus padres y de la posterior discusión en la cocina, estaba segura al cien por cien de que íbamos a vivir en guerra permanente.

Él me picaría, yo no me quedaría callada y saltaría como una loba, y ya tendríamos el lío montado a todas horas. Y, sinceramente, después de todo lo que había vivido, lo único que quería y necesitaba era paz y tranquilidad, no tener que lidiar con él durante ocho horas al día.

Pero la muy desgraciada de Anna, porque no podía llamarla de otra manera, no había dejado de insistir desde que propuso la brillante idea de convertirme en secretaria y asistente de su hermano.

Habíamos llegado el viernes y ya sabéis todo lo que ocurrió aquel día. Pues, desde que nos levantamos el sábado hasta el domingo por la noche, había estado erre que erre con el mismo tema.

«Por favor, acepta».

«Vamos, será genial».

Genial los cojones.

Trabajar con su hermanito iba a convertirse en una lucha diaria y, si conseguía aguantar más de una semana, acabaría con veinte canas nuevas cada día en mi pelo rubio.

Se lo dije, lo de las canas, quiero decir, y la muy… ni sabía ya cómo llamarla se echó a reír y me contestó que, como tenía el pelo tan claro, ni siquiera se me notarían.

Pero no había sido la única en darme la brasa. Molly y Thomas también insistieron muchísimo y el puesto se convirtió en el tema principal de conversación durante la cena del sábado. Salí de allí con la cabeza como un bombo.

El domingo, mientras paseábamos, comíamos y yo me reencontraba con mi ciudad del brazo de Anna, la cosa siguió igual. Había perdido la cuenta de las veces que me dijo que lo intentara, que no podía saber si saldría bien sin darle una oportunidad.

Pero es que yo no necesitaba intentarlo para saber que aquello iba a ser un desastre.

Storm y yo arrastrábamos un pasado que yo creía muerto y enterrado.

Pues no.

Debía de haberse escapado de la tumba.

Porque, después de todo lo que habíamos hablado y de lo que yo misma había sentido al volver a verlo, algo que por mucho que quisiera no podía negar, tenía bastante claro que aquello seguía ahí. Muy presente.

Y ya veía venir desde lejos que ese pasado, al que ninguno de los dos parecía haberle puesto un cierre definitivo, acabaría explotándonos en la cara y se liaría la marimorena.

Pero debía de ser mucho más débil de lo que creía, la más tonta del culo del mundo o, sencillamente, me iba la marcha porque allí estaba, a las ocho menos veinte de la mañana, caminando al lado de una Anna de lo más feliz rumbo a las dichosas oficinas de la empresa familiar Nielsen.

—Chica, quita esa cara de acelga. Parece que llevas una semana sin ir al baño.

Me giré para mirarla y aproveché para fulminarla con los ojos.

—Al baño voy perfectamente. Y lo mismo a partir de hoy voy incluso más porque me voy a cagar en ti y en tus maravillosas ideas a todas horas.

Soltó una carcajada tan fuerte que una pareja que caminaba por la acera de enfrente nos miró sin ningún disimulo y con bastante mala cara, seguramente por alterar sus delicados oídos a aquellas horas de la mañana.

—Qué pesada eres. Todo va a ir bien.

—¿Pesada yo? Tiene cojones la cosa. La tía que hasta mientras me duchaba ha estado erre que erre rogándome que aceptara y resulta que la pesada soy yo.

Segunda carcajada.

Y segunda mirada, todavía peor, de la pareja cotilla de la otra acera, que parecía muy molesta pero llevaba la oreja bien puesta por si conseguía enterarse de qué hablábamos.

Qué vida tan aburrida tenía alguna gente para necesitar estar pendiente de la de los demás.

De verdad os lo digo.

—Tú solo vas, haces tu trabajo y ya está.

Esta vez la carcajada fue mía.

Ni me molesté en mirar hacia los cotillas. Seguro que a esas alturas se habían acercado hasta el bordillo para intentar escuchar mejor.

—«Y ya está», dice. Qué bonito suena cuando lo dices tú. En otra vida o en otra dimensión quizá, porque en esta sabes perfectamente que no va a ser así. Antes de que acabe la semana, si es que aguanto tanto, tu hermano y yo nos habremos sacado los ojos.

—O habréis acabado follando encima de la mesa de su despacho.

Me detuve en seco, abrí los ojos todo lo que pude y boqueé como un pez. Primero solo conseguí soltar un jadeo, pero, cuando el aire volvió a llegarme a los pulmones, pude hablar.

O chillar, más bien.

—¡¡Estás loca!! ¡¿Pero qué coño dices de su mesa?!

—Bueno, quien dice la mesa dice la pared, el baño o contra los ventanales…

—¡¡Anna!!

—Venga, Astrid… Entre vosotros hay algo pendiente. Eso lo sé yo, lo sabes tú y también lo sabe él. La tensión sexual que os rodea la puede notar cualquiera.

—Se te está yendo muchísimo la cabeza. Te juro que, como sigas diciendo esas tonterías, te llevo al médico.

—No se me está yendo nada. Solo te digo lo que he visto y percibido cuando he estado a vuestro lado. Y, oye, después de lo que me contaste el viernes sobre eso de que te llamó sosa, lo mismo tirártelo sería una buena venganza.

La miré con una ceja levantada y los ojos muy abiertos.

Vaya…

No conocía yo esa vena maquiavélica de Anna y, para qué engañarnos, lo que acababa de decir no me parecía una idea tan mala. Descabellada, sí, pero mala… no.

De hecho, era una idea cojonuda.

Había dicho que era una sosa y que no sabía satisfacer a un hombre. Pues, si por una casualidad remotísima acabábamos algún día en la cama o, como había dicho Anna, encima de cualquier otra superficie, se iba a llevar una buena sorpresa con todo lo que había aprendido desde entonces.

Porque, claro, él había conocido a una Astrid que apenas sabía lo que él mismo le había enseñado. Ahora era muy diferente.

Había espabilado a hostias, pero lo había hecho y, en lo referente a satisfacer a un hombre, desgraciadamente tenía muchísima más experiencia de la que jamás habría querido tener.

—Oigo desde aquí cómo tu cabeza está disfrutando, imaginando la cara de gilipollas que se le quedaría a mi hermano al descubrir todo lo que sabes ahora.

Solté un resoplido acompañado de una risita.

—Oh… Cállate.

Lo suyo ya no fue una carcajada, sino una detrás de otra mientras recorríamos los últimos metros que nos separaban de la puerta de la empresa.

—Esto va a ser muy divertido.

—Anna, no voy a hacer nada.

—Uy, que no. Estamos a día dieciocho. Antes de que acabe el mes, mi hermano tendrá la mandíbula desencajada cuando descubra tus nuevas artes sexuales.

—Joder, parece que estés deseando que pase.

—No te voy a engañar. Un poco sí.

—Pues te vas a quedar con las ganas porque entre tu hermano y yo no va a pasar nada.

—Sí pasará. Y espero, por tu bien, que esta vez no te lo calles y me lo cuentes. Porque dos omisiones no te las perdono.

Resoplé y di gracias a que habíamos llegado a la puerta de la empresa y aquella conversación tuvo que terminar.

Porque, una vez dentro, sería mejor no hablar de determinados temas. Sobre todo de mis artes en la cama, que a nadie le importaban.

Capítulo 19



Antes de entrar y sabiendo perfectamente lo que me esperaba, porque lo sabía, me detuve un segundo en la calle e hice varias respiraciones profundas para armarme de valor, llenarme de paciencia y preparar la mente para el primer asalto del día —porque estaba segura de que lo habría— y, seguramente, de la semana.

—¿Qué haces?

—Meditación.

Anna volvió a reír.

—Estás como una chota.

—Todavía no, pero no descarto estarlo al final de la semana si la policía, la funeraria o los sanitarios no han tenido que intervenir antes.

Resopló y me agarró del brazo para tirar de mí.

Cruzamos las puertas, pero me solté para detenerme en medio del vestíbulo y mirar alrededor. Todo seguía prácticamente igual a como lo recordaba de las veces que había ido con Anna a buscar a su padre años atrás.

Solo había cambiado el color de las paredes, que antes eran crema y ahora estaban pintadas de azul cielo, y habían añadido algunos cuadros nuevos. La recepción continuaba en el mismo sitio y, a un lado, había una mesa de cristal acompañada por dos sofás de cuero blanco que también eran nuevos, aunque mantenían el mismo estilo de los anteriores.

Al otro lado seguía la puerta que daba a la cafetería de la empresa, donde no solo servían cafés y desayunos, sino también comidas. Allí comían tanto Anna y Storm como muchos de los empleados.

En la planta baja había otras dos puertas. Una daba a una especie de auditorio en el que hacían presentaciones para nuevos clientes o mostraban proyectos a los que ya trabajaban con ellos. La otra conducía a una enorme sala de exposiciones llena de maquetas de paneles solares y parques eólicos.

El edificio tenía ocho plantas y, según me había contado Anna, la distribución de los departamentos apenas había cambiado, así que todavía recordaba bastante bien dónde estaba cada cosa.

Había recorrido aquel lugar muchas veces junto a ella y, en alguna ocasión, también con Storm. Recursos Humanos, Finanzas —donde trabajaba Anna—, Jurídico, Ingeniería y Desarrollo, Operaciones Internacionales, Innovación y, por supuesto, Dirección, en la sexta planta, que era precisamente donde me tocaría pasar mis días junto a mi pesadilla particular.

Por último, estaba uno de los lugares que más nos había gustado siempre a Anna y a mí.

La azotea.

Era enorme y, al menos en el pasado, tenía una decoración preciosa, con paneles solares, un jardín espectacular y unas de las mejores vistas de la ciudad. Thomas solía organizar allí eventos con clientes después de cerrar algún acuerdo importante y suponía que ahora Storm haría lo mismo.

—¿Quieres un café antes de subir?

—Un caldero de tila acompañado de algún calmante me vendría mejor.

Anna puso los ojos en blanco y tiró de mi mano para llevarme hacia la cafetería.

Dentro ya se notaba que la jornada estaba a punto de empezar. Muchos trabajadores, todos vestidos de manera informal pero correcta, bebían café o desayunaban mientras charlaban. Unos hablaban de trabajo, otros de cómo habían pasado el fin de semana y algunos de sus cosas personales.

El ambiente parecía bueno.

Incluso podía llegar a sentirme a gusto allí si no fuera por el pequeño detalle de tener que compartir espacio con mi pesadilla particular, pensé mientras daba el último sorbo al café que Anna me había pedido, ignorando por completo mi petición de una tila.

—Vamos. No quiero que la primera bronca sea por llegar tarde —dije poniéndome en pie.

—Vamos. Tengo ganas de ver el primer asalto.

—Joder, estás disfrutando con esto.

—No sabes cuánto. Hasta he pensado que podrías acabar siendo mi cuñada.

Me detuve tan en seco que por un momento me pareció que se me habían clavado los pies al suelo.

—Dime que lo que acabas de decir es una puta broma o producto de alguna sustancia que te han echado en el café.

—No es una broma. Yo creo que os queríais y que tu marcha hizo que ocurrieran cosas muy malas entre vosotros. Puede que ahora sí sea vuestro momento.

—¿Cosas malas? No me jodas, Anna. Se tiró a otra sabiendo que yo iría a verlo. Lo hizo para hacerme daño y, después, remató la faena con lo que me dijo.

—Lo hizo porque se le fue la cabeza al pensar que te perdía.

Resoplé.

—¿Lo estás defendiendo?

—¡No! Claro que no. Lo que hizo estuvo fatal, pero todos merecemos que nos perdonen alguna vez cuando la cagamos y que nos den una segunda oportunidad.

—Anna…

—Astrid… He visto cómo lo miras. Puede que ya no lo quieras como antes, pero hay algo dentro de ti que sigue ahí. No lo has olvidado.

—Te juro que, como sigas insistiendo con este tema, no solo me largo ahora mismo de la empresa, sino también del país.

—Valeee… No diré nada más. Pero piénsalo, ¿sí?

—No tengo nada que pensar.

—Ya veremos —murmuró.

Entramos en el ascensor y, como no éramos las únicas, la conversación terminó, a Dios gracias. Aunque sabía perfectamente que Anna volvería a sacar el tema en cualquier momento.

Salimos en la sexta planta y suspiré antes de seguirla hasta el despacho de su hermano.

Iba a tener que comprarme un saco para guardar todos los suspiros que se me escaparían a partir de aquel día y otro para las maldiciones que pasarían constantemente por mi cabeza.

Eso iba pensando mientras Anna caminaba a mi lado con una sonrisa que empezaba a despertarme serias ganas de estrangularla.

Llegamos al despacho que hasta tres días atrás había pertenecido a Thomas, ya que el mismo día de mi llegada a Copenhague había sido oficialmente el último de su vida laboral. Aunque, conociéndolo, estaba segura de que aparecería por allí más de una vez para echar una mano a Storm o comprobar que sus vástagos cuidaban de la empresa como él había hecho durante tantos años.

Cuando llegamos, volví a suspirar.

La puerta estaba abierta y del interior salían dos voces masculinas. Una era la de Storm, de eso no había ninguna duda. La otra me resultaba ligeramente familiar, pero no conseguía ubicarla.

Anna y yo nos detuvimos justo en el umbral.

Ellos no nos vieron.

Y menos mal.

Agarré con fuerza el brazo de Anna y tiré de ella hacia atrás.

—¿Qué…?

No pudo terminar la pregunta. En cuanto vio mi cara, frunció el ceño y sus ojos se llenaron de preocupación.

Y no era para menos.

Debía de estar blanca como una pared. La respiración empezó a acelerárseme tanto que apenas conseguía coger aire y el corazón me latía con tal fuerza que pensé que acabaría saliéndoseme por la boca.

—Astrid, ¿qué te pasa? Joder, me estás asustando.

—No… No puedo…

—Ven, siéntate.

Me agarró por la cintura y prácticamente me arrastró hasta un sofá que había algo alejado de la puerta.

—Tía, respira —dijo mientras me cogía de las manos.

—No… No…

Sacó el móvil a toda prisa del bolso e intentó desbloquearlo sin conseguirlo de lo nerviosa que se había puesto al verme así.

Hice un esfuerzo por coger aire y, aunque seguía sin respirar del todo bien, al menos conseguí calmarme un poco.

—¿Qué haces? —pregunté con la voz entrecortada.

—Ni lo sé —balbuceó—. ¿Llamar a alguien?

—¿A quién?

—Yo qué sé. A una ambulancia o a un exorcista. Viéndote así, todavía no lo tengo claro.

Quise reírme por la tontería, pero no pude.

—Llama a la funeraria —le pedí negando con la cabeza.

—¡¿Qué?!

—Que llames a la funeraria. Creo que me va a dar un infarto.

Me repasó de arriba abajo, intentando averiguar si estaba de broma, si aquello era sarcasmo o si realmente me iba a desplomar allí mismo.

Cosa que, sinceramente, tampoco descartaba.

—Tú eres gilipollas. Deja de decir esas cosas. Astrid, me estás asustando. ¿Qué coño te pasa?

—Tú, por si acaso, no guardes el móvil y recuerda que las rosas blancas son mis flores favoritas.

Me miró frunciendo tanto el ceño que parecía que le había aparecido una sola ceja. En cualquier otra situación me habría echado a reír al verla, pero en aquel momento no podía.

Estaba en *shock*.

—¿Qué dices de flores ahora? Joder, Astrid, de verdad que me estoy preocupando. Creo que va a ser mejor llamar al exorcista porque parece que estás poseída. O que te has vuelto loca directamente, que también puede ser.

—Que me gustan las rosas blancas, te digo.

—¿Y para qué coño quieres rosas?

—¿Yo? Para nada. Si no voy a verlas.

—¿Entonces? Te juro que voy a acabar igual o más loca que tú.

—Las flores son para mi tumba. Allí quiero que me las lleves porque te digo que voy a palmarla de un infarto antes de que acabe el día.

—Al final te doy una hostia para que salgas del trance en el que estás.

—Pues dame, pero fuerte, a ver si con el golpe pierdo la memoria.

—Ay, Dios… Que de verdad se está volviendo loca, le está dando un ictus o yo qué sé qué coño le pasa. Señor, ayúdala —murmuró mientras se ponía en pie y levantaba las manos al cielo.

—No, que no me ayude. Mejor que me lleve con él.

—De una patada te voy a mandar yo como no me digas de una vez qué te pasa. ¿Tomas alguna medicación y no me lo has contado?

De verdad que, si no estuviera tan impactada, me habría echado a reír a carcajadas con la conversación tan surrealista que estábamos teniendo.

—Hasta ahora no tomaba nada, pero no descarto tener que hacerlo en un futuro cercano si no me muero antes.

—Otra vez con lo de morirte. ¿Pero qué te ha dado con eso, hija?

—Es que de verdad que quiero morirme, Anna. Creo que, dadas las circunstancias, es la mejor opción.

—¿Pero qué circunstancias?

—Estas. Las mías. Las que tengo ahora mismo. Si tú estuvieras en mi lugar, querrías exactamente lo mismo.

—No descarto que tengan que enterrarnos juntas porque, con los nervios que me estás haciendo pasar, al final el ataque me va a dar a mí.

—¿Tú también quieres rosas?

—¡Otra vez con las putas rosas! ¿Quieres dejar de decir bobadas y contarme de una puñetera vez qué te pasa? Estabas bien, dentro de lo que cabe, hasta que hemos subido.

—Bueno, muy bien tampoco estaba. Yo quería una tila.

—Mira, pues ahora el caldero de tila lo necesito yo.

—¿Bajamos y pedimos dos?

Cualquier excusa me parecía buena para largarme cagando leches de allí. Eso sí, cuanto más lejos, mejor. Al Polo Norte, por ejemplo. O a Júpiter. Sí, en Júpiter estaría estupendamente.

Anna me miraba como si de verdad hubiera perdido la cabeza y, sinceramente, no podía culparla.

—No te vas a mover de ahí hasta que me expliques a qué viene este brote psicótico, paranoia o gilipollez que te ha dado. ¿Es por Storm?

No era directamente por su hermano, aunque, con lo que se avecinaba, porque estaba segura de que se avecinaba una buena, él acabaría metido en el ajo.

—Astrid, contesta, hermosa, que me tienes en ascuas. ¿Qué pasa? Oye, que si es por lo que te he dicho de ser mi cuñada, olvídalo. Prefiero que no lo seas y que sigas viva.

—Vaya, gracias por quererme.

—Después del susto que me has dado, te quiero un poco menos. Hablo de una puta vez.

Cerré los ojos y conté.

Claro que conté.

Como para no hacerlo.

Dudé un segundo si decírselo, pero aquello era demasiado fuerte para callármelo.

—Estoy esperando —insistió, cruzándose de brazos delante de mí, ya menos preocupada y bastante más cabreada.

—Es por él.

—¿Qué él?

—El hombre.

—¿Qué hombre?

Resoplé.

—¿Pues cuál va a ser? El que está dentro con Storm.

—Y yo qué sé de quién hablas, hija. Parece que estás mandando un telegrama. ¿Oskar? ¿Qué pasa con él?

Volví a cerrar los ojos al oírla pronunciar su nombre.

Durante aquellos minutos había conservado la absurda esperanza de que no fuera él. De que tuviera un doble, un gemelo o de que el hombre que estaba dentro hubiera conocido alguna vez al otro y decidido operarse para tener exactamente su misma cara.

Pero no había ninguna explicación absurda que pudiera salvarme.

Era Oskar.

Cogí aire y reuní las fuerzas necesarias para decirlo en voz alta. No quería hacerlo porque una parte de mí pensaba que, mientras no lo pronunciara, quizá no fuera real.

Pero lo hice.

No podía seguir callándomelo.

—Es él.

—Ya sé que es él. ¿Y qué pasa?

—Joder, Anna. Que el tío que está dentro con tu hermano es el hombre de la despedida de soltero de Nueva York. Con el que pasé aquella noche.

Anna tardó apenas dos segundos en comprender mis palabras y todo lo que implicaban. Tuvo que sentarse a mi lado.

—No… —susurró.

—Sí. Por desgracia, es él —contesté conteniendo un sollozo.

Capítulo 20



Los siguientes minutos, que ni siquiera sabría decir cuántos fueron, me parecieron horas.

Anna me miraba a mí, después a la puerta del despacho de su hermano y volvía otra vez hacia mí. Pero no hablaba. Hacía algún ligero amago, abriendo y cerrando la boca, aunque de ella no salía ningún sonido.

Tenía los ojos tan abiertos como la boca y creo que ni siquiera pestañeaba.

¿Se podía morir una persona por no pestañear y quedarse muda de repente?

Ay, madrecita, a ver si al final, en lugar de morirme yo de la impresión, por abrir la bocaza y contarle la verdad me la iba a cargar a ella.

Joder, que si se moría ni siquiera me había dicho qué flores quería que le llevara.

Deja de pensar en flores y comprueba cómo está, jodida tarada, me chilló de repente una voz dentro de la cabeza, dándome tal susto que hasta di un bote en el sofá.

Me giré hacia Anna y pasé una mano de un lado a otro frente a su cara para comprobar si veía algo o conseguía que pestañeara.

Nada. La tía seguía en trance, moviendo la mirada de un lado a otro de forma casi rítmica y, por su expresión, dudaba incluso de que estuviera viendo algo.

Lo que yo decía: a mi amiga le estaba dando un chungo por mi culpa y al final iba a tener que ser yo la que llamara a la funeraria.

—Anna —susurré.

No reaccionó.

—Anna —repetí mientras la agarraba del brazo y la zarandeaba un poco.

Vaya, eso pareció funcionar porque por fin pestañeó y yo solté de golpe el aire que estaba conteniendo.

Joder, que me estaba ahogando.

—No.

Fruncí el ceño.

—¿No qué?

—Dime que estabas bromeando. Dime que Oskar no es el tío de Nueva York.

—¿Tú crees que bromearía con algo así? Y luego me llamas loca a mí.

Se llevó las manos a la cara y vi cómo su cuerpo empezaba a moverse de arriba abajo, primero lentamente y después cada vez más deprisa.

¿Estaba llorando? ¿Por qué?

Me quedé observándola unos segundos más hasta que abrí los ojos todo lo que pude.

Coño, que no estaba llorando.

Se estaba riendo.

O, mejor dicho, se estaba descojonando mientras se tapaba la cara, no sabía si para que yo no la viera o para evitar que mis dos pesadillas —porque ahora ya no tenía una, sino dos— la oyeran desde dentro del despacho.

—¿Te ríes? ¿En serio te estás riendo?

Separó un poco las manos y vi que hasta tenía lágrimas en los ojos.

De la risa, la muy cabrona.

—Ay, Astrid… Es que… esto… es…

Resoplé.

Casi ni podía hablar y, sinceramente, a mí pocas ganas de reírme me estaban dando con el lío que tenía encima.

—Esto es una puta mierda.

—Esto lo cuentas por ahí y no se lo cree nadie.

—Sí, claro, como si fuera algo para ir contándolo. Ni bajo tortura suelto yo una cosa así.

—El día ya se presentaba interesante, pero acaba de pasar a ser imposible de describir.

Solté un lamento y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá.

—Tía, debí de hacer algo muy malo en una vida pasada. Creo que Lucifer, a mi lado, era un santo porque, si no, no entiendo todas las desgracias que me están haciendo pagar en esta.

—Bueno, tampoco te pongas dramática. Lo mismo no te reconoce.

Solté una risa amarga.

—Pues no sé cómo podría ser posible, a no ser que haya perdido la memoria.

—Ibas con peluca, ¿no?

—Sí, claro. Con la de color caoba. Pero mis ojos, mi voz y mi cara siguen siendo los mismos. Tú me viste la última noche también con la peluca morena y estaba diferente, pero me reconociste igualmente, ¿no?

—Sí, pero…

—Pero nada, Anna. Yo me largo de aquí —dije mientras me levantaba de un salto.

—¿Dónde coño vas?

—No lo sé. Lejos. Muy lejos de aquí. No puedo dejar que me vea ni quiero que se sepa lo que hice.

—Oskar es un buen tío. No dirá nada aunque te reconozca.

—Eso no lo sabemos.

—Astrid, te aseguro que Oskar es un buen tío. Lo conozco desde hace años. Él y Storm son mejores amigos desde que se conocieron y, además de verlo por aquí, muchas veces salgo con ellos.

La miré alucinada.

—Madre mía… Lo que faltaba —susurré.

—¿Qué pasa ahora?

Suspiré.

Sí, otra vez.

Dudé un instante si contárselo porque aquello era muy fuerte, pero, a esas alturas, ya daba casi lo mismo.

—¿Astrid?

—Es que…

—Habla. Después de esto, ya nada puede sorprenderme.

—No estoy yo tan segura.

—Prueba.

Cerré los ojos y me dije que ya qué más daba. Total, todo era una mierda y Anna acabaría enterándose tarde o temprano de lo que todavía me faltaba por contarle.

—Tu hermano y Oskar se acuestan algunas veces con las mismas mujeres.

—¡¿Qué?!

—Has dicho que no ibas a sorprenderte.

—Coño, pero es que esto es muy fuerte. Entonces, ¿ellos…?

—Sí. Hacen tríos juntos —contesté mientras volvía a suspirar.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Aquella noche Oskar y yo hablamos de algunas cosas y me contó que lo hacía con su mejor amigo. Si ese mejor amigo es tu hermano, pues más claro, agua.

—La madre que me parió.

Se quedó unos segundos en silencio y vi perfectamente cómo su cabeza empezaba a maquinar algo que estaba segura de que no me iba a gustar ni un pelo.

—Ten cuidado con lo que vas a decir porque, lo mismo, de verdad acabas en el cementerio haciéndome compañía.

—Solo es algo que se me ha pasado de repente por la cabeza.

—Las cosas que se te pasan de repente por la cabeza no suelen ser buenas.

—Pues esta sí. Al menos para ti.

—A ver qué brillante idea se te ha ocurrido. Dilo.

—Quizá…

—¿Quizá qué?

—Que tú con ellos…

—¿Qué yo con ellos qué?

—Pues que podrías hacer eso y pasarlo bien.

Alcé una ceja y la miré confundida porque no estaba entendiendo absolutamente nada.

—Hacer un trío, hija. Eso es lo que quiero decir.

Me llevé las manos a la cabeza. Mejor a la mía que a la suya y acabar despeinándola por la barbaridad que acababa de soltar.

La miré y la señalé con un dedo de forma amenazante, aunque lo que realmente me apetecía era matarla por sugerir algo así. Pero era mi mejor amiga, la única que tenía, y no quería perderla, así que me contuve.

—Definitivamente, tú no estás bien de la cabeza. ¿Cómo coño se te ocurre decir, ni siquiera pensar, algo así? Dios mío…

—¿Qué? Tampoco sería algo tan raro. Total, ya te has tirado a los dos.

De mi garganta salió una especie de gemido o gruñido. Ni siquiera sabría decir qué fue exactamente.

—Mira, esta conversación se acaba aquí y ahora. No quiero escuchar una sola idea descabellada más de las tuyas. Y ahora me largo. Ya veré adónde.

—Qué pesadita estás con lo de irte, joder. No va a pasar nada. Venga, vamos a entrar. Cuanto antes te vea, antes sabremos si te reconoce y podremos decidir qué hacer.

—Eso me lo ahorro si me voy. Ya te lo he dicho.

Resopló.

—¿Y dónde coño piensas ir?

En eso tenía razón.

¿Dónde podía irme?

No tenía dinero y, además, le debía una cantidad importante a Anna que pensaba devolverle. Tampoco podía alquilar nada y no conocía a nadie fuera de Copenhague.

Bueno, en Nueva York sí.

Pero allí no volvería ni loca.

—Astrid…

—Joder, soy una desgraciada. No tengo ni dónde caerme muerta y tampoco puedo huir a ningún sitio —dije mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

Anna se levantó de golpe y me abrazó con fuerza.

—Venga, no seas tonta. Y no vuelvas a llamarte desgraciada porque te voy a dar un collejón que hará que se te coloquen las ideas en su sitio. Eres una superviviente. Hiciste lo que tenías que hacer para seguir adelante y nadie tiene derecho a criticarte por ello.

—Anna, gracias. Gracias por todo y por estar siempre ahí. Si no hubiera sido por ti, no sé si habría podido aguantar.

—No tienes que agradecerme nada. Voy a estar siempre que me necesites y también cuando no lo hagas. Eres mi hermana y eso no va a cambiar nunca.

La abracé con más fuerza.

Ella también lo era para mí. Era la única persona que, pese a saberlo todo, nunca se había separado de mi lado ni me había mirado de otra manera al descubrir lo que había tenido que hacer.

No cualquiera entendía que hubieras vendido tu cuerpo para poder seguir adelante.

Ella sí.

Que puso el grito en el cielo cuando se lo confesé, pues claro. Pero no por asco ni por rechazo, sino por miedo a que pudiera pasarme algo.

—Tú también lo eres para mí.

Se separó, limpió con cuidado los restos de mis lágrimas y después hizo lo mismo con las suyas.

Entonces me miró y me tendió la mano.

No necesitó decir nada para pedirme que siguiéramos adelante.

Cogí aire, entrelacé los dedos con los suyos y le apreté la mano con fuerza.

Si aquello era otra prueba que el destino había decidido ponerme en el camino, tendría que enfrentarme a ella como había hecho con todas las anteriores.

No me quedaba otra que seguir.

Capítulo 21



De la mano de Anna, di los primeros pasos hasta la puerta del despacho.

Allí nos miramos, asentimos y, después de soltarnos, entramos juntas.

—Buenos días —dijimos a la vez.

Storm y Oskar estaban de espaldas a la puerta y, al oírnos, se giraron.

Pasé la mirada de uno a otro.

Primero me fijé en Storm, que, pese a todo, era al que menos miedo me daba mirar en aquel momento.

El muy capullo sonrió nada más verme y en sus ojos pude distinguir varias cosas: diversión, triunfo al comprobar que finalmente me había presentado allí y también un rastro de deseo que reconocí enseguida porque ya lo había visto cientos de veces en el pasado.

Pues ya puedes ir borrando eso de tu cabeza porque no vas a tocarme, le dije con la mirada.

Pero el muy cabrón pareció adivinar lo que estaba pensando. Su sonrisa se ensanchó y su expresión me respondió con un claro: ya veremos cuánto tardas en tragarte esas palabras.

Entonces miré a Oskar.

Estaba serio.

Demasiado.

Si no lo conociera, podría haber pensado que aquella era su forma habitual de ser, pero, por suerte o por desgracia, lo conocía y durante todas las horas que habíamos pasado juntos en Nueva York nunca lo había visto así.

Cuando nuestros ojos se encontraron, lo supe.

Me había reconocido.

O, al menos, sospechaba quién era.

Me observaba completamente confundido y no dejaba de fijarse en mis rasgos, como si intentara decidir si de verdad era yo o su cabeza le estaba jugando una mala pasada.

—Oskar.

Anna pronunció su nombre y él sacudió ligeramente la cabeza, como si quisiera ordenar todos los pensamientos que debía de tener dando vueltas antes de romper el contacto visual conmigo.

—¿Sí?

—Ella es Astrid Mortensen, mi mejor amiga y, desde hoy, la nueva secretaria de Storm. Astrid, él es Oskar Falk, amigo de mi hermano y director de Estrategia y Desarrollo.

—Es mi mano derecha y el mejor en lo suyo —añadió Storm, dándole una palmada en la espalda y mirándolo con orgullo.

Oskar y yo volvimos a mirarnos y, después de dudar apenas un segundo, dimos a la vez los dos pasos que nos separaban.

Extendí la mano y él no dudó en estrechármela. Tuve que contener el aliento ante la sensación que me recorrió el cuerpo al volver a sentir su piel.

—Señor Falk, encantada.

—Llámame Oskar, por favor. Bienvenida a la empresa.

Me interrogó con la mirada y yo le pedí, o más bien le rogué, que no dijera nada en aquel momento. Ya hablaríamos.

Sonrió y asintió brevemente de una forma que solo yo pude percibir.

—¿Rubita, al final has cedido, eh…?

En cuanto Storm pronunció aquel apodo a nuestra espalda, la expresión de Oskar cambió por completo. La sonrisa desapareció de su cara y abrió los ojos como platos.

—¿Rubita? —preguntó girándose hacia él.

—Sí, ella es mi rubita. Ya te he hablado de ella.

Aquello consiguió cabrearme porque no tenía ni idea de qué coño podía haberle contado sobre mí.

Y, al parecer, la guerra iba a empezar nada más llegar.

—No soy nada tuyo. Y deja de llamarme así. Hace años que perdiste ese derecho.

El muy gilipollas se echó a reír y no pude evitar fulminarlo con la mirada.

—¿Entonces yo ya no soy tu rubio?

Solté una risa seca.

—Mira, Storm, vamos a dejar algo claro. Yo no soy nada tuyo y tú tampoco eres nada mío. Sabes que he aceptado este trabajo porque lo necesito, así que te agradecería que no me tocaras las narices más de lo imprescindible y no me obligaras a largarme para buscar otra cosa.

Me miró y chasqueó la lengua.

—Qué mala leche tienes.

—Siempre la he tenido, pero, por desgracia para ti, durante estos años la he multiplicado. Así que no me provoques.

—Vale, creo que con un asalto por hora será suficiente —intervino Anna, poniendo fin a la primera discusión de las muchas que seguramente estaban por llegar.

El teléfono de la mesa de Storm sonó y él resopló antes de acercarse a contestar.

—Son los nuevos clientes con los que tenemos una reunión el fin de semana. Son pesadísimos, así que tiene conversación para rato —dijo Oskar conteniendo la risa al ver la cara de perro pulgoso que puso Storm mientras se dejaba caer con desgana en su sillón.

—Pues es hora de irnos a lo nuestro. Vamos, Astrid, te presentaré a Amelia, que seguro que ya está en su mesa.

Los tres salimos del despacho y Oskar, que fue el último, cerró la puerta a su espalda.

Efectivamente, Amelia ya estaba en su puesto.

Ocupaba una mesa grande situada en uno de los lados de la antesala que daba acceso a los despachos de Storm y Oskar. Fue entonces cuando descubrí que el del moreno estaba justo al lado del de su amigo y que ellos dos eran los únicos que trabajaban en aquella planta.

Amelia me cayó genial desde el primer momento. Parecía una mujer entrañable y, solo con ver lo perfectamente organizado que tenía todo encima de la mesa, supe que debía de ser tremendamente eficiente.

Seguramente me enseñaría todo a la perfección para que no tuviera problemas cuando se jubilara tres semanas después.

—Empezamos cuando quieras.

—Ahora mismo —contesté contenta.

—Yo os dejo, que me esperan abajo. Astrid, te veo en la cafetería a las dos y comemos juntas —dijo Anna antes de despedirse con la mano.

Asentí e hice lo mismo.

—Astrid, antes de que empieces con Amelia, ¿me acompañas un momento a mi despacho? Quiero comentarte una cosa.

Mierda…

Sabía que Oskar y yo teníamos una conversación pendiente porque era imposible evitarla, pero había confiado en que pudiéramos dejarla para otro momento.

Por cómo me miraba, estaba claro que él no pensaba lo mismo.

Y, en parte, lo entendía. Debía de tener mil preguntas, como era lógico, aunque yo tuviera muy pocas ganas de responderlas. Aun así, no podía negarme y, pensándolo bien, cuanto antes aclaráramos las cosas, mucho mejor.

—Ahora vuelvo, Amelia.

—Tranquila, no tengas prisa. Hablad todo lo que necesitéis. También llevarás la agenda de Oskar, así que es mejor que conozcas cómo trabaja.

—Vamos —me indicó él con un gesto de la mano.

Caminé detrás de Oskar, nerviosa no, lo siguiente.

Estaba cagada de miedo porque no tenía ni idea de qué quería decirme ni de cómo iba a reaccionar.

Podía recriminarme cosas, interrogarme, enfadarse o vete tú a saber qué.

Abrió la puerta de su despacho, me cedió el paso y, cuando entró detrás de mí, la cerró.

Esperé a que hablara, pero no lo hizo, así que cogí aire y me giré para mirarlo. Estaba apoyado en la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados, observándome o, mejor dicho, repasándome de arriba abajo con la mirada.

—Oskar…

—Joder, es que no me lo creo. Eres tú, pero no pareces tú. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Y qué te ha ocurrido en la cara? ¿Has tenido un accidente?

—Para, para…

—Dios, lo siento, pero es que tengo muchísimas preguntas. Estoy alucinando de verte aquí. Pero saber que eres la rubita de Storm… Madre mía, eso es lo peor de todo. Coño, que me he tirado a la chica de mi mejor amigo —dijo con auténtico pesar.

Vale.

Hasta ahí habíamos llegado.

Entendía que estuviera agobiado porque no sabía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo, pero aquello de que se había acostado con la chica de su amigo había que aclararlo cuanto antes.

¿La chica de su amigo?

Ja, ja y ja.

Yo no era la chica de nadie y muchísimo menos de Storm.

Ni siquiera tenía claro si lo había sido alguna vez en el pasado, así que mucho menos lo era ahora.

—¿Nos sentamos y te explico algunas cosas? Por favor —le pedí señalando el sofá que tenía junto a la pared del fondo.

—Sí, claro. Porque de verdad que necesito entender algo de todo esto.

—Me lo imagino. Yo también me he llevado una buena sorpresa al encontrarte aquí. Casi me da un infarto.

Me cogió de la mano y tiró suavemente de mí para que nos sentáramos juntos en el sofá.

—Lo primero que quiero saber es si estás bien —dijo mientras rozaba con delicadeza la herida de mi ceja, que todavía se notaba.

—Sí, estoy bien.

—Vale —respondió, aunque por su expresión estaba claro que no terminaba de creérselo—. Ahora cuéntame algo. Lo que puedas o quieras.

—Puedo contártelo todo. Ya conoces mi principal secreto, que, por cierto, solo sabe Anna, así que lo demás será bastante más sencillo de explicar.

—Te escucho.

Al verme nerviosa y sin saber por dónde empezar, me cogió las manos y las apretó suavemente para darme ánimos.

La madre que lo parió.

Ya había notado en Nueva York que Oskar era un buen tío y, por lo visto, en eso no me había equivocado.

Y aquello podía convertirse en un problema porque…

No, Astrid. Esos pensamientos te los sacas de la cabeza ahora mismo, me reprendí mentalmente.

—Vale. Lo primero que quiero dejarte claro es que no soy la chica de Storm ni de nadie, ya que estamos. No sé qué te habrá contado él, pero hacía seis años que no nos veíamos. Es cierto que hubo algo entre nosotros en el pasado, pero se quedó precisamente ahí.

—Pues, por cómo te mira, yo diría que sigue habiendo algo y…

—Y nada. No sé qué sabes de lo que ocurrió entre nosotros, pero te aseguro que fue algo que me hizo muchísimo daño. Después de todo lo que me ha tocado vivir estos últimos años, necesito tranquilidad y tener algo con Storm es precisamente lo último que podría dármela.

—Puedes contarme tu versión si quieres. Yo conozco la suya, pero siempre es bueno saber las dos para poder tener una perspectiva completa.

—Me parece bien, pero primero te contaré lo demás. Quiero explicarte por qué tú me conociste siendo Jazmín.

Asintió y me indicó con un gesto que continuara.

Durante la siguiente media hora, Oskar no me interrumpió ni una sola vez.

Me escuchó con atención mientras le contaba todo.

Era increíble lo poco que me costó abrirme con él y hacer un recorrido por mi vida, incluyendo los malos y los peores momentos que había vivido en Nueva York. Bueno, apenas pude contarle ninguno porque, sinceramente, tampoco los había tenido.

No vi reproche, rechazo ni mucho menos asco en su mirada.

Solo comprensión.

También enfado por algunas de las cosas que le conté y, sobre todo, cariño.

Ese cariño que transmite alguien que está empatizando contigo mientras le explicas todo lo que has sufrido y las cosas que te has visto obligada a hacer porque no tenías otra salida.

En Nueva York había sentido una conexión muy fuerte con Oskar, pero allí, sentada a su lado en el despacho mientras le contaba mi vida y él no dejaba de acariciarme la mano para darme ánimos, la sentí todavía con más intensidad.

Y en aquel momento supe, con una certeza que no podía explicar, que aquel hombre acabaría convirtiéndose en alguien imprescindible en mi vida.

No sabía de qué manera.

Pero lo supe.

Cuando terminé, los dos permanecimos unos segundos en silencio.

Yo tenía un nudo tan fuerte en la garganta que apenas podía tragar saliva después de haber recorrido toda mi vida en tan poco tiempo. Él, seguramente, necesitaba unos instantes para procesar todo lo que acababa de escuchar.

Finalmente me miró, soltó mi mano y abrió los brazos. No dudé ni tuve que pensarlo antes de refugiarme en ellos porque aquel abrazo era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Fue un abrazo lleno de cariño y comprensión, nada más.

—Gracias por contármelo. Estoy aquí para lo que necesites y puedes contar conmigo para lo que sea.

»En Nueva York tengo que confesarte que me lo pasé muy bien aquella noche, muchísimo, de hecho. Pero regresé a casa con la sensación de que entre nosotros había habido una conexión que iba mucho más allá del sexo.

Me separé un poco y lo miré sonriendo.

—A mí me pasó lo mismo. Eres distinto. Así lo sentí aquella noche. Nunca te vi como a los demás ni me hiciste sentir como una…

—Porque para mí nunca lo fuiste —me interrumpió—. No te vi así ni un solo momento.

Capítulo 22



Aún seguíamos abrazados cuando un carraspeo hizo que nos separáramos de golpe y giráramos la cabeza al mismo tiempo para mirar a la persona que había entrado en el despacho sin que ninguno de los dos la oyera.

Era Storm.

Nos observaba con el ceño fruncido y, por su expresión, estaba claro que tenía unas cuantas preguntas. No debía de entender por qué Oskar y yo estábamos abrazados y parecíamos tener tanta confianza cuando, en teoría, no hacía ni una hora que nos conocíamos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó señalándonos.

—Tranquila, por mi boca nunca sabrá…

Oskar me lo susurró al oído para que Storm no pudiera escucharlo y ni siquiera hizo falta que terminara la frase. Los dos sabíamos perfectamente a qué se refería.

Guardaría el secreto de que me había conocido siendo Jazmín incluso delante de su mejor amigo.

Y menos mal porque no tenía ni idea de lo que podría pensar Storm de aquella parte de mi vida.

Que no es que me importara.

Sí te importa, chilló la voz molesta de mi cabeza.

Bueno, pues, si no lo sabía, mucho mejor. Así me ahorraba escuchar las tonterías que seguramente saldrían de su boca.

—No está pasando nada —contesté antes de mirar la hora—. Es tarde. Me voy con Amelia.

Me levanté del sofá y apenas había dado dos pasos hacia la puerta cuando Storm se plantó delante de mí con los brazos cruzados.

—No tan deprisa, rubita. Explícame por qué estabas abrazada a Oskar.

Solté una risa sin humor.

—Uno: como vuelvas a llamarme rubita, me haré un collar con esas canicas que tienes entre las piernas. Dos: ¿quién coño te crees que eres para pedirme explicaciones?

Alzó una ceja.

—¿Hay un tres?

—Sí.

—¿Y cuál es?

—Que te follen, Storm. Déjame en paz. Me abrazo a quien me da la gana y hago lo que quiero.

Oskar se echó a reír por lo bajo.

—No te rías, joder. Explícame tú por qué la abrazabas. La acabas de conocer y parece que tenéis demasiada confianza. ¿A qué se debe?

Oskar y yo cruzamos una mirada.

Y aquello fue una cagada enorme porque Storm siempre había sido demasiado espabilado para no darse cuenta de que algo ocurría.

—Os conocéis.

No lo preguntó. Lo afirmó mientras nos miraba alternativamente, más confundido que enfadado.

A aquellas alturas, lo mejor era mentir lo menos posible. Si queríamos ocultar lo importante, debíamos mantenernos todo lo cerca de la verdad que pudiéramos y estaba claro que la conexión que existía entre Oskar y yo sería difícil de disimular.

Nos miramos de nuevo y llegamos al mismo acuerdo sin necesidad de hablar.

—Sí —contestamos a la vez.

—¿De qué? ¿Desde cuándo? ¿Dónde?

—Eres un cotilla y un preguntón.

—Soy curioso, eso ya lo sabes. Y esto es demasiado impactante como para no querer enterarme.

Suspiré y le hice un gesto a Oskar para que me dejara hablar. Él asintió.

—Nos conocimos en Nueva York hace unos meses, cuando Oskar fue a la despedida de soltero de su primo Liam.

—No jodas. ¿En serio?

—Sí.

—Vaya casualidad.

—Así es. Los dos nos hemos sorprendido mucho cuando nos hemos reconocido —intervino Oskar encogiéndose de hombros.

—Tu curiosidad ya está satisfecha. Ahora será mejor que nos pongamos todos a trabajar.

—Tengo más preguntas.

—Pues guárdatelas porque no necesitas saber nada más.

—Algunas puedo dejarlas pasar, pero hay una que necesito saber.

Por cómo me miró supe enseguida cuál era.

Volví a cruzar la mirada con Oskar y él negó ligeramente con la cabeza, porque también lo había adivinado.

Los dos conocíamos demasiado bien a Storm para saber lo cabezota, insistente y pesado que podía llegar a ser cuando quería enterarse de algo. Así que, a riesgo de que se liara allí mismo una muy gorda, abrí la bocaza y me adelanté.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí. Esa es la respuesta a la pregunta que estás a punto de hacer.

Abrió los ojos como platos y se giró de golpe hacia Oskar.

—¿Te has tirado a mi rubita?

Oskar resopló.

—Yo no sabía quién era ella ni ella sabía quién era yo.

Pero, después de aquella respuesta, ocurrió algo que jamás habría esperado y que consiguió sorprenderme más que todo lo que había sucedido durante la hora y pico que llevaba en aquella empresa.

Storm se echó a reír.

Sí, habéis leído bien.

Con dos cojones, dio una palmada y empezó a reírse mientras nos miraba de una forma muy extraña.

Aunque Oskar sí pareció entender aquella mirada porque se pasó las manos por la cara con desesperación mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué se ríe y nos mira así? —le pregunté.

—No quieres saberlo. Te lo aseguro.

—Sí quiero.

—Ay, rubita, esto es fantástico. Qué bien lo vamos a pasar.

—¿Qué coño dice? ¿Ha bebido tan temprano?

—No, pero no le hagas caso.

—Oskar, no seas aguafiestas. Si solo quiero saber si lo pasaste bien. Porque lo pasaste bien, ¿no? Pues juntos tiene que ser la hostia.

Ay, mi madre, mi padre y todos los santos ángeles que estaban en el cielo.

Di un paso atrás y giré la cabeza hacia Oskar, que me miraba como pidiéndome disculpas.

Qué coño iba a disculparse él si las chorradas no estaban saliendo de su boca, sino de la del trastornado de su amigo.

—Dime que no está insinuando lo que creo.

—Lo está haciendo.

Me giré hacia Storm, avancé tres pasos y le clavé un dedo en el pecho.

—Estás tú listo si piensas que voy a hacer algo así.

—Venga, no seas mojigata. Digo yo que algo habrás aprendido durante estos años. Lo pasaremos muy bien, te lo aseguro.

Mojigata precisamente no era y bien sabía Dios, y también Oskar, que después de todo lo que me había tocado vivir durante aquellos dos últimos años aquello era lo último que podía considerarme.

Y tampoco dudaba de que pudiera pasármelo bien.

Había tenido la oportunidad de estar en la cama con los dos y, por decirlo de alguna manera, ninguno pertenecía al grupo de hombres que solo pensaban en su propio placer.

Pero meterme en un lío de semejante calibre solo podía traerme problemas.

Muchos.

No solo porque algo así pudiera afectar a la amistad entre ellos, sino porque también corría peligro mi corazón y eso sí que era lo último que necesitaba. Podía acabar sintiendo algo por cualquiera de los dos y no quería ni plantearme esa posibilidad.

¿Qué coño habría hecho yo en otra vida para que en esta se empeñaran en ponerme las cosas tan difíciles?

Esquivé a Storm.

—No quiero volver a oír hablar de este tema. Estoy aquí para trabajar, no para seguirte en tus locuras.

—Vas a caer y lo sabes, rubita.

Eso fue lo último que le oí decir antes de salir del despacho y cerrar de un portazo.

El resto de la mañana se me pasó volando.

Tal y como había pensado nada más conocerla, Amelia era una mujer estupenda. Me explicó todo con muchísima paciencia y me enseñó a manejar los programas que utilizaban, algo que entendí en apenas unos minutos porque, por suerte, resultaban bastante sencillos.

—Astrid, eres muy espabilada. Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que, si mañana no viniera, no tendrías ningún problema para desenvolverte sola. Lo has entendido todo a la primera y te manejas con mucha soltura.

—Gracias, Amelia. Pero gran parte del mérito es tuyo. Eres una profesora estupenda.

En ese momento, Oskar salió de su despacho y se acercó a nosotras.

—Astrid, habías quedado con Anna para comer, ¿no?

Miré el reloj.

Las dos y diez.

Ya podía prepararme para la bronca cuando llegara a la cafetería porque Anna era la reina de la puntualidad.

—Sí, y me va a caer una buena. No soporta que llegue tarde.

Amelia y Oskar se echaron a reír al ver mi expresión.

Entonces Amelia me explicó que aquella tarde tenía una cita médica de la que Storm ya estaba informado y que, como me veía perfectamente preparada, me dejaría al frente durante las tres horas de trabajo que quedaban después de comer.

Poco después, Oskar y yo bajamos juntos hacia la cafetería.

—No hagas caso a Storm. A veces se le va la olla.

—Lo sé. El problema es que esta vez no estaba bromeando.

—No. No lo estaba.

Había algo que llevaba carcomiéndome desde que Storm había hecho aquella insinuación y no pensaba quedarme con la duda.

—Oskar…

—¿Sí?

—Tú…

Joder.

No sabía cómo preguntárselo.

Anda que ahora me salía la vergüenza que no había tenido nunca. Pues vaya momento para aparecer, bonita, me quejé mentalmente.

Oskar, al ver mi apuro, se echó a reír.

Menos mal que estábamos solos en el ascensor porque aquella no era precisamente una conversación apta para oídos curiosos ni para gente demasiado cerrada de mente.

—Si lo que quieres saber es si lo haría, la respuesta es sí. Aquella noche lo pasé muy bien y eres explosiva en la cama. Así que no me importaría repetir. Los tres o solos tú y yo.

A tomar por culo la bicicleta.

Pues cada vez se me ponían mejor las cosas.

Uno, después de todo lo que me había hecho y como si se le hubiera olvidado por completo, llevaba desnudándome con la mirada desde que nos reencontramos cuatro días atrás y, al descubrir que me había acostado con su mejor amigo, en lugar de cabrearse había visto el cielo abierto pensando en lo bien que podríamos pasarlo los tres.

Y el otro no se andaba con insinuaciones.

Me lo acababa de dejar bastante claro.

No solo aceptaría acostarse conmigo y con Storm, sino que tampoco tendría ningún problema en repetir lo que había ocurrido entre nosotros en Nueva York.

Estás triunfando en tu vuelta a Copenhague, Astrid. Si montas un circo, no te crecen enanos: te aparece un poblado entero, pensé mientras intentaba decidir qué coño responderle.

Pero no me dio tiempo.

Oskar me acorraló contra la pared del ascensor y se lanzó sobre mis labios.

No me besó.

Me devoró.

Y menos mal que me sujetaba por la cintura porque, de lo contrario, estoy segura de que me habría caído allí mismo de la impresión.

Cuando se separó, yo seguía intentando recordar cómo se respiraba.

—Esto es solo un recordatorio y un pequeño adelanto de lo bueno que podría ser repetirlo. Piénsatelo.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió tan tranquilo, como si no acabara de dejarme sin oxígeno y con las neuronas completamente inutilizadas.

¿Qué quería que pensara?

Si apenas me llegaba sangre al cerebro.

Sin decir nada más, llegamos a la cafetería. Oskar se dirigió directamente al bufé para coger su comida y yo fui hasta la mesa en la que Anna ya me esperaba.

—Llegas tarde —dijo con expresión enfadada.

—Cuando te cuente lo que acaba de pasarme, te importará una mierda que haya llegado diez minutos tarde.

—Habla. A ver si es verdad.

Me senté a su lado y me incliné hacia ella para evitar que alguien pudiera escucharnos.

—He hablado con Oskar. Todo perfecto. No va a contarle nada a nadie.

—¿Ves cómo te preocupabas por nada? Ya te dije que era un buen tío. ¿Y eso era todo lo que tenías que contarme? Porque, si es así, sigo enfadada.

—No. Lo mejor viene ahora.

—A ver si es verdad.

—Nos hemos abrazado cuando hemos terminado de hablar y tu hermano nos ha visto. Como es muy listo, enseguida se ha dado cuenta de que nos conocíamos.

»No lo hemos negado y, por cómo nos hemos mirado, también ha entendido que entre nosotros había pasado algo.

—¿Se ha cabreado?

—No. Le ha parecido fantástico. Tanto que ha insinuado que sería una idea estupenda que hiciéramos un trío.

Anna escupió prácticamente el agua que estaba bebiendo y poco faltó para que la palmara allí mismo.

Hice una nota mental de buscar una floristería cercana porque, al paso que íbamos, entre susto y susto alguien acabaría muriéndose de verdad.

—Pero ahí no acaba todo —añadí cuando vi que seguía sin ser capaz de hablar.

—¿Qué? ¿Hay más?

—Oskar me ha dicho que a él le parece bien. Que le gustaría hacer el trío o volver a acostarse conmigo a solas.

Las carcajadas de Anna hicieron que media cafetería se girara para mirarnos.

¿Y qué hice yo?

Pues, al comprender que mi vida se había convertido definitivamente en un puto chiste, me di por vencida y acabé riéndome con ella.

Mejor reírme de mi desgracia que ponerme a llorar o empezar a darme cabezazos contra la mesa, que seguramente era lo que debería haber hecho.

Capítulo 23



El resto de la semana fue una completa locura.

En el trabajo, sin embargo, todo fue de maravilla.

Para el miércoles ya me movía por la empresa como si llevara años allí. Tanto fue así que Amelia decidió pedirle a Storm los días de vacaciones que todavía tenía pendientes y que, en un principio, pensaba no coger.

Así que me quedé sola, pero en ese aspecto no tuve ningún problema.

Otro tema era lo de los otros dos.

Madre mía, no sabía cuál de ellos me tenía más loca: Storm, por decir demasiado, u Oskar, por callar y expresarlo todo con la mirada.

Las miradas incendiarias de Oskar iban y venían a todas horas y Storm tenía una frase subida de tono preparada cada vez que se cruzaba conmigo.

Era agotador.

Porque, coño, una no es de piedra y, entre tanta palabrita y tanta mirada, me tenían más caliente que el palo de un churrero. Pero todavía peor era pasarme el día entero en tensión, resistiéndome con todas mis fuerzas para no caer y sin saber cuánto tiempo sería capaz de seguir así.

Entre el calentón constante y la frustración que me provocaba la situación, necesitaba un desahogo urgente.

Que sí, que ya me había dado alguno yo sola en la ducha o en la cama por la noche, pero, al parecer, no era suficiente.

La madre del cordero sería que, después de haber usado tanto la pepitilla durante los dos últimos años, ahora que llevaba un tiempo sin hacerlo me estuviera dando una especie de síndrome de abstinencia sexual.

Me había hecho la misma pregunta varias veces durante aquellos días y seguía sin encontrar respuesta.

Y eso me estaba volviendo loca.

A ver si al final Anna iba a tener razón y necesitaba un exorcista o que me ingresaran directamente en un psiquiátrico.

—Estás muy pensativa.

Giré la cabeza hacia Anna, que había entrado en mi habitación sin que yo la oyera de lo perdida que estaba en mis pensamientos.

—Pensativa, no. Lo que estoy es hasta el higo de pensar en el panorama que tengo cada día con tu hermanito y su amigo. Me tienen frita, de verdad te lo digo.

Anna se echó a reír al verme resoplar y al comprobar mi cara de frustración.

—Si no quieres estar así, lo tienes fácil.

—Claro que lo tengo fácil. Buscaré otro trabajo porque, a este paso y con la tensión que llevo encima, te juro que no llego a final de mes.

Puso los ojos en blanco y se sentó a mi lado en la cama.

—Qué pesadita estás con irte. Lo que tienes que hacer es largarte con los dos cuando termine la fiesta de esta noche. Quemas toda esa tensión, les das un buen meneo y dejas que ellos te lo den a ti.

—¿Ese es tu consejo?

—Sí.

—Pues vaya consejo. ¿Tú sabes la que se puede formar si hago algo así? Joder, Anna, que después tendría que verlos todos los días y llevaría esas imágenes metidas en la cabeza a todas horas.

—Y no me digas que ahora no las tienes. Diferentes, porque todavía son imaginarias, pero las tienes. Y no lo niegues porque no te voy a creer ni un poquito.

Mierda.

Qué malo era que me conociera tan bien porque tenía razón.

Me bastaba verlos juntos o por separado en la oficina para que mi imaginación se fuera justo hacia donde no debía.

—Estoy hecha un lío, Anna.

—Pues, mientras te aclaras, date una alegría al cuerpo y, por lo menos, descargas tensión.

No sabía ni qué responderle, así que decidí cambiar de tema.

—Vamos a prepararnos. Quedaría feo que la hija del jefe llegara tarde a la fiesta de jubilación de su propio padre.

—Sí, vamos a ponernos monas. Bueno, tú ponte explosiva, que quiero ver sufrir a tus dos pesadillas toda la noche.

Después de decir aquello, salió de mi habitación riéndose.

Cuarenta minutos más tarde llegamos a la azotea de la empresa, que era donde habían decidido celebrar la fiesta.

Todo estaba decorado de manera espectacular. Las mesas del bufé estaban llenas de comida y los dos camareros de la barra apenas daban abasto sirviendo bebidas. La música sonaba al volumen perfecto para que la gente pudiera bailar o charlar sin problemas.

Cogí aire antes de cruzar la puerta.

Varias personas se giraron nada más vernos entrar y no precisamente porque fuéramos la hija del jefe y su amiga, sino porque los vestidos que llevábamos llamaban bastante la atención.

Yo había pensado ponerme uno sencillo que tenía o el negro que me había traído de Nueva York, el mismo que usé la noche que pasé con Oskar, más que nada porque no tenía ninguno más.

Pero Anna me sorprendió cuando apareció en mi habitación con un vestido que me había comprado como regalo de bienvenida.

Y vaya vestido.

Era precioso, eso no podía negarlo nadie, pero también era un poco demasiado de todo.

Elegante y sexi al mismo tiempo.

De color blanco roto, tenía un escote en uve que hacía imposible llevar sujetador, así que me había tocado ir con las niñas sueltas. Menos mal que era largo, casi hasta los tobillos, aunque la abertura lateral que me llegaba hasta el muslo quitaba hasta el hipo.

Anna me había descrito antes de salir como arrebatadora.

Exageraba.

No era para tanto.

Aunque sí tenía que reconocer que el vestido me quedaba como una segunda piel.

Por supuesto, me puse los zapatos rojos que había traído conmigo y con los que caminaba a la perfección.

Como para no hacerlo.

Había recorrido muchos kilómetros con ellos.

—Todo el mundo nos está mirando —susurré.

—No, hija. Te miran a ti porque eres la novedad. A mí ya me tienen muy vista.

—Qué ilusión ser el mono de feria, oye.

Anna soltó una risita y me agarró de la mano para que fuéramos juntas a pedir algo de beber.

Mira que yo casi nunca bebía, pero no sé por qué aquella noche necesitaba una copa más que el aire. Tenía que templar los nervios antes de que aparecieran mis dos pesadillas.

Porque aparecerían.

Y estaba segura de que me darían una nochecita de aúpa.

—¿Un refresco?

—Un *whisky* con naranja.

—Joder, sí que tienes que estar nerviosa para pedir una copa.

—Ya lo ves. Pediría una tila o un Valium, pero dudo que lo tengan en la carta.

—Pues se nos olvidó incluirlos. Lo apuntaré para la próxima.

Con la copa en la mano nos acercamos a saludar a Thomas y Molly, que estaban rodeados de gente, así que el saludo fue rápido.

Era su noche y tenían que atender a todo el mundo.

Un coñazo, seguramente, pero era lo que tenía haber sido un jefe excelente durante tantos años.

Anna y yo saludamos a algunas personas más antes de llegar a una zona algo más apartada de la azotea, donde había menos gente.

—Pesadilla uno y pesadilla dos, a tus cinco en punto.

—Perfecto. Pues hazte la tonta y no mires, a ver si no nos ven y consigo tener un rato más de paz.

—Tarde. Han estado repasando a todo el mundo como si buscaran a alguien y me parece que ya la han encontrado porque vienen hacia aquí.

—Mierda. Se acabó la paz.

Tardaron apenas dos minutos en llegar hasta nosotras.

—Chicas, estáis guapísimas —dijo Oskar mirando a las dos, aunque sus ojos terminaron clavándose en mí.

—Gracias. Vosotros tampoco estáis nada mal.

Y no, no lo estaban.

Estaban para hacerles un traje de saliva a cada uno.

Así es como estaban.

—Astrid… esos zapatos…

—Sí. Son los mismos.

Oskar sonrió de una forma bastante lobuna, seguramente recordándome con mi otra versión, la de Jazmín, y aquellos mismos zapatos puestos.

Storm, que hasta ese momento no había dicho una sola palabra, se acercó y se inclinó hacia mí para hablar lo bastante bajo como para que solo yo pudiera oírlo.

Vamos, como llevaba haciendo durante los últimos días cada vez que había alguien delante. Si no había nadie, soltaba las barbaridades en voz alta y se quedaba más ancho que largo.

—Esta noche no te escapas.

Me eché a reír.

—Sigue soñando.

—Eso es precisamente lo que no pienso seguir haciendo. Estoy cansado de soñar contigo y de imaginarte entre mis brazos. Seis años son demasiados y no voy a dejar que pase más tiempo.

Lo miré confundida.

Una cosa era que llevara días insinuándose. Eso podía ser simple deseo y punto.

Pero lo que acababa de decir era diferente.

Había hablado de seis años pensando en mí.

—No me mires así. Que te deseo lo sabes de sobra. Ha sido así desde que tenías catorce años. Pero te fuiste sin que te dijera muchas cosas y ya no pienso seguir guardándomelas.

—Storm…

—Te dije en el aeropuerto que teníamos una conversación pendiente y la vamos a tener. Puede que tú no quieras decir nada, pero yo sí tengo mucho que contar.

»No será hoy porque no es ni el momento ni el lugar, pero no pienso demorarlo mucho más.

¿Estaba intrigada?

Por supuesto.

¿Me daba miedo esa conversación?

Muchísimo.

Porque, mientras hablaba, vi en su mirada algo que siempre había creído que estaba allí y que, durante mucho tiempo, pensé que era amor.

Venga ya…

Solo me faltaba que la situación se complicara todavía más, pensé mientras le daba un buen trago a la copa.

No supe qué contestarle.

Ni le dije que sí ni le dije que no.

Anna, al ver mi cara de confusión, intervino rápidamente y empezó a hablar de lo bien organizada que estaba la fiesta. Así pasamos los cuatro la siguiente media hora charlando de cosas sin importancia.

—Ha llegado mi chico. Perdonadme, pero tengo que abandonaros.

Anna salió casi corriendo en cuanto vio entrar a Alfred, que por motivos de trabajo no había podido acompañarla desde el principio.

—Voy a pedir un refresco. ¿Queréis algo? —preguntó Oskar.

Los dos le dijimos que no y se marchó hacia la barra, dejándonos solos.

—Los detalles que mi padre quiere darles a los empleados están en mi despacho. ¿Me acompañas a buscarlos?

¿Podía negarme?

Sí.

¿Lo hice?

No.

Ante todo, era su asistente y negarme a cualquier cosa relacionada con la empresa, con su padre o con el trabajo habría sido poco profesional.

Y mezclar lo laboral con lo personal era algo que, por lo menos por mi parte, no pensaba hacer.

—Claro. Espera a que deje la copa y te ayudo a traerlos.

Storm asintió y esperó mientras me acercaba a la mesa más cercana para dejar el vaso, que ya estaba prácticamente vacío.

Después regresé a su lado y empezamos a caminar juntos hacia la salida, esquivando a la gente.

No me pasó desapercibida la mirada que cruzó con Oskar, que seguía junto a la barra. Los dos sonrieron y mantuvieron una especie de conversación silenciosa que preferí ignorar.

Bastante tenía yo con mis propios problemas.

Capítulo 24



En cuanto nos montamos en el ascensor para ir al despacho de Storm, supe que estaba perdida.

Puede que lo de los detalles fuera cierto, pero no era el único motivo por el que me había pedido que lo acompañara. Lo vi en su mirada mientras me observaba a través del espejo.

Me estaba desnudando con los ojos.

Y, nada más entrar en el despacho y sentir la primera caricia de su mano recorriéndome la espalda, me rendí a lo inevitable.

¿Era débil?

Puede que sí.

Pero es que era Storm. Mi primer amor y, siendo completamente sincera conmigo misma, el único que había tenido.

Aunque me lo hubiera negado mil veces, aunque todavía doliera muchísimo recordar lo que me hizo y cómo me trató, aquellos sentimientos que siempre había tenido por él seguían dentro de mí. Habían estado dormidos, en pausa o encerrados porque yo misma me había obligado a mantenerlos así, pero solo había necesitado volver a verlo para que despertaran.

Llevaba toda la semana esquivándolo e intentando ignorar cada una de sus descaradas insinuaciones, pero ya no tenía fuerzas ni, sinceramente, ganas de seguir haciéndolo.

Que lo deseaba tanto como él a mí era un hecho.

Había intentado mantenerme alejada porque no quería volver a sufrir por su culpa ni darle la oportunidad de despreciarme de nuevo. Si hacía algo parecido a lo que ocurrió en el pasado, sabía que esta vez me destrozaría por completo.

La primera vez había conseguido levantarme, más o menos, pero no estaba segura de poder hacerlo una segunda.

Entonces, ¿qué debía hacer?

Dicen que quien no arriesga no gana y volver a enredarme con Storm podía terminar en otro golpe tremendo si las cosas salían mal. Eso suponiendo, claro, que él quisiera algo más que sexo, porque tampoco lo tenía nada claro.

Si solo buscaba eso conmigo, me decepcionaría muchísimo, aunque lo pasáramos bien. Pero también era cierto que, si nunca dejaba que ocurriera nada, jamás sabría qué podía haber pasado entre nosotros.

Así que, mientras seguía acariciándome la espalda y dejando pequeños besos en mi cuello, cerré los ojos y tomé una decisión.

Me arriesgaría.

Dejaría que las cosas siguieran su curso y, si después me tocaba llorar, pues lloraría. Total, por desgracia, ya tenía bastante experiencia haciéndolo.

Lo peor sería que todo volviera a salir mal, porque entonces no podría quedarme ni en la empresa ni quizá tampoco en Copenhague y tendría que descubrir dónde coño empezar una nueva vida lejos de él y de todas las personas que se habían vuelto imprescindibles para mí.

Pero ya cruzaría ese puente cuando llegara. De momento, disfrutaría del presente e iría paso a paso.

Me giré y alcé la mirada hasta encontrarme con sus ojos.

—¿Qué haces? Has dicho que veníamos a por los detalles.

—Y a eso hemos venido, pero también a otra cosa. Ya no aguanto más, rubita.

—¿Qué es exactamente lo que no aguantas?

—No hacer esto.

Y lo hizo.

Me agarró de la cintura, me pegó a él y se lanzó a mis labios.

No fue un beso lento ni suave como los muchos que me había dado en el pasado, cuando era tan solo una niña inexperta.

Fue un beso lleno de pasión, un beso sucio, hambriento, con el que me demostró cuánto me deseaba y, por qué no decirlo, porque así lo sentí, lo mucho que me había echado de menos.

Yo no me contuve ni me privé de demostrarle lo mismo.

El beso duró hasta que a los dos nos faltó el aire y tuvimos que separarnos para respirar.

—Dios… Astrid. Te necesito. Necesito hacerte mía. Necesito sentirte de nuevo. Llevo soñando con este momento seis putos años. Seis años en los que he buscado en otras mujeres lo que tú me haces sentir y nunca lo he encontrado. Siempre fuiste tú.

Joder… Vaya declaración en toda regla.

No sabría decir si lo dijo para que aceptara acostarme con él, porque realmente era lo que sentía o porque así le salió en ese momento.

El caso es que, con esas palabras, terminó de derrumbar las últimas piedras que me quedaban del muro protector que había construido durante años, no solo para protegerme de él, sino de cualquiera, para no dejar entrar a nadie en mi corazón.

Cerré los ojos, respiré y me rendí a él.

—Hazlo. Hazme tuya.

Sus ojos se volvieron pura tormenta al oírme.

Sin verlo venir, me alzó en brazos y me llevó hasta el sofá que tenía en su despacho. Me dejó de pie y, con toda la calma del mundo, recorrió mi cuerpo con sus manos por encima del vestido.

Me estremecí entera.

—Necesito verte —dijo con la voz ronca.

Sonreí de forma pícara y, con una mano, lo empujé un poco hacia atrás para que, cuando hiciera lo que tenía pensado, me viera bien.

Llevé las manos a los tirantes del vestido y, con mucha lentitud, recreándome en el momento, me lo fui bajando poco a poco hasta que lo dejé caer a mis pies.

Saqué un pie lentamente y luego el otro, todo bajo su atenta mirada, esa que estaba totalmente cegada por el deseo que sabía que sentía.

Fue a dar un paso para tocarme, pero no se lo permití y lo detuve con la mano.

—No. Yo también quiero verte. Es lo justo.

—Lo es.

Tuve que aguantarme la risa al ver la velocidad a la que se quitó la ropa. Dos minutos exactos fue lo que tardó en quedarse delante de mí totalmente desnudo.

Me relamí al verlo así.

Siempre había sido un hombre impresionante, pero los seis años transcurridos y, suponía, el deporte que practicaba habían hecho que su cuerpo de chico se transformara en el de un hombre al que se le marcaban todos los músculos.

En el pasado siempre me había dejado hacer y había sido él quien marcaba el ritmo de lo que hacíamos cuando nos acostábamos, pero eso iba a cambiar, al menos aquella primera vez.

Sin darle opción a hacer nada, di un paso al frente y lo agarré de la mano para que se girara. De un empujón hice que se sentara en el sofá. Me miró extrañado, pero también muy intrigado por saber qué tenía pensado hacer a continuación.

Me arrodillé entre sus piernas, tomé su miembro con una mano y se lo acaricié lentamente, pero ejerciendo un poco de presión.

El primer jadeo salió de su garganta. Perfecto. Todo iba como yo quería.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, acerqué la boca y, con los labios mojados, recorrí todo su tronco de arriba abajo. Abrió los ojos, alucinado porque hubiera sido capaz de hacer algo así, algo que nunca había hecho en el pasado, ya que durante los dos años que estuvimos juntos no habíamos practicado sexo oral.

Sin dejar que se recuperara de la impresión provocada por mi descaro, me lo metí en la boca y empecé a mover la cabeza arriba y abajo lentamente, mientras, al llegar a la punta, lo succionaba con la lengua y los labios para proporcionarle más placer.

—Joder, Astrid… Qué boca tienes… Me estás matando…

Seguí un poco más y noté que el momento estaba a punto de llegar. Cada vez jadeaba más y era incapaz de estarse quieto; sus caderas se movían solas buscando mi boca.

—No quiero acabar en tu boca, no esta primera vez, al menos. Quítate, por favor —me rogó.

Lo hice porque yo también necesitaba tenerlo dentro de mí. Verlo disfrutar como lo había hecho me había puesto como una moto.

Me puse en pie y, sin que dejara de mirarme, me bajé el tanga. Me pasé la mano por mi zona y me acaricié el clítoris. Eso me hizo jadear.

Me miraba alucinado.

Hizo amago de levantarse, pero una vez más lo detuve.

Con las dos manos empujé su pecho para que se recostara contra el sofá y me senté encima de él a horcajadas.

—¿No me vas a dejar hacer nada, rubita?

—No, hoy mando yo.

—Joder, ni te imaginas lo cachondo que estoy viéndote tomar las riendas. Eres una diosa. No esperaba que esto fuera así, yo tenía otros recuerdos…

Claro que los tenía.

Recuerdos de nuestros encuentros en los que yo siempre me dejaba llevar y hacía lo que me pedía o lo que él quería, cambiando de posición si así lo necesitaba.

Echando la vista atrás, y después de lo que me había tocado vivir y de todas las cosas que había hecho, sí que tenía que reconocer que el sexo que practicábamos en el pasado era más bien torpe y soso.

Negué con la cabeza para apartar aquel pensamiento porque no quería que las frases que me dijo al final enturbiaran ese momento nuevo que estábamos compartiendo.

Dolía pensar que, porque él no me enseñó más, no quiso ir más allá conmigo o no me pidió otro tipo de cosas, hubiera tenido que ir a buscarlas con otras chicas.

No sabía si lo hizo porque pensaba que quizá yo no querría, porque no estaría a la altura o porque me veía demasiado niña para ciertas prácticas. El caso es que lo hizo y eso fue lo que me destrozó.

Cogí su miembro y lo llevé hacia mi entrada, rozándolo varias veces por toda mi apertura.

—Joder… Sí que vas a matarme hoy.

No le contesté con palabras. Mi respuesta fue dejarme caer de golpe para que entrara dentro de mí hasta lo más hondo.

—Dios… Qué maravilla. Estás caliente. Esto es la mejor sensación del mundo.

Empecé a moverme en círculos, arrancándonos a los dos jadeos que tuvimos que apagar besándonos para que no se enteraran hasta en la azotea de lo que estábamos haciendo.

Seguí y seguí sin darle tregua, intercalando movimientos lentos, en los que prácticamente sacaba entero su miembro para luego dejarme caer de golpe, con otros mucho más rápidos.

—Rubita, no puedo más…

—Hazlo, córrete. Yo voy contigo.

Y lo hicimos.

Juntos.

Con dos subidas y bajadas más, todo lo fuertes y duras que pude, conseguí que los dos llegáramos al clímax juntos mientras, entre jadeos y besos, pronunciábamos el nombre del otro sin contener el volumen.

No me levanté.

Me quedé varios minutos en esa misma posición mientras recuperábamos el aire que nos faltaba y nuestros corazones volvían a un ritmo normal.

Una risita a nuestra espalda nos hizo girarnos a los dos.

Oskar estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, y nos miraba divertido. Pero en sus ojos también estaban presentes el deseo y la excitación.

—Muy mal por vuestra parte montaros una fiestecita vosotros dos solos.

Solté una risita y Storm puso los ojos en blanco.

—Ya lo habíamos hablado, Oskar. Si ella no quiere, hay que respetarlo.

—¿Y quién te ha dicho a ti que no quiero?

Storm me miró alucinado. A cada segundo que pasaba, con mis actos y mis palabras, veía cómo lo dejaba más y más sorprendido.

—¿Quieres?

Miré a Oskar, que sonrió.

No sabía si estaba loca o a punto de estarlo, pero me dije: a tomar viento, ¿por qué no?

Como me había dicho Anna, y como yo ya sabía, me lo iba a pasar bien, así que me envalentoné y, con todo mi descaro, me incliné hacia Storm y le contesté contra sus labios.

—Sí, sí que quiero. Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntaron los dos, ansiosos.

—Esto es lo que es. Solo sexo. No quiero después ni reproches, ni malentendidos ni enfados por parte de ninguno.

Se miraron, hablaron con la mirada, volvieron a observarme de manera lobuna y asintieron a la vez.

—Trato hecho. Así será —contestaron al unísono.

Capítulo 25



Tenía calor, mucho calor.

Abrí los ojos preguntándome el motivo de aquella sensación tan agobiante y, cuando miré a ambos lados y vi lo que me rodeaba, comprendí por qué estaba así.

Estaba tumbada en una cama que, evidentemente, no era la mía. Era la del apartamento de Storm.

A mi lado derecho lo tenía a él, pegado a mí. Dormía como un tronco, con el gesto totalmente relajado, mientras me rodeaba la cintura con uno de sus brazos.

Giré la cabeza hacia el otro lado.

Allí, a mi izquierda, estaba Oskar. También dormía como el otro, con el gesto relajado y esa bonita sonrisa que ni siquiera mientras dormía desaparecía de su cara. Él también me tenía agarrada por la cintura y, además, una de sus piernas estaba enredada con las mías.

No me extrañaba que tuviera calor. Entre los dos, que pequeños no eran precisamente, me estaban haciendo un sándwich.

¿A ver cómo sales de aquí, Astrid?, me pregunté mientras pensaba cómo moverme sin despertar a ninguno de los dos.

No porque me importara hacerlo, sino porque no quería vivir el momento del despertar de ambos y que las cosas se pusieran un pelín incómodas.

Que lo mismo eso no pasaba, pero prefería evitar la situación y así sería todo más sencillo.

Cogí el brazo de Storm, que era el que menos aprisionada me tenía, lo moví con mucho cuidado y lo dejé apoyado sobre su abdomen. Al hacerlo, se removió un poco y contuve el aire mientras le pedía al cielo que no abriera los ojos y siguiera durmiendo.

Un segundo después se quedó quieto y continuó durmiendo.

Perfecto, ya estaba libre de uno. A por el otro, me dije para darme ánimos.

Hice el mismo movimiento con el brazo de Oskar y se lo dejé igualmente apoyado sobre el abdomen. Bien, primera parte hecha sin incidentes. Solo faltaba liberarme de su pierna para poder levantarme.

Menos mal que mis años en aquel oficio del que no quería ni acordarme me habían hecho ser ágil y flexible porque, de lo contrario, no habría sido capaz de sacar la pierna de entre las suyas sin hacer malabarismos como si fuera un mono.

Tardé tres minutos, pero lo conseguí.

El siguiente paso era bajarme de la cama y aquello me pareció lo más fácil de todo. Me deslicé entre los dos hasta llegar al final y me bajé con muchísimo cuidado para que el colchón no se moviera.

Olé, un punto para Astrid, me dije a mí misma mientras hacía un gesto con el brazo en señal de triunfo.

De puntillas, salí de la habitación y fui directamente al salón, donde sabía que estaba mi ropa tirada en el suelo junto a la de los chicos. Sonreí al recordarlo.

Ni siquiera habíamos llegado a la cama para tener el primer asalto de la noche. Allí mismo, en el salón, las ganas nos pudieron a los tres y, apenas cinco minutos después de entrar, estábamos desnudos en medio de la estancia dándonos placer.

Recogí el vestido y me lo puse tal y como cayó. No quería demorarme demasiado y, total, nadie iba a verme con aquellas pintas, o eso esperaba, ya que solo tendría que montarme en el ascensor y bajar dos pisos hasta la casa de Anna.

Cogí el bolso y los zapatos, que ni siquiera me molesté en ponerme, y salí con mucho sigilo del apartamento de Storm.

Cuando entré en casa de Anna, reinaba el silencio y era normal porque apenas estaba amaneciendo, así que seguiría en la cama durmiendo como una marmota.

Fui directamente a mi habitación y, de allí, a la ducha. Necesitaba refrescarme, y no solo por el calor y el sudor que tenía encima, sino también por el olor a sexo que desprendía mi cuerpo.

Algo normal después de la nochecita que había tenido.

Ni siquiera esperé a que el agua se calentara. Me metí directamente bajo el chorro helado, apoyé las manos en la pared y cerré los ojos para disfrutar de cómo el agua recorría mi cuerpo, refrescándome y destensándome todos los músculos.

Mientras resbalaba por mi piel, las imágenes de la noche anterior acudieron a mi cabeza sin que pudiera evitarlo.

La primera fue el momento en el que Oskar nos encontró a Storm y a mí en el despacho, justo al terminar nuestro primer encuentro después de tantos años.

Después recordé la conversación y el trato o la condición que les puse.

De ahí, las imágenes regresaron a la fiesta, donde nos quedamos los tres durante las siguientes dos horas.

Charlamos con los empleados, tomamos varios refrescos y comimos algunas de las cosas que ofrecía el magnífico bufé que habían preparado. Oímos el discurso de Thomas y vimos cómo los trabajadores recibían muy contentos el detalle que el dueño les entregó a cada uno. Entre los regalos había un sobre con un cheque cuya cantidad, aunque no era exagerada, sí resultaba generosa.

Incluso acabamos bailando todos juntos.

Pero llegó un momento en el que Oskar y Storm estaban ansiosos por que nos marcháramos a casa del segundo y, tras despedirnos de todos, sin decir ni dónde ni por qué nos íbamos, nos fuimos.

Aunque la muy cabrona de Anna sonrió de medio lado y me guiñó un ojo mientras me decía:

—Pásalo bien y espero que mañana puedas andar, que tenemos el plan hecho de ir a comer fuera tú y yo solas.

Puse los ojos en blanco y le saqué la lengua antes de darme la vuelta para marcharme.

Durante el trayecto que hicimos en el coche de Oskar apenas cruzamos cuatro palabras entre los tres.

Pero es que, al entrar en el apartamento, tampoco hubo demasiada conversación. Directamente, entre los dos me acorralaron en el salón y, mientras uno prestaba atención a mis pechos nada más bajarme el vestido, el otro, en ese caso Oskar, se arrodilló a mis pies y, después de quitarme del todo el vestido y el tanga, me subió una pierna a su hombro para, un segundo después, devorar mi sexo con tantas ganas que me arrancó el primer orgasmo de la noche.

Cuando terminó, fui yo quien les dio placer a los dos a la vez, arrodillada a sus pies. A uno con la boca y al otro con la mano, y tampoco paré hasta conseguir que se corrieran al mismo tiempo.

A partir de ahí, la noche fue un no parar.

No sabría decir cuántas veces consiguieron que me corriera ni tampoco las que lo hicieron ellos, pero fueron bastantes.

Hicimos todo lo que se podía hacer entre tres personas. Con uno, con el otro, haciéndole una felación a uno mientras el otro me daba con todas sus ganas desde atrás, con las manos y las rodillas apoyadas en el suelo. Después cambiaron de posición.

Incluso, varias veces y en distintas posturas, me penetraron los dos a la vez por mis dos orificios mientras manteníamos un ritmo constante, pero frenético, y me besaban por turnos la boca y el resto del cuerpo.

Desde luego, había sido una noche para marcar en el calendario.

Una noche que no me importaría repetir, en la que me lo había pasado estupendamente y había estado muy a gusto entre los brazos de los dos.

Una noche en la que se notó en todo momento la conexión, el respeto y el deseo que sentíamos los tres.

Salí de la ducha y me enrosqué una toalla en la cabeza y otra alrededor del cuerpo. Aún era temprano, así que tenía pensado tumbarme en la cama y dormir un rato para recuperarme.

No tenía demasiado sueño, pero sí estaba cansada por el desgaste físico. Sin embargo, mis planes se fueron al traste cuando entré en la habitación y encontré a Anna sentada en la cama al estilo indio, esperándome con la misma cara que ponen los agentes de policía cuando van a interrogar a un testigo.

—Que estarás cansadita, ¿no? Porque vaya horas de volver, guapa.

Primero la miré alzando una ceja y después me eché a reír a carcajadas. Parecía una madre regañona, la muy mamona, echándole la bronca a su hija adolescente porque había llegado a casa a deshoras.

—No, mami, cansada no estoy. Satisfecha, sí. Mucho, de hecho.

—Serás marrana y me lo sueltas así —dijo mientras me lanzaba un cojín a la cabeza.

—¿Y cómo quieres que te lo diga? ¿Te hago un resumen, un esquema o te lo escribo en braille? Lo que es, es, y no hay más.

—Entonces, ¿te lo has pasado bien? Porque tienes cara de bien follada…

—Oh… Cállate. ¿Por qué preguntas cosas que ya sabes?

Se echó a reír y yo con ella.

No dejaba de mirarme mientras me secaba, como si estuviera pensando en algo.

—Suéltalo, anda, que, si no, se te va a enquistar la pregunta dentro.

Suspiró y se puso seria.

—¿Qué va a pasar ahora?

No entendí la pregunta.

—¿Qué va a pasar con qué?

—Pues con mi hermano y Oskar. ¿Vais a repetir? ¿Vas a tener algo con alguno de los dos o con ninguno? ¿Qué quieres tú, Astrid?

Me senté a su lado y suspiré.

—Sinceramente, no lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. Sé lo que pienso y siento yo, pero no sé qué quieren ellos ni qué sienten tampoco.

—¿Qué piensas?

—Que lo de esta noche ha estado muy bien, que no me importaría repetir, pero…

—¿Pero?

—Pero hay algo aquí dentro que no deja de darme la lata desde hace días o quizá desde hace años —dije llevándome una mano al pecho.

—Lo sabía —contestó sonriendo.

—¿Qué sabías?

—Pues que, por muy enfadada y dolida que hayas estado con mi hermano, lo que sentiste una vez no ha desaparecido. Sigue ahí, dentro de ti. Ha estado dormido o parado por las circunstancias, pero, nada más verlo, ha regresado y seguramente con más fuerza. ¿Es eso?

Joder con Anna. Había dado totalmente en el clavo. Lo que había dicho era exactamente lo que sentía.

—Eso es. Pero no quiero volver a sufrir, Anna. Tu hermano…

No me dejó terminar.

—Mi hermano está enamorado de ti. Creo que siempre lo ha estado y que no haya querido tener contacto contigo durante estos años debe de tener una explicación.

—Ayer me dijo que quiere que hablemos, que tenemos una conversación pendiente y que tiene varias cosas que contarme.

—Ahí lo tienes. Creo que deberías escucharlo y después, con todo claro, decidir qué hacer.

Sí, desde luego, eso era lo mejor que podía hacer. Cuando todas las cartas estuvieran sobre la mesa, entonces, y solo entonces, ya se vería por dónde iban las cosas. Pero, por el momento, lo mejor era no comerme la cabeza o al final sí que acabaría volviéndome loca.

—¿Y con Oskar qué?

Sonreí al pensar en él.

—Oskar es un tío estupendo, pero entre nosotros solo hay atracción, una muy fuerte, eso sí. Sin embargo, no hay nada más y creo que nunca podría haberlo. Por mi parte es así y, por la suya, creo que también. Nunca me ha mirado con nada que fuera más allá del deseo.

—Yo opino lo mismo. Sus miradas son diferentes; no tiene nada que ver la de uno con la del otro.

Seguimos hablando un poco más del tema hasta que las dos, tumbadas en la cama, acabamos quedándonos dormidas. Yo, por lo evidente, y Anna porque, aunque me había reñido en broma por la hora a la que había llegado, la muy capulla lo había hecho después que yo, ya que había pasado la noche en casa de Alfred.

Capítulo 26



El resto del fin de semana lo pasé con Anna.

De los chicos no tuve noticias y aquello me provocó sentimientos contradictorios. Por una parte, agradecí el silencio porque así pude pensar con calma qué quería hacer según fueran ocurriendo las cosas. Pero, por otra, que ninguno de los dos hubiera dado señales de vida me tenía un poco mosca.

Sí, era cierto que no habíamos quedado en nada, pero qué menos que un mensaje o una llamada para saber si estaba bien.

Vamos, digo yo.

Porque, leches, aquella ausencia de noticias había conseguido hacerme sentir igual que cuando estaba en Nueva York y terminaba un servicio. Casi nunca había despedidas ni por parte de los clientes ni por la mía. Era un «si te he visto, no me acuerdo» y a otra cosa.

Si Anna notó que por mi cabeza bullían mil pensamientos, no dijo ni pío. Sabía de sobra que, cuando mi mente entraba en bucle, era una tontería preguntarme nada hasta que yo misma decidiera hablar.

—Astrid, ¿estás lista?

—Sí. Solo me queda calzarme y coger el bolso.

Era un auténtico alivio que pudiéramos ir a la empresa vestidos de manera informal. Si hubiera tenido que llevar trajes, faldas de tubo y blusas todos los días, habría sido una buena faena porque no tenía dinero para renovar el armario.

Y aceptar más cosas de Anna tampoco entraba en mis planes.

Me puse unos botines negros que tenía desde hacía muchísimo tiempo, pero que, como apenas los había usado durante mi vida en Nueva York, seguían prácticamente nuevos. Con los vaqueros ajustados y el jersey de cuello vuelto azul celeste que llevaba, quedaban de lujo.

O eso pensé después de echarme un último vistazo en el espejo.

—Ya estoy. Podemos irnos cuando quieras.

Salimos de casa con cara de lunes.

Vamos, con sueño acumulado, pocas ganas de trabajar y pensando en lo larga que podía hacerse la semana.

Yo ya tenía prácticamente memorizada la agenda de Storm porque la había revisado el viernes antes de marcharme. Le esperaba una semana bastante completa entre reuniones con distintos departamentos, revisiones de nuevos proyectos y citas con clientes que querían renovar o ampliar sus contratos.

Además, nada más llegar tendría que reservarle un hotel para la noche del viernes porque tenía una reunión en Aarhus.

No estaba demasiado lejos. En coche eran unas tres horas y en avión, alrededor de cuarenta y cinco minutos, pero Amelia me había explicado que a Storm no le gustaba regresar de noche, independientemente del medio de transporte.

Solía terminar saturado después de aquellas reuniones largas que empezaban por la tarde y podían alargarse durante horas o acabar incluso con una cena junto al cliente. Por eso prefería quedarse a dormir en la ciudad en la que estuviera y regresar a Copenhague a la mañana siguiente, ya descansado.

—¿Sigues dándole vueltas a lo que pasó el sábado con tus dos pesadillas?

—Pues justo ahora no. Estaba repasando mentalmente la agenda de tu hermano y todas las cosas que tengo que contarle para que sepa la semanita de trabajo que le espera.

—¿Y qué vas a hacer cuando te cruces con ellos?

Pensé durante unos segundos.

¿Qué podía hacer?

Nada.

No iba a entrar allí como un toro de Miura y echarles en cara que ninguno de los dos me hubiera mandado ni un triste «¿qué tal?» desde que salí de casa de Storm.

Realmente no éramos nada. Ni siquiera podía decir que fuéramos amigos, así que no tenía derecho a pedirles explicaciones.

Y, por supuesto, tampoco pensaba permitir que ellos me las pidieran a mí.

—Nada. Voy a entrar y me pondré a trabajar.

Anna soltó una de aquellas risitas malvadas que ya conocía demasiado bien.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Astrid, tía, ¿de verdad crees que vas a poder entrar y comportarte como si no hubiera pasado nada?

—Pues no lo sé, pero, al menos, voy a intentarlo. Después, si alguno dice algo, ya improvisaré.

—A las dos en punto —recalcó especialmente las dos últimas palabras— te quiero en la cafetería con un informe completo de cómo ha ido todo.

—¿Te han nombrado cotilla oficial de la empresa y a mí no me ha llegado el comunicado o qué?

Soltó una carcajada.

—¿Y a quién vas a contarle tus penas si no es a mí? Tú me explicas lo que pasa, yo te aconsejo y después haces lo que te sale del papo, como siempre. Pero, mientras tanto, nos entretenemos.

—Te entretienes tú, querrás decir. Yo me desquicio.

—Le das demasiadas vueltas a todo, Astrid. Tienes que aprender a dejarte llevar un poco más y preocuparte, enfadarte o alegrarte cuando las cosas ocurran, no antes.

Pues no le faltaba razón.

Porque yo era exactamente así. Podía pasarme horas haciendo suposiciones, muchas veces absurdas, sobre cosas que luego ni siquiera sucedían y acabar cabreada conmigo misma por haber perdido el tiempo pensando gilipolleces en lugar de ocuparme de lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Si era bueno, disfrutarlo.

Y, si era malo, ya lloraría cuando tocara.

—Tienes razón…

—Claro que la tengo. Pero no me basta con que me la des. Quiero que cambies un poco el chip y empieces a disfrutar del día a día. Deja fuera lo malo o lo que no te guste y quédate con lo que realmente merezca la pena.

Qué narices, tenía más razón que una santa. Iba a intentarlo o, más bien, tenía que hacerlo porque, de lo contrario, acabaría majara perdida.

—Voy a hacerlo —dije con seguridad.

—Estupendo. Eso era lo que quería oír.

Llegamos a la empresa y, como íbamos con tiempo, lo primero que hicimos fue entrar en la cafetería para tomarnos un café.

Nos sentamos en una mesa cerca de la puerta porque tampoco había mucho donde elegir. Aquello estaba hasta los topes.

—Mierda… ¿Y esta qué hace aquí ahora?

Fruncí el ceño porque no tenía ni idea de quién estaba hablando.

—¿Quién?

—Gírate un poco. La rubia que acaba de entrar y va hacia la barra.

Hice lo que me pedía, intentando no ser demasiado evidente, y enseguida vi a la mujer a la que se refería.

Tampoco era precisamente difícil localizarla porque destacaba bastante entre todos los demás.

Y no solo porque fuera guapísima, sino también por cómo iba vestida.

Llevaba un vestido precioso, todo había que decirlo, y unos zapatos con tacón de aguja que resonaban contra el suelo a cada paso. Parecía una modelo desfilando sobre una pasarela.

—Vaya pedazo de tía —dije recorriendo el aire con la mano de arriba abajo—. ¿Quién es?

Anna dudó.

Y aquella duda no me gustó ni un pelo porque, cuando mi amiga se pensaba demasiado cómo contarme algo, era porque estaba segura de que no me gustaría la respuesta.

—Anna, ¿quién es la rubia?

—Es… una amiga de mi hermano.

La entonación que utilizó al pronunciar «amiga» dejó bastante claro que no se trataba de una amistad cualquiera. Entre ellos había habido algo o todavía lo había.

—Genial —murmuré con ironía.

—Por lo que yo sabía, estaba de viaje y pensaba quedarse fuera una temporada bastante larga. Le habían ofrecido un contrato muy bueno.

—¿A qué se dedica?

—Es modelo de ropa interior.

Genial.

Simplemente genial.

¿Cómo coño iba a querer Storm tener algo conmigo teniendo semejante mujer en su vida?

Mirabas a aquella rubia y después me mirabas a mí y era como comparar caviar con un paté de los malos.

—Bueno, pues parece que vamos a empezar la semana estupendamente. Voy a subir y ponerme a trabajar para mantener la cabeza ocupada porque, si no, me va a explotar.

—Vamos, porque seguro que Miss Universo sube en cuanto termine su infusión para hablar con mi hermano. Tú pega bien la oreja, a ver si consigues enterarte de algo.

—Sí, claro. No tengo yo nada mejor que hacer que ponerme a espiarlos. Te acabo de decir que quiero tranquilidad, no alterarme todavía más.

Soltó un lamento.

—Jo, vaya mierda. Así no hay manera de enterarse de nada.

Negué con la cabeza mientras resoplaba.

—Lo que yo decía. Eres la mayor cotilla del reino.

Ni siquiera se molestó en contestarme.

Se echó a reír mientras las dos salíamos de la cafetería en dirección a los ascensores, donde ya esperaba bastante gente para subir a sus puestos de trabajo.

Capítulo 27



Anna se bajó en su planta y yo continué en el ascensor hasta la mía.

Nada más salir, el primero con el que me encontré fue Oskar, que desde la puerta de su despacho me dedicó una sonrisa preciosa y muy amigable.

Se acercó hasta mi mesa, donde me había detenido para dejar el bolso, y se sentó en uno de los extremos.

—¿Cómo está la mujer más bonita de todo Copenhague?

Lo miré alzando una ceja y, un segundo después, me eché a reír.

—No me des coba, Oskar. ¿Qué quieres?

—¿Yo? Nada, mujer. Era un saludo cariñoso y, además, tampoco he dicho ninguna mentira. Eres preciosa y lo sabes.

—Sí, preciosísima —murmuré entre dientes mientras pensaba en la rubia que se había quedado en la cafetería.

—¿Qué?

—Nada, nada.

—Oye, ¿por qué te largaste el sábado como si fueras una ladrona? Habría estado bien desayunar contigo.

Coño, me entró la tos y hasta me atraganté con mi propia saliva.

—No me largué como una ladrona. Os dejé durmiendo como dos cestos y me fui a casa de Anna a ducharme. Porque, chico, cuando desperté parecía una chuleta entre dos brasas. La Virgen, qué calor dais los dos.

Se echó a reír.

—La próxima vez ponemos el aire acondicionado.

—¿La próxima vez?

—Si tú quieres que haya una próxima vez, la habrá. Por lo menos por mi parte. Aunque también me gustaría volver a pasar una noche a solas contigo, aunque solo fuera una vez más.

—Oskar…

—Que sí, que ya sé lo que hay. No soy tonto. Pero eso no significa que no podamos pasarlo bien.

—¿Y qué es exactamente lo que hay según tú?

—Que Storm y tú estáis enamorados el uno del otro y no precisamente desde ahora. Lo vuestro viene de lejos. A ver si espabiláis, habláis y os dais una segunda oportunidad de una vez, leñe, que quiero ser tío pronto.

Lo miré como si de repente se hubiera convertido en un extraterrestre.

Madre mía, iba a tener que llamar al ayuntamiento, a Sanidad o a quien coño correspondiera para dar la voz de alarma porque estaba segura de que estaban echando algún tipo de alucinógeno en el agua de Copenhague.

Tenía que ser eso.

Porque las idas de olla que llevábamos todos últimamente no eran ni medio normales.

—Tú no estás bien de la cabeza. ¿Qué dices de críos? Si ni siquiera somos pareja y ya te adelanto que dudo mucho que lleguemos a serlo.

Frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Sabes lo que he sido. ¿Tú crees que Storm podría soportar estar con alguien como yo? Ya te doy la respuesta: no.

—Si te quiere de verdad, y yo sé que te quiere, no debería importarle lo que tuviste que hacer para sobrevivir. Si yo estuviera en su lugar, no me importaría.

Solté una risa amarga.

—Pero a él sí le importará, estoy segura. No es como tú.

—Es una pena que entre tú y yo no haya…

Sonreí porque, al parecer, Oskar pensaba exactamente lo mismo que yo. Entre nosotros había deseo y una atracción enorme, pero fuera de eso no existía nada más.

Y nunca lo habría.

No solo porque yo siguiera enamorada de Storm, sino porque aquella chispa diferente simplemente no había surgido entre nosotros.

—Sí que es una pena —bromeé—. Pero lo que no es, no es. En el corazón no manda nadie. Ese va por libre y, por lo visto, el tuyo y el mío han decidido no juntarse.

—Astrid, quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre voy a estar aquí. Puedes contar conmigo para lo que necesites. Como pareja, no, pero como amigo, hasta la muerte.

—Dios, qué profundo te has puesto de repente —dije sonriendo—. Pero me gusta y quiero que sepas que tendrás exactamente lo mismo por mi parte.

Nos quedamos mirándonos y el abrazo surgió solo.

Uno de amistad.

Sin dobles intenciones ni nada más detrás.

—Y ahora vamos a trabajar, que la semana se presenta intensa. Encima, el viernes, cuando estemos deseando terminar, tenemos la dichosa reunión de Aarhus.

—Lo sé. Voy a entrar a repasar la agenda con Storm y preguntarle cómo quiere que gestione la reserva.

El teléfono del despacho de Oskar empezó a sonar y me eché a reír al verlo resoplar.

—El deber me llama. Luego nos vemos.

—He quedado con Anna para comer. Te espero y bajamos juntos.

Asintió antes de meterse rápidamente en su despacho para atender la llamada.

Yo cogí la tableta y llené bien los pulmones de aire antes de llamar a la puerta de Storm.

—Adelante.

Entré.

—Buenos días. ¿Repasamos la agenda?

—Sí.

Se levantó del sillón y caminó hacia mí. A medida que se acercaba, mis nervios aumentaban.

Cuando llegó hasta donde estaba, me agarró de la cintura sin decir una palabra y me besó.

Pero no fue un beso salvaje como los que nos habíamos dado durante los últimos días. Fue lento, cargado de sentimiento y cariño, uno de esos besos en los que parecía que ambos estábamos diciendo muchas cosas sin pronunciar una sola palabra.

Cosas que llevaban demasiado tiempo dormidas y que habían regresado con más fuerza que nunca.

Cuando nos separamos, solo lo hicieron nuestros labios. Storm mantuvo la frente apoyada contra la mía y suspiró.

—Rubita…

—Rubio…

—Quiero que hablemos. Solos tú y yo.

Asentí.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Solté una risita contra sus labios.

—Señor Nielsen, ¿me está usted pidiendo una cita?

Me dio un beso suave.

—Así es. Creo que ya va siendo hora. En el pasado nunca tuvimos una oficialmente.

—Está bien, acepto. Pero ahora tenemos que trabajar.

Carraspeó.

—También podría sentarte sobre mi mesa y darte los buenos días como mereces.

—Sí, podrías, pero será mejor que lo dejemos para otro momento porque, como me sientes ahí, no vamos a hacer nada más durante toda la mañana.

De su garganta salió una queja.

—Algo rápido para empezar bien la semana, rubita.

—¿Qué?

—Que, si no te tengo ahora mismo, no voy a poder concentrarme en nada —dijo mientras deslizaba una mano bajo mi jersey.

—Storm…

—Shhh… No digas nada. Tú disfruta. Este es mi despacho y aquí mando yo. Lo del otro día fue una excepción.

No me dejó responder.

Se lanzó a mis labios, esa vez ya sí que para besarme de manera pasional.

Ni supe cómo, unos minutos después, estaba tumbada con la cara pegada a su mesa mientras él, detrás de mí, me embestía con fuerza, haciéndome jadear y disfrutar como me había prometido.

Cuando todo terminó, me giró para besarme como si hacerlo fuera una necesidad para él.

—Dios, rubita… Cada vez es mejor que la anterior. Siempre he sido adicto a ti. Eres mi complemento perfecto. Mi otra mitad.

Ojalá aquellas palabras fueran ciertas y terminara siendo realmente eso para él.

Pero algo dentro de mí insistía en avisarme de que las cosas no iban a ser tan sencillas.

Minutos después, ya recompuestos, nos sentamos cada uno en un sillón y empezamos por fin a repasar la agenda.

—Joder, vaya semanita nos espera —se quejó.

Solté una risita.

—Eso mismo me han dicho tu hermana y Oskar.

—Astrid…

—Dime.

—Respecto a Oskar…

Vi cómo se tensaba y lo mucho que le costaba formular la pregunta que realmente quería hacerme.

—Pregunta lo que quieras saber, Storm. Voy a ser sincera.

—¿Sientes algo por él?

—Deseo y atracción. Eso creo que ya lo tienes bastante claro porque, de lo contrario, nunca habría estado con él. Ni en Nueva York ni el viernes, cuando estuvimos los tres. Pero, si me estás preguntando si siento algo más, la respuesta es no. Solo amistad.

Soltó el aire que, al parecer, llevaba unos segundos conteniendo.

—¿Te gustaría repetir lo del otro día?

—¿Y a ti?

—Yo he preguntado primero —contestó riéndose.

—No me importaría si fuera algo esporádico, porque surge, pero no como algo habitual.

Sonrió.

Y lo hizo de verdad.

Aquello me dejó bastante claro que mi respuesta le había gustado.

—Yo pienso igual. No me importa que ocurra de vez en cuando, pero, si tú y yo tenemos algo…

La frase quedó suspendida en el aire cuando la puerta se abrió de golpe.

Quienquiera que fuera ni siquiera había tenido la decencia de llamar y, cuando vi quién entraba y con qué actitud lo hacía, entendí que aquello decía bastante de ella.

Era la rubia.

La que Anna me había presentado unas horas antes como la «amiguita» de Storm.

Él la miró como si no terminara de creerse que estuviera realmente allí, en su despacho o, por lo que me había contado Anna, siquiera en Copenhague.

—¿Ingrid? ¿Qué haces aquí? —preguntó levantándose mientras me miraba de reojo.

—Cariño, me miras con cara de susto. Cualquiera diría que no te alegras de verme.

Lo que ocurrió después no sé si Storm se lo esperaba.

Yo, desde luego, no.

Ingrid caminó hacia él moviendo bien las caderas, le agarró la cara entre las manos y le dio un suave beso en los labios.

Aparté la mirada.

Dolió.

Mucho más de lo que esperaba y bastante más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Porque, sin pedir permiso, regresaron a mi cabeza las imágenes de aquel día, años atrás, cuando lo encontré en su habitación con otra mujer.

Me levanté del sillón y, sin mirarlos, caminé hacia la puerta.

—Astrid, no te vayas. No hemos terminado.

Solté una risa amarga.

—Ni siquiera habíamos empezado, pero no importa. Le preguntaré a Oskar cómo hacéis normalmente las reservas. Tú, por lo visto, tienes cosas más importantes que atender.

Por la expresión de fastidio que apareció en su cara, supe que había entendido que aquello de que «ni siquiera habíamos empezado» no se refería únicamente al trabajo.

—Rubita, no necesitas preguntarle nada a Oskar. Dame cinco minutos y seguimos.

—¿Rubita? ¿Por qué narices llamas rubita a tu secretaria?

Bueno.

Vaya mala leche se gastaba la modelo.

Había elevado considerablemente el tono de voz y fulminaba a Storm con la mirada, aunque a mí directamente parecía querer atravesarme con ella.

—No tengo que darte ninguna explicación sobre cómo llamo a nadie ni sobre lo que hago con mi vida. Creía habértelo dejado bastante claro en nuestra última conversación.

»Tú y yo no somos nada ni vamos a serlo, así que no tienes ningún derecho a venir aquí a reclamarme nada.

Ingrid soltó un grito de rabia mientras apretaba los puños con fuerza.

Yo no tenía ninguna intención de quedarme a presenciar la bronca que estaba claro que iban a tener, así que recogí mis cosas y salí del despacho en silencio.

Capítulo 28



Llamé a la puerta de la habitación de Anna al mismo tiempo que hablaba. Esperaba que me oyera porque unos minutos antes me había dicho que iba a darse una ducha.

—Anna, me voy ya.

Esperé unos segundos a que contestara, pero, antes de hacerlo, abrió la puerta con una toalla enrollada alrededor del cuerpo y otra en las manos, con la que se estaba secando el pelo.

—No te espero despierta, ¿no? —preguntó conteniendo la risa.

—Pues no lo sé. Lo mismo vuelvo mañana a la hora del desayuno o dentro de media hora estoy otra vez aquí. No tengo ni idea de lo que va a pasar.

Y era cierto.

Iba completamente a ciegas a mi supuesta cita con Storm. Cuando salimos de trabajar aquella tarde, se había limitado a decirme que me esperaba a las nueve en su apartamento para cenar y hablar.

Desde la visita de Ingrid a su despacho aquella mañana apenas habíamos tenido ocasión de intercambiar dos frases que no estuvieran relacionadas con el trabajo. Exactamente cinco minutos después de que yo saliera, lo hizo ella, totalmente indignada y gritando a pleno pulmón que Storm era un gilipollas y que acabaría arrepintiéndose.

Después, las reuniones y las llamadas habían ocupado prácticamente toda la jornada.

Así que subía a su casa con una incertidumbre enorme.

No sabía qué quería contarme ni qué esperaba exactamente de nosotros. Que deseaba acostarse conmigo estaba bastante claro después de lo ocurrido aquella misma mañana, pero no tenía ni idea de si quería algo más.

—Todo va a ir bien —afirmó Anna muy convencida.

—Si tú lo dices…

—Lo digo yo y también la mirada de mi hermano. Está chocho contigo, *rubita*.

La muy capulla pronunció el último apelativo con toda la guasa del mundo.

—Me voy. No quiero llegar tarde porque tu queridísimo hermano es todavía peor que tú con la puntualidad. Parece que Molly os metió en la barriga con un reloj y, de tanto mirarlo durante nueve meses, salisteis así.

—Cada día te superas con una chorrada nueva.

—Y las que me callo para no asustaros, que, si no…

Se echó a reír y negó con la cabeza mientras yo me despedía moviendo los dedos.

A cada paso que daba por las escaleras hacia el apartamento de Storm, mis nervios aumentaban de manera meteórica.

Llamé al timbre con la mano ligeramente temblorosa y, durante el poco tiempo que tardó en abrirme, dudé al menos diez veces entre quedarme allí o salir corriendo.

Me quedé.

Claro que me quedé.

Las ganas de saber ganaron al miedo.

Mira que yo nunca había sido especialmente curiosa ni cotilla, pero, por lo visto, vivir con la reina del cotilleo empezaba a afectarme.

¿Sería contagioso?

Pensaba precisamente en eso cuando alcé la mirada y me encontré con Storm en el umbral, observándome con una sonrisa.

—¿En qué pensabas?

—No quieres saberlo —contesté riéndome.

—Sí quiero. Quiero saberlo todo de ti.

Pues mal empezábamos porque había una parte de mi vida que era mejor que no conociera ni entonces ni nunca.

—Era una chorrada relacionada con tu hermana.

—Aun así quiero saberla. Pasa, rubita, y me la cuentas mientras cenamos. Pero antes salúdame como Dios manda.

En realidad, fue él quien me saludó a mí.

Me dio todo un señor besazo que terminó interrumpiendo a regañadientes porque los dos sabíamos que, si seguíamos, la cosa se pondría demasiado intensa y acabaríamos sin cenar ni mantener la conversación para la que habíamos quedado.

Nos sentamos en el salón, que, igual que el de su hermana, estaba decorado con un gusto increíble gracias, en gran parte, a la ayuda de Molly.

La cena ya estaba servida sobre la mesa.

Todos eran platos fríos que, según me explicó, había pedido un rato antes a un restaurante cercano donde lo conocían perfectamente de la cantidad de veces que encargaba comida.

Todo estaba buenísimo y dimos buena cuenta de ello mientras le contaba la tontería del reloj en la barriga de su madre. Terminó riéndose a carcajadas.

También hablamos del trabajo, de Anna y de Oskar.

Y, por supuesto, acabó contándome qué había ocurrido con Ingrid y por qué había salido de su despacho hecha una furia.

La había conocido una noche en un *pub* cuando estaba con Oskar y aquella misma noche se acostaron por primera vez. Después hubo algunos encuentros más, pero Storm nunca quiso que aquello fuera más allá.

Ella, en cambio, sí.

Ingrid decidió por su cuenta que debían convertirse en pareja y, cada vez que se lo planteó, Storm dejó claro que no quería lo mismo.

Según me contó, llegó un momento en el que su insistencia empezó a rozar el acoso. Lo llamaba a todas horas, le enviaba cientos de mensajes y aparecía sin avisar en lugares donde sabía que estaba, montándole escenas de celos.

La última vez que se vieron fue en una discoteca, donde organizó tal escándalo que el personal de seguridad tuvo que sacarla del local. Aquella noche, Storm le dejó muy claro que, si no lo dejaba en paz, acabaría denunciándola.

Después de eso, Ingrid desapareció de su vida durante seis meses porque se marchó fuera de Copenhague por trabajo.

Pero, en cuanto regresó, lo primero que hizo fue presentarse de nuevo en su despacho.

Allí Storm volvió a dejarle claro que entre ellos nunca habría nada y que, si continuaba acosándolo, cumpliría su amenaza de denunciarla. También le recordó que algo así podía resultar muy perjudicial para una carrera que le había costado años construir.

Por lo visto, aquello consiguió hacerla entrar en razón.

Aunque, antes de marcharse, no pudo evitar montar su último numerito, insultarlo y salir del despacho dando voces.

El tema de nosotros pareció reservarlo para después de cenar.

Fue cuando salimos a la terraza y nos sentamos con un refresco en la mano cuando, por fin, se puso serio.

—Astrid, antes de contarte todo lo demás, quiero pedirte perdón.

—¿Por qué exactamente?

—Porque sé que fui un cabrón hace seis años y que te hice muchísimo daño. Lo nuestro no merecía terminar así. Lo de aquel día con esa chica lo hice por rabia. Quería que sufrieras como estaba sufriendo yo al pensar que iba a perderte.

Cerré los ojos durante un segundo.

—No ibas a perderme. Precisamente fui a tu habitación para explicarte lo que no me dejaste decir durante nuestra discusión.

Abrió los ojos como platos.

—No me digas que ibas a decirme que no te marchabas porque entonces sí que me muero.

Decidí ser sincera.

Le expliqué que mi intención nunca había sido irme para siempre. Quería acompañar a mi padre durante un tiempo, ayudarlo a instalarse y asegurarme de que estaba bien. Después pensaba regresar porque lo quería y no concebía construir una vida en la que él no estuviera.

—Joder, rubita… —murmuró con los ojos humedecidos.

—Sé que nunca te dije que te quería durante los dos años que estuvimos juntos, pero no quería quedar como una idiota. Yo pensaba que para ti no era la única y aquel día me lo confirmó. Creí que tú no sentías por mí lo mismo que yo por ti y, por eso, nunca dije nada.

Soltó una risa amarga.

—Astrid, nunca hubo nadie más. Aquella chica fue una excepción y el mayor error de toda mi vida. El dolor, el orgullo y la rabia me hicieron cometer una estupidez que acabó costándome lo más importante que tenía. Llevo seis años maldiciéndome por ello.

Aquello sí consiguió sorprenderme.

Y mucho.

—¿No hubo nadie más…? —pregunté con miedo.

—No, rubita, nunca hubo nadie más. Para mí solo existías tú. Mi corazón es tuyo desde que eras solo una cría y nunca nadie podrá tenerlo.

Lo miré alucinada porque lo había dicho en presente y no en pasado.

—¿Es? —murmuré.

—Sí, lo has oído bien. Lo era, lo es y será tuyo para siempre. Yo tampoco te lo dije porque no quería asustarte, ya que eras muy joven. Pero te amaba y mis planes eran pasar el resto de nuestra vida juntos. Quería todo contigo.

—¿Todo?

Se echó a reír al ver mi cara de pasmo.

—Sí, todo. Quería acabar pidiéndote, cuando fueras mayor, que te casaras conmigo y que formáramos una familia.

Joder, se me estaba formando tal nudo en la garganta que no era capaz ni de tragar saliva. Eso sin contar el estrujamiento que sentía en el pecho al saber todo lo que pudo ser y que, por su orgullo, por su parte, y por no explicarme a tiempo, por la mía, todo aquello se había perdido.

—Me habría encantado hacer todo eso contigo, rubio —dije conteniendo las lágrimas.

—Si quieres, aún es posible. Yo te sigo amando, nunca he dejado de hacerlo. Si me perdonas y, con el tiempo, quizá vuelves a quererme, podemos ser muy felices.

—No.

—¿No? —preguntó desolado.

—No podría volver a quererte porque nunca dejé de hacerlo, ni siquiera cuando me fui con el corazón roto.

Ya no pude contenerme más y, mientras le decía aquello, las dos primeras lágrimas de las muchas que vinieron después cayeron por mis mejillas.

Storm, al verme así, no dudó, ni siquiera lo pensó. Desde la hamaca en la que estaba sentado, me agarró por la cintura y me sentó en su regazo.

—Te amo, Astrid. Eso no cambiará nunca, pase lo que pase.

Algo dentro de mí me gritó que le contara la verdad sobre lo que había hecho para sobrevivir. Me dijo que él tenía que saberlo, pero fui una cobarde y, por qué no decirlo, también un poco egoísta.

Quería que estuviéramos juntos, quería esa vida de la que me había hablado y confesarle la verdad era arriesgarme a que aquello no pasara, así que callé.

Me dije a mí misma que los dos únicos que lo sabían de nuestro círculo eran Anna y Oskar y que ellos, en quienes confiaba al cien por cien, nunca le contarían nada. Que sería un secreto entre los tres para siempre.

Qué equivocada estaba en aquel momento. Si hubiera sabido lo que pasaría después, me habría arriesgado a confesar la verdad, aun a riesgo de perderlo.

Porque lo perdería, pero, al menos, lo haría habiendo sido yo quien le dijera la verdad y no alguien que regresó de mi pasado en Nueva York.

—Yo también te amo y quiero todo eso que me has dicho. Y, para empezar, no estaría mal que me hicieras el amor durante toda la noche —respondí mientras los dos nos abrazábamos.

Me levantó en brazos y me llevó a la habitación.

Allí nos desnudamos despacio.

No paramos de demostrarnos cuánto nos queríamos durante toda la noche. Entre besos y caricias, también nos dijimos cuánto nos habíamos echado de menos y decenas de «te quiero» salieron de la boca de ambos.

Y entre sus brazos me desperté al día siguiente mientras me besaba el cuello, riéndose, para darme los buenos días y decirme que era hora de que nos levantáramos para ir a la empresa.

Le devolví los besos y algo más antes de ponernos en funcionamiento.

Capítulo 29



Eran las tres de la mañana y el silencio, aunque no era total en el aeropuerto, sí que era de agradecer a aquellas horas.

La empresa había sido nominada a un premio internacional por el mejor proyecto de energías renovables del año y, como no podía ser de otra manera, Storm asistiría como CEO para representarla y, si había suerte —que yo sabía que la habría—, recoger el premio.

Aunque no todo dependía de la suerte. También entraban en juego lo bueno que era el proyecto y todo el trabajo que habían realizado durante meses para sacarlo adelante.

Por petición suya, Anna, Oskar y yo lo acompañábamos a Londres, que era donde se celebraría la gala al día siguiente. Iba a ser una auténtica locura y habría muchísima gente porque no solo se premiaba la categoría de energías renovables, sino también muchas otras de distintos sectores.

Mientras los cuatro caminábamos en silencio por el largo pasillo del aeropuerto hasta el mostrador donde teníamos que facturar, miré de reojo a los otros tres.

Primero a Anna.

Tuve que aguantarme la risa al ver las pintas que llevaba. Iba en chándal para estar más cómoda en el avión, según ella, pero eso no era lo que me hacía gracia. Lo mejor eran las enormes gafas de sol que se había puesto para ocultar la cara de sueño.

¿A quién coño se le ocurría llevar gafas de sol a aquellas horas, cuando todavía era de noche?

Pues a ella.

Solo a ella podía ocurrírsele algo así y luego me llamaba loca a mí. Había que tener cara.

Mi mirada pasó a Oskar.

Parecía serio, aunque en realidad lo único que le ocurría era que tenía más sueño que un canasto entero lleno de gatitos.

No es que lo hubiera dicho él. Tampoco hacía falta después de los doce bostezos —porque sí, los había contado— que se le habían escapado desde que subimos al taxi en la puerta de casa de los hermanos.

Por último, miré a mi rubio y la sonrisa me salió sola.

Y no únicamente porque él también caminara con los ojos entrecerrados por el sueño, sino por lo feliz que me hacía poder estar a su lado en un momento tan importante.

Habían pasado cinco meses desde aquella conversación en su casa, cuando hablamos del pasado, de todo lo que había ocurrido para que nuestra relación se fuera al traste y acabamos confesándonos lo que seguíamos sintiendo el uno por el otro.

Desde aquella noche habíamos empezado una relación.

Pero no como en el pasado, escondiéndonos de todo el mundo. Esta vez estábamos juntos abiertamente y nunca habíamos intentado ocultarlo delante de nadie.

De hecho, aquella misma noche, entre besos y caricias, le pregunté si prefería que lo nuestro siguiera siendo solo cosa de los dos, como años atrás, y se negó rotundamente. Dijo que no quería volver a esconderse, que bastante habíamos sufrido en el pasado teniendo que hacerlo porque yo era menor.

Dejó muy claro que, por él, saldría a la terraza a gritarle al mundo que me quería y que por fin estaba con él, pero que tampoco era plan de despertar a todos los vecinos y hacerlos partícipes de su alegría. Así que se conformaría con que lleváramos una relación normal y con que todo el mundo pudiera ver, por fin, que siempre habíamos estado destinados a estar juntos.

Y así había sido desde entonces.

No nos habíamos escondido de nadie, aunque tampoco habíamos ido dando explicaciones sobre nuestra relación.

Solo hicimos dos excepciones: sus padres.

Los dos estuvimos de acuerdo en que queríamos ser nosotros quienes les dijéramos que estábamos juntos y también decidimos contarles toda la verdad.

Así que, al día siguiente de nuestra reconciliación, Storm llamó a su madre y le dijo que aquella noche iríamos los dos a cenar a su casa porque queríamos hablar con ellos.

Los sorprendidos terminamos siendo nosotros porque, cuando Storm empezó a explicarles lo que había ocurrido años atrás, Molly, con una media sonrisa, y Thomas, intentando aguantar la risa, nos confesaron que sabían perfectamente que habíamos estado juntos antes de que yo me marchara.

Storm quiso saber cómo se habían enterado porque, sinceramente, habíamos sido muy cuidadosos con nuestros encuentros.

Pero, al parecer, no fue eso lo que nos delató.

Según sus padres, había sido la forma en la que nos mirábamos.

—Por la boca se puede ocultar el amor guardando silencio, pero los ojos nunca mienten. Y los vuestros lo gritaban a los cuatro vientos cada vez que estabais uno frente al otro —nos explicó Molly.

Aquello nos dejó a los dos de piedra.

Se alegraron muchísimo de que por fin volviéramos a estar juntos y, mientras nos abrazaban, incluso dijeron que ya habíamos tardado demasiado.

Como pareja que llevaba toda una vida junta, nos dieron un consejo: si queríamos que lo nuestro durara para siempre, la clave era confiar el uno en el otro, pasara lo que pasara. También nos dijeron que, cuando discutiéramos —porque lo haríamos—, habláramos antes de actuar de una manera que después pudiéramos lamentar, como ya nos había ocurrido una vez, y que no permitiéramos que nada ni nadie rompiera aquello tan bonito que teníamos.

Antes de marcharnos, mientras nos despedíamos en la puerta, todavía tuvieron tiempo de decirnos que no tardáramos mucho en hacerlos abuelos porque estaban deseando ver a un pequeño o una pequeña rubia corriendo por el jardín.

Nos echamos a reír y les dijimos que lo pensaríamos.

De camino a casa le conté a Storm que Oskar me había dicho prácticamente lo mismo, que quería ser tío, y que no entendía qué manía les había entrado a todos de repente con que aumentáramos la familia.

Aquella noche, cuando volvimos a acostarnos juntos, hablamos otra vez del tema y los dos estuvimos de acuerdo en que sí queríamos ser padres algún día. Era algo que deseábamos muchísimo, así que decidimos no poner medios y dejar que los hijos llegaran cuando quisieran.

El brazo de Storm rodeándome los hombros y acercándome a él mientras esperábamos en la fila de facturación me hizo regresar al presente. Apoyé la cabeza contra su cuerpo y sonreí.

Era feliz.

Aquellos cinco meses a su lado habían sido, sin ninguna duda, los mejores de mi vida.

Todo había resultado fácil entre nosotros. Nunca faltaban las conversaciones, las bromas, las risas ni el sexo, que había habido muchísimo, tanto solos como, en alguna ocasión —pocas—, con Oskar. Tampoco habían faltado algunas discusiones sin importancia.

Si en el pasado ya existía complicidad entre nosotros, ahora que los dos éramos más adultos y veíamos las cosas desde otra perspectiva, todavía había mucha más.

—¿Estás bien? Estás muy pensativa.

—Sí. Solo estaba pensando en lo feliz que soy. Estos cinco meses a tu lado han sido los mejores de mi vida.

Sonrió al escucharme y se inclinó para darme un suave beso en los labios.

—Para mí también. Lo único de lo que me arrepiento es de no haberte ido a buscar antes.

Aquella era una de las cosas que me había confesado durante una de las muchas conversaciones que tuvimos al principio de nuestra reconciliación.

Me contó que, durante los primeros meses después de mi marcha, dudó muchísimo y estuvo muchas veces a punto de coger un avión para ir a buscarme. Incluso llegó a presentarse en el aeropuerto y pasar allí horas pensando si debía hacerlo.

Cuando le pregunté por qué nunca terminó subiéndose a aquel avión, me respondió con pesar que, al no tener noticias mías, creyó que me había perdido para siempre por haber sido un idiota y que no se merecía a alguien como yo después de todo el daño que me había hecho.

También pensaba que seguramente me iba muy bien en Nueva York y le aterraba presentarse allí para llevarse el mayor chasco de su vida si yo ni siquiera quería mirarlo.

Y así fueron pasando los meses.

Después, los años.

Sin ir a buscarme.

—He pensado mucho en todo eso y creo que entonces no era nuestro momento. Pero ahora sí lo es.

—Claro que lo es, rubita. Y que ni el destino ni nadie diga lo contrario, porque los mandaré bien lejos de una patada. No pienso perderte por nada del mundo. Te quiero.

—Yo también te quiero, rubio.

—Joder… ¿Cómo podéis estar tan frescos y de tan buen humor a estas horas?

La pregunta de Anna nos hizo sonreír porque llegó acompañada de un resoplido bastante sonoro.

—Están enamorados, por eso están así. Ni el sueño les afecta —contestó Oskar riéndose.

—Coño, yo también estoy enamorada, pero el sueño es el sueño.

Era cierto que Anna estaba enamorada y que su relación con Alfred no podía ir mejor.

Lo que eran las cosas.

Lo que empezó como una cita sin más pretensión que pasar un buen rato y, quizá, terminar con un revolcón, había acabado convirtiéndose en una bonita relación en la que ya tenían bastantes planes de futuro.

El más inmediato era que Alfred se mudaría con ella cuando volviéramos del viaje, en el que pasaríamos tres días fuera.

Yo hacía cuatro meses que había dejado su apartamento, aunque quizá decirlo así era mucho decir porque, desde que Storm y yo volvimos, no había vuelto a dormir allí ni una sola noche.

Apenas un mes después de pasarme el día subiendo y bajando de un apartamento al otro, mi rubio me pidió que me quedara definitivamente en el suyo, con él, que era donde quería que estuviera.

Así que llevábamos cinco meses juntos y cuatro viviendo bajo el mismo techo.

Y la convivencia había ido estupendamente porque nos entendíamos a la perfección en todos los sentidos.

—Eres una marmota, así que a nadie le sorprende que parezcas un zombi.

—Es que esta hora no es normal para viajar. ¿Por qué ponen vuelos tan temprano? Debería estar prohibido por ley —protestó Anna.

—Esas horribles gafas que llevas sí que deberían estar prohibidas. ¿De qué tienda de disfraces las has sacado? Dios… Hacen daño a la vista.

Jadeó indignada.

—Pero ¿qué dices? Mis gafas son preciosas y me hacen un servicio estupendo para que nadie vea mis ojeras ni mis ojos achinados.

Los tres nos echamos a reír al verla dar los siguientes pasos toda estirada y muy digna, con la cabeza bien alta para que todo el mundo en el aeropuerto pudiera verla a ella y, de paso, sus horribles gafas.

Aunque, a juzgar por las miradas que recibía, seguramente la estaban tomando por loca.

—Si viene seguridad a buscarla porque creen que es una loca peligrosa, rubita, tú haz como que no la conoces —me susurró Storm entre risas.

—Tener hermanos para esto… —Volvió a jadear Anna, que lo había oído—. Eres un capullo, Storm.

—Nunca he negado que lo sea —respondió encogiéndose de hombros.

La relación entre los hermanos siempre había sido así.

Se adoraban, pero parecía que el deporte familiar consistía en picarse mutuamente por cualquier cosa.

Oskar y yo nos mantuvimos al margen de la guerra verbal que continuaron hasta que subimos al avión. Era mucho más divertido observarlos que intervenir y, además, aquella era su guerra particular.

Como decía el refrán: «Entre padres y hermanos, no metas las manos».

Así que lo mejor era dejarlos a su aire.

Ni diez minutos después de que el avión despegara, Anna y Oskar se quedaron dormidos apoyados el uno en el otro.

—¿No quieres dormir un poco? Tienes cara de cansada.

Y lo cierto era que sí lo estaba. Llevaba así varios días y tenía una ligera sospecha de cuál podía ser el motivo, aunque había preferido esperar a que volviéramos para confirmarlo.

Asentí y Storm me rodeó los hombros para que pudiera apoyarme contra él y dormir un rato durante el vuelo.

Capítulo 30



Por petición de Oskar, que era quien más veces había viajado a Londres, reservé el hotel que él me recomendó porque, según dijo, nos iba a gustar mucho a todos.

Conocía unos cuantos de sus anteriores visitas y, para que pudiéramos relajarnos aquella tarde antes de la entrega de premios y la posterior fiesta, había elegido uno con *spa*.

—¿Un *spa*? —preguntó Anna emocionada mientras hacíamos el registro en el hotel.

No había querido adelantárselo para que fuera una sorpresa y poder ver en directo la cara de alegría que pondría al descubrirlo. Y así fue.

—¡Sorpresa! Fue idea de Oskar.

—Dios… Porque no estoy libre, que, si no, por tus buenas ideas te daba un beso en los morros.

Oskar puso tal cara de asco que nos hizo reír a todos.

—Quita para allá, anda. Eso sería como medio incesto o algo parecido. Para mí eres como mi hermana pequeña y sería raro de cojones que pasara algo así.

—Sí, sería muy raro. Mejor te doy una palmadita —contestó mientras se la daba, aunque bastante más fuerte de lo normal.

—Joder, qué fuerza tiene la tía. Casi me saca una costilla del sitio. ¿Serán las gafas, que le dan superpoderes?

Anna lo fulminó con la mirada por meterse de nuevo con sus gafas y Storm y yo nos echamos a reír a carcajadas.

—Vamos a las habitaciones, a ver si una ducha os sienta bien y dejáis de decir tonterías.

—Sí, será lo mejor porque, al final, te quitamos el puesto de reina de las chorradas.

—Serás boba. Yo no digo chorradas.

Me miró con una ceja alzada.

—No, claro que no. Cuando te pones a desvariar porque estás estresada o nerviosa, no hablas de flores ni de ninguna cosa rara que nos hace pensar que se te está yendo la chota.

—Es mi forma de soltar los nervios. Las cosas me salen solas, no puedo evitarlo —contesté encogiéndome de hombros.

Entre risas, los cuatro subimos a la segunda planta, donde estaban las habitaciones que yo misma había reservado.

Eran tres en total: una para Oskar, otra para Anna y, como era normal, otra para nosotros dos.

—¿Vais a echaros a dormir o bajamos un rato al *spa*?

—Yo voto por el *spa*. Prefiero aguantar un poco más y, después de comer, echarme una pequeña siesta para ir bien a la gala.

—Yo me apunto también —dijo Oskar.

—¿Rubio?

—A mí también me apetece el *spa*, pero, si prefieres que nos quedemos descansando, lo hacemos. Sigues teniendo cara de cansada.

—Prefiero hacer como Anna y echarme después de comer.

—Pues no hay más que decir. En media hora nos vemos abajo, en el *spa*.

Anna y Oskar asintieron y cada uno se marchó a su habitación para dejar el equipaje.

A la gala había que ir vestidos de etiqueta, así que todos llevábamos ropa elegante. Los chicos, esmoquin, y nosotras, vestidos de fiesta que Anna, como la loca de los vestidos que era, se había encargado personalmente de comprar.

Encima, me había hecho prometer que no vería el que había elegido para mí hasta el momento de ponérmelo aquella noche.

Y había cumplido.

Seguía dentro de la funda en la que me lo entregó días atrás y no había echado ni una pequeña miradita.

El resto del día, hasta que llegó la hora de la gala, fue fenomenal.

Pasamos la mañana en el *spa* y los cuatro salimos de allí de lo más relajados. Bueno, Storm y yo un poco más que los demás porque nos marcamos un desahogo memorable en un *jacuzzi* privado.

Comimos en el mismo hotel, que tenía una carta con todo tipo de platos y era una auténtica maravilla.

Después, tal y como habíamos acordado, todos nos fuimos a descansar porque lo necesitábamos. Sobre todo yo, que a cada minuto me sentía más cansada y con el estómago más revuelto.

Las sospechas que tenía cada vez cobraban más fuerza y, cuando bajé con Anna a la peluquería del hotel después de la siesta, decidí comprar una prueba de embarazo.

No podía más con los nervios por saberlo.

Cuando regresé a la habitación, Storm ya estaba en la ducha.

—Cariño, ya estoy aquí.

—Ya salgo. ¿Qué tal la sesión de belleza?

—Genial. Nos han tratado como a reinas.

—Nada que no merezcáis.

Salió de la ducha y lo primero que hizo fue besarme, sin molestarse siquiera en coger una toalla.

—Estás preciosa. Bueno, no, rectifico: lo eres.

—Rubio, no me piropees, que sabes que no te hace falta para que caiga rendida a tus pies.

Se echó a reír mientras me levantaba para sentarme sobre el lavabo.

—¿Te tengo a mis pies?

—Me tienes loca.

—A ver si puedo volverte un poco más loca y así vas relajada a la gala.

Me quitó la camiseta que llevaba puesta, que era lo único con lo que había entrado en el baño, y se lanzó directamente a lamer y succionar mis pezones.

Con una mano recorrió todo mi cuerpo desde la clavícula hasta el monte de Venus y, sin dejar de lamerme, empezó a acariciarme el clítoris con dos dedos.

—Me encanta lo receptiva que eres. Siempre estás lista para mí. Estás chorreando —dijo mientras introducía dos dedos de golpe en mi interior.

Dejó descansar mis pechos para devorarme la boca mientras movía los dedos dentro de mí cada vez más rápido.

No paró ni un segundo hasta hacerme llegar al orgasmo.

—Agárrate al lavabo, rubita. No voy a ser delicado.

—No quiero que lo seas. Dame fuerte.

—Eso es música para mis oídos.

Entró en mí de una sola estocada y menos mal que estaba agarrada porque, si no, de verdad que me habría empotrado contra el lavabo. Vaya manera de darme.

Con fuerza, pero sin hacerme daño. Eso nunca lo hacía. Siempre era apasionado, pero jamás se pasaba de la raya y me preguntaba a cada rato si estaba bien.

Acabamos los dos a la vez, gritando el nombre del otro.

—Dios… Rubita, cuánto te quiero.

—Y yo a ti, rubio. Más que a nadie. Eres mi todo.

Nos besamos un rato más y Storm salió de la habitación para ir vistiéndose mientras yo me daba una ducha rápida, con cuidado de no estropearme el peinado.

Al salir, sin que Storm me oyera, cerré el pestillo del baño. Quería hacerme la prueba y, si salía positiva, se lo diría al día siguiente. Con la gala a tan solo una hora, no era plan de ponerlo más nervioso, que ya lo estaba bastante por la nominación.

Leí las instrucciones dos veces e hice exactamente lo que indicaban.

Después dejé la prueba sobre el lavabo y me senté en la tapa del inodoro a esperar.

Decir que estaba nerviosa era quedarse corta.

Estaba atacada.

Los dos sabíamos que podía ocurrir en cualquier momento porque habíamos decidido no poner medios, pero nunca imaginé que pudiera suceder tan pronto.

Esperé los cinco minutos que indicaban las instrucciones mientras pensaba en lo contento que se pondría Storm si el resultado era positivo.

Me lo había dicho en varias ocasiones. Ojalá ocurriera pronto porque tenía muchísimas ganas de tener a una mini rubita entre sus brazos.

Cogí la prueba con los ojos cerrados y solté de golpe el aire que estaba conteniendo.

Después los abrí.

Miré el resultado y sentí cómo algo se me estrujaba dentro del pecho.

Iba a ser mamá.

Pasaron unos minutos hasta que conseguí recuperarme de la impresión. Respiré varias veces para calmarme, guardé todo dentro del neceser que sabía que Storm nunca tocaría y salí para vestirme.

—Has tardado mucho. ¿Estás bien?

—Sí. Solo me he duchado más despacio para no echar a perder el peinado que me han hecho.

—Hasta calva estarías guapa.

Lo miré alzando una ceja y se echó a reír.

—Bueno, yo te querría igual. Aunque echaría de menos tu pelo rubio. Si no lo tuvieras, tendría que buscar otra manera de llamarte.

—Vamos, que, según tú, cuando seas un viejecito y se te ponga el pelo blanco, ya no podré llamarte rubio.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Está bien. Seremos rubita y rubio incluso cuando tengamos el pelo blanco.

—Eso me gusta más.

—Y a mí me gustas tú.

—Sí, ya me ha quedado claro en el *spa* y también en el baño hace un rato. Cuando volvamos de la gala, pienso tomarme la revancha y mandar yo. Avisado estás.

Alzó las dos cejas y abrió los brazos mientras se reía.

—Soy todo suyo, señorita Mortensen, para que haga conmigo lo que quiera.

—De momento, ajustarte la pajarita, que la llevas hecha un desastre. Lo demás tendrás que esperar para averiguarlo.

—Joder, qué larga se me va a hacer la noche.

Entre bromas e insinuaciones terminamos de prepararnos.

Cuando abrí la funda de mi vestido, quise ir directamente a la habitación de Anna para matarla.

Que sí, que el vestido era precioso, eso no podía negarlo, pero, leches, de recatado no tenía absolutamente nada.

Era de color azul índigo, largo hasta los pies y con un poco de cola por detrás.

Hasta ahí, bien.

Pero tenía un escote que casi me llegaba hasta el ombligo y, en cuanto a la espalda… Bueno, directamente no había tela que la cubriera.

—Joder… No te separes de mí esta noche, rubita. No quiero tener que matar a nadie.

—Tu hermana se ha pasado. Verás cuando la pille.

—Si estás guapísima y el vestido es precioso. Mira —dijo llevando mi mano hasta su entrepierna—. Solo con verte estoy duro como una piedra. Te queda como un guante.

—Sí, me queda bien y me gusta. Si fuera para salir nosotros dos solos, me daría igual, pero allí habrá muchísima gente y no quiero que me miren.

—Pues ya no tiene solución.

—Ya. Menos mal que llevo las uñas largas. Me servirán si tengo que sacar algún ojo que se pose donde no debe.

—Pues espero que las lleves bien afiladas porque vas a tener mucho trabajo.

Resoplé.

—Vamos, anda, que estos ya estarán esperándonos abajo. No mates a mi hermana hasta que me den el premio. Después ya te doy permiso.

Me eché a reír.

—No me des ideas porque te juro que a la primera que le saco los ojos es a ella.

Bajamos al vestíbulo del hotel y, efectivamente, Anna y Oskar ya estaban esperándonos.

No tuve que matarla ni hacerle nada porque me quedó el consuelo de pensar que seguramente la mirarían más a ella que a mí, ya que su vestido era todavía un poquito más llamativo que el mío.

—Storm.

—Dime.

—¿Has traído las armas?

—No, pero debería haberlo hecho. Solo con palabras no creo que consigamos espantar a todos los moscones que se les acerquen.

—Déjalos que miren y sufran.

—Joder, Anna, eres mala —dije riéndome.

—Mala no. Soy auténtica y, al que no le guste, que cierre los ojos. Estos vestidos son lo más.

—Sí, lo más llamativo querrás decir. Joder, Anna, te has pasado.

—Anda, cállate. Ya verás qué guapas salimos en las fotos cuando a mi hermano le den el premio.

Seguimos hablando de los vestidos y de los posibles moscones hasta que llegamos al recinto que habían acondicionado para recibir a tanta gente.

De verdad que era impresionante.

Yo había imaginado que habría muchísima gente, pero me quedé con la boca abierta cuando vi la cantidad de personas que había allí.

Capítulo 31



Lo más sorprendente de la gala era que, pese a mis quejas, apenas nadie se fijó en nosotras.

La razón era que, por decirlo de alguna manera, Anna y yo íbamos de lo más normales.

Los vestidos de la mayoría de las mujeres que acompañaban a los candidatos y al resto de invitados eran para que se te desencajara la mandíbula.

La que no enseñaba medio culo porque el vestido era demasiado corto enseñaba la mitad de las tetas por diferentes lados de lo que ellas llamaban escote.

Yo diría que aquello era un cacho de tela que habían cosido al resto del vestido con dos puntadas mal dadas.

Pero las peores, sin duda, eran las que llevaban partes del vestido con transparencias y que no estaban precisamente en los sitios menos deseables.

Nada más entrar, como Storm era uno de los candidatos, la prensa que estaba allí para cubrir el evento le hizo las preguntas de rigor y le tomó un par de fotos.

Yo me quedé en un segundo plano.

Él sabía que no me gustaba llamar la atención y no se molestó por ello.

Pasado todo aquel jaleo, caminamos junto al resto de la gente hasta la gran sala donde cada uno tenía sus asientos asignados.

Nos tocó en segunda fila.

Había seis premios en total, de distintas categorías, y el de Storm era el último, así que, mientras veíamos cómo entregaban todos los demás, Anna y yo nos dedicamos a comentar los peinados y vestidos de las mujeres y también de algunos hombres.

Que no penséis que todos iban como Storm y Oskar, de esmoquin, porque no era así. Algunos llevaban unos ropajes bastante difíciles de catalogar.

Finalmente llegó el momento más esperado para nosotros.

Alargué la mano para apretar la de Storm. Quería que supiera que, pasara lo que pasara, yo estaría allí para él.

—Gracias por estar aquí, rubita —dijo llevándose mi mano a la boca para besarme los nudillos.

—Gracias a ti por dejarme estar.

—Y el ganador del premio en la categoría de mejor proyecto del año en energías renovables es…

Recé mientras cerraba los ojos.

No es que quisiera que la empresa se llevara el premio solo por Storm, que también, sino por todos los trabajadores que se habían dejado la piel para conseguir que aquel proyecto, que era una auténtica pasada, saliera adelante.

—Nielsen Renewables. Recogerá el premio el actual CEO e hijo del fundador, Storm Nielsen.

Los cuatro nos levantamos de nuestros asientos aplaudiendo y nos abrazamos entre nosotros.

—¡Joder, sí! ¡Lo conseguimos! —exclamó Oskar.

—¡Somos los mejores! —añadió Anna.

—Enhorabuena, rubio. Os lo merecéis —dije antes de darle un beso corto en los labios.

—Gracias, amor.

Storm subió al escenario para recoger el premio. Durante el discurso no se olvidó de nadie y hasta terminó emocionándose.

Nosotros tres, al verlo así, todavía más.

—Lo ha hecho muy bien.

—Sí, es que mi chico vale oro.

—Pues vamos a buscar al lingote para ir a tomar algo, que estoy seca.

—Vamos, lo pillamos de camino.

Los tres salimos de nuestros sitios y, esquivando a la gente, fuimos al encuentro de Storm, que estaba junto al escenario hablando con los otros ganadores.

Cuando nos vio, se despidió y vino hacia nosotros. Pero no le dio tiempo a decir nada porque dos hombres se unieron al grupo prácticamente al mismo tiempo que él y, cuando los reconocí, tuve que agarrarme al brazo de Anna para no caerme.

Oskar y yo cruzamos una mirada que decía exactamente lo mismo.

Mierda, mierda y más mierda.

—¿Qué ocurre? ¿Quiénes son? —me susurró Anna.

No me dio tiempo a contestar porque ellos mismos lo hicieron por mí.

—¡Oskar! ¿Pero qué haces aquí? No tenía ni idea de que tu empresa estaba entre las nominadas y, encima, os habéis llevado el premio. Joder, enhorabuena.

—¿Liam? ¿Y tú qué haces aquí?

—La empresa en la que trabajamos Jake y yo también estaba nominada al premio de tecnología avanzada, pero no hemos tenido tanta suerte como vosotros. Se lo ha llevado nuestra competencia más directa.

—Hola, yo soy Storm —dijo mi chico.

Los dos le estrecharon la mano, aunque no habían dejado de mirarme desde que se acercaron.

Y, aunque durante aquellos minutos recé todo lo que supe —y sabía que Oskar también lo estaba haciendo—, no tuvimos suerte.

Nuestras plegarias no fueron escuchadas.

Jake, el amigo gilipollas de Liam, el primo de Oskar abrió su bocaza para joderlo todo mientras soltaba una carcajada.

—Joder, Oskar, sí que te dio fuerte aquella noche. La puta que contratamos te lio, pero bien. Si te la has llevado a Copenhague contigo, debe de ser buenísima en lo suyo.

»Una pena que no la probáramos, aunque eso todavía se puede arreglar. ¿Qué me dices, guapa? ¿Me haces precio de gala esta noche?

Cerré los ojos para no ver la cara de los demás o, más concretamente, la de Storm, además de porque quería morirme allí mismo.

Pensé que aquella noche sí que me harían falta las flores.

—¿Qué coño dices, gilipollas? —espetó Storm.

Jake volvió a soltar una carcajada.

—Jake, cállate, joder —le dijo Liam, que, por la mirada que le lanzó Oskar, debía de haberse dado cuenta de que su amiguito estaba metiendo la pata hasta el fondo.

—Pues la verdad. ¿Qué voy a estar diciendo? Si es una puta, cobra por ello y yo tengo ganas de mambo, pues se lo propongo y punto.

—¿Son los tíos que estaban en la despedida de Oskar? —me preguntó Anna en voz baja.

Asentí mientras intentaba contener las lágrimas porque, dentro de mí, ya sabía que se avecinaba el desastre.

—Mierda… Qué puto gilipollas.

Storm frunció el ceño ante las palabras de Jake y miró a Oskar.

—¿Qué coño está diciendo este tío de mi chica?

Jake volvió a reír.

—¿Tu chica? ¿La puta que se tiró Oskar en la despedida de Liam es tu pareja? Vaya huevos tienes, macho, y qué tragaderas. Hay que tenerlas para estar con una mujer que se ha tirado a medio Nueva York. Eso sí, era de las caras y limpias.

Oskar resopló.

Liam agarró a su amigo del brazo y, prácticamente a empujones, se lo llevó de allí después de pedirnos disculpas con la mirada.

Anna me sujetó con fuerza al ver que estaba a punto de desmayarme.

Storm me miró directamente a los ojos e hizo la pregunta que más había temido desde que el idiota de Jake abrió la bocaza.

—¿Es cierto?

No podía hablar. Tenía tal nudo en la garganta que las palabras no conseguían salir.

—¡Contesta, joder!

—Storm, cálmate. No creo que este sea el mejor sitio para hablar de esto. La gente nos está mirando.

Giró la cabeza hacia Anna y soltó una risa amarga. Muy amarga.

—Me importa una mierda la gente. ¿Este no es el mejor sitio, dices? Con esas palabras me acabas de dejar claro que es cierto y que tú lo sabías.

—Storm…

Entonces se giró hacia Oskar y lo fulminó con la mirada.

—¿Y tú? Tú, que dices que eres mi amigo. Eres un amigo de mierda. ¿Cómo cojones me has dejado liarme con ella sabiendo que ha sido una puta en Nueva York?

Cuando lo oí llamarme así, con el desprecio y el asco que había puesto en aquella palabra, supe que todo entre nosotros se había ido a la mierda y que de aquello ya no nos recuperaríamos en la vida.

Volvió a mirarme.

En sus ojos ya no quedaba el amor con el que me había observado apenas unos minutos antes, cuando nos besábamos para celebrar el premio.

Ahora eran pura tormenta y me miraban como nunca lo habían hecho desde que nos conocíamos.

Como si fuera una desconocida.

—¿Por qué, Astrid? ¿Por qué lo hiciste?

Astrid.

Me había llamado por mi nombre y no rubita, y ahí mi corazón hizo crack.

A aquellas alturas, qué más daba contestar con la verdad o no. Total, lo había perdido, así que fui sincera.

—Porque tenía que pagar una letra muy alta del préstamo y, además, vivir.

—¿No pudiste trabajar en otra cosa, joder?

—Lo hice. Llegué a trabajar hasta en tres sitios a la vez y, aun así, no me llegaba el dinero ni para comer.

—No me puedo creer que vendieras tu cuerpo. Joder, qué asco estoy sintiendo ahora mismo.

Anna jadeó, Oskar lo fulminó con la mirada y yo sonreí con tristeza.

—Lo entiendo.

—No entiendes una mierda, joder. No te conozco. Tú ya no eres mi rubita. Ella nunca habría hecho algo así. ¿Cómo fuiste capaz?

Negué con tristeza antes de contestarle y darme la vuelta para salir corriendo de allí.

—Solo sobreviví.

Me metí entre la gente y la fui esquivando como pude mientras las lágrimas apenas me dejaban ver por dónde caminaba o si estaba pisando a alguien.

A mi espalda oí a Anna y a Oskar llamándome, pero no me detuve.

Seguí adelante hasta salir del recinto y me monté en el primer taxi que encontré.

Capítulo 32



No sabría decir cuánto tiempo tardó el taxi en llevarme hasta el hotel. Solo recuerdo bajarme, pagarle y subir a la habitación como si mis piernas se movieran solas, sabiendo perfectamente adónde tenían que llevarme.

Entré todavía llorando y lo primero que hice fue quitarme el vestido a toda prisa. Abrí el armario y me puse lo primero que encontré, sin pararme a pensar qué prendas eran ni si combinaban entre sí. Como para pensar estaba yo. Lo único que quería o, más bien, necesitaba era irme de allí, huir y desaparecer.

Saqué la maleta y empecé a meter todas mis cosas sin ningún orden. Ni siquiera doblé la ropa; con que consiguiera cerrarla, sería más que suficiente. Después fui al baño para recoger el neceser y, cuando recordé lo que había dentro, ya no pude aguantar más.

Si durante el trayecto hasta el hotel había llorado, allí terminé de derrumbarme.

Caí de rodillas sobre el frío suelo del baño mientras un llanto desgarrador salía de mi garganta y cientos de preguntas acudían a mi cabeza de golpe. ¿Por qué tenía tan mala suerte? ¿Por qué la vida se empeñaba en ponérmelo todo tan difícil? ¿Por qué cada vez que parecía que las cosas empezaban a irme bien tenían que irse de repente a la mierda? ¿Qué iba a pasar a partir de entonces? ¿Dónde iba a ir?

Porque estaba claro que marcharme tenía que hacerlo. En Copenhague no podía quedarme.

No tenía apenas dinero, tampoco un lugar adonde ir ni conocía a nadie fuera de la ciudad a quien pudiera recurrir. Bueno, eso último no era del todo cierto. Sí conocía a dos personas que sabía que me ayudarían si se lo pedía, tal y como me habían repetido varias veces durante aquellos meses.

Había seguido manteniendo el contacto con James y Crystal y sabía que podía contar con ellos, pero ni loca volvería jamás a Nueva York, así que aquella posibilidad quedaba completamente descartada.

Me levanté como pude del frío suelo y, mientras me llevaba una mano al vientre, le hice a mi hijo una promesa silenciosa. Si para sobrevivir yo había tenido que hacer lo que hice, por él y para sacarlo adelante haría cualquier cosa que fuera necesaria, incluso volver a lo mismo o a algo peor.

Regresé a la habitación y metí en la maleta las pocas cosas que todavía quedaban fuera. Estaba a punto de cerrarla cuando unos golpes fuertes contra la puerta me hicieron detenerme en seco.

La sangre se me congeló y el aire dejó de llegarme a los pulmones.

No, no, no…

Que no sea él, por favor.

Ese fue el único ruego que fui capaz de hacer mientras miraba al cielo porque no quería o, mejor dicho, no podía tener otro enfrentamiento con Storm. No soportaría volver a ver aquella mirada de desprecio y asco que me había dedicado en la gala sin derrumbarme, desmayarme o morirme allí mismo.

No podía mirarlo a los ojos y descubrir de nuevo que ya no quedaba en ellos nada de todo aquello tan bonito que había habido apenas unos minutos antes de que se descubriera la verdad y que había desaparecido en cuestión de segundos.

Los golpes volvieron a sonar, todavía más fuertes.

—¡Astrid! Abre, joder. Sé que estás ahí dentro. El recepcionista me ha dicho que has subido hace unos minutos.

Anna.

Cerré los ojos y di gracias al cielo por haber escuchado mi ruego. Era mi amiga y no el amor de mi vida, al que acababa de perder.

Me giré a toda prisa y abrí la puerta de un tirón, pero allí no estaba solo Anna. A su lado también se encontraba Oskar y los dos me miraban con cara de circunstancias. En sus ojos, además de tristeza, había una preocupación que no intentaban disimular.

Miré por encima del hombro de Oskar, temiendo encontrar también a mi rubio o, mejor dicho, al hombre que lo había sido durante un breve periodo de tiempo y que ya no volvería a serlo nunca más.

—No está. Se ha quedado en la gala —me dijo Oskar, adivinando lo que estaba pensando.

Me sorbí las lágrimas, me pasé las manos por las mejillas y cogí aire antes de hablar.

—¿Y vosotros por qué no os habéis quedado?

Anna me fulminó con la mirada y Oskar negó con la cabeza, como si acabara de decir la mayor gilipollez de todas las que había soltado a lo largo de mi vida.

—¿Eres idiota o qué te pasa? ¿Cómo vamos a quedarnos allí después de verte salir corriendo de esa manera?

—Pero… era vuestra noche. El premio…

—El premio me importa una puta mierda. Para mí no hay nada ni nadie más importante que tú. Y, si piensas que iba a quedarme allí bebiendo champán mientras tú estás aquí derrumbándote, me voy a enfadar de verdad porque pienses algo así de mí.

—Yo no… Sé que…

Ni siquiera sabía qué decir, pero Anna y Oskar no me dejaron buscar las palabras. Hicieron justo lo que más necesitaba en aquel momento y, uno por cada lado, me envolvieron entre sus brazos.

Allí, abrazada a ellos y sabiendo que, pasara lo que pasara, siempre estarían a mi lado de una manera u otra, dejé salir entre llantos y lamentos todo el dolor que llevaba dentro. No sé cuánto tiempo permanecimos así. Solo recuerdo que, cuando finalmente nos separamos, me sentía un poco más tranquila y con algunas fuerzas más para continuar.

Entramos los tres en la habitación y Anna cerró la puerta. Y sí, era lo mejor. Bastante espectáculo había dado ya aquella noche como para que algún cliente pasara por el pasillo y me viera en semejante estado.

—¿Qué coño haces? ¿Dónde pensabas irte?

Anna estaba enfadada, pero no porque hubiera decidido marcharme. Tanto ella como Oskar sabían perfectamente que, dadas las circunstancias, probablemente era lo mejor. Lo que seguramente la cabreaba era pensar que pretendía hacerlo sin decirle nada.

Pues no.

Eso no iba a pasar.

Claro que pensaba avisarla. Tenía intención de mandarle un mensaje antes de marcharme y explicarle, al menos, lo que pensaba hacer durante las siguientes horas.

A la empresa estaba claro que no podía volver. Ni yo quería hacerlo para no tener que ver a Storm todos los días ni, seguramente, él permitiría que siguiera allí después de lo ocurrido. Al apartamento que había compartido con él, mucho menos. Y al de Anna tampoco podía regresar porque significaría arriesgarme a cruzármelo en cualquier momento y, además, Alfred se mudaría con ella en unos días y ni loca iba a fastidiarles los planes. Bastante había hecho ya mi amiga por mí.

—No lo sé, Anna. No sé dónde voy a ir ni qué voy a hacer, pero sabes que tengo que marcharme. No puedo quedarme aquí y mucho menos ahora.

—¿Mucho menos?

Mierda.

Con aquellas palabras había metido la pata.

Los dos se quedaron observándome, estudiándome y buscando en mi expresión el motivo de lo que acababa de decir, pero decidí salir del paso como pude.

—Da igual. El caso es que tengo que irme y los dos lo sabéis. De momento pensaba coger un autobús hasta Copenhague, recoger mis cosas en casa de tu hermano y después irme a un hotel. Allí decidiré cuál es el siguiente paso.

Lo dejaron pasar, al menos de momento, y di gracias por ello porque todavía no quería contarles que estaba embarazada. No porque pretendiera ocultarlo para siempre.

Eso no.

Aunque las cosas hubieran terminado entre nosotros, Storm tenía derecho a saber que iba a ser padre. Después, si cuando se lo dijera decidía no querer saber nada de su hijo, aunque no pudiera entenderlo, tendría que respetarlo.

Pero se lo contaría más adelante, cuando las cosas se hubieran calmado un poco, cuando yo supiera qué hacer y hubiera decidido qué rumbo darle a mi vida. Además, antes quería ir al médico y asegurarme de que todo estaba bien.

—¿A un hotel? Ni de broma vas a irte tú sola a un hotel. Entiendo que no quieras quedarte en casa de Anna para no arriesgarte a cruzártelo, pero puedes ir a la mía. Storm no sabrá que estás allí.

Me eché a reír sin ganas.

—Oskar, no es buena idea. Sabes que Storm va a tu casa a menudo.

—Pues, aunque solo sean un par de días, hasta que decidas qué hacer.

Pensé, dudé y volví a pensarlo. Finalmente acepté porque irme a un hotel significaba gastar un dinero que sabía que iba a necesitar más adelante y ahora ya no tenía que pensar únicamente en mí, sino también en mi hijo.

—Está bien, pero solo un par de días, mientras pienso dónde voy a ir y qué voy a hacer.

Anna soltó un quejido.

—Joder, no tienes por qué irte de Copenhague. Puedes quedarte. Yo te ayudaré, Astrid. Buscaremos un sitio donde puedas vivir y, entre Oskar y yo, te ayudaremos a encontrar otro trabajo si eso es lo que quieres.

Pero no.

No era eso lo que quería.

Yo quería que nada hubiera cambiado. Quería que todo siguiera exactamente como apenas dos horas antes, continuar siendo feliz y seguir pensando en la familia que Storm y yo íbamos a formar.

Pero aquello ya no podía ser, así que, una vez más, me tocaría buscar una salida, seguir adelante y hacer lo que hiciera falta para sobrevivir.

—Anna… Sabes que tengo que marcharme. Hay varios motivos por los que no puedo quedarme y los dos sabéis cuáles son.

El primero, y más importante, era que no quería arriesgarme a cruzarme con Storm en cualquier momento. Verlo me rompería todavía un poco más, sobre todo si con el tiempo lo encontraba acompañado de otra mujer y comprobaba que había seguido adelante sin mí.

El segundo era que Copenhague resultaba demasiado cara para vivir y los alquileres estaban por las nubes. Si no estuviera embarazada —cosa que, por supuesto, no les dije—, no me habría importado compartir piso con quien fuera, pero en aquellas circunstancias no quería hacerlo.

Y el tercero era que, aunque ellos me ayudaran a encontrar trabajo sin haber terminado mis estudios, todos sabíamos a qué tipo de empleos podría aspirar y que el sueldo probablemente no me llegaría para salir adelante.

Los dos entendieron mis motivos y, aunque con pesar, terminaron aceptando que, para que pudiera estar bien, quizá necesitara marcharme de Copenhague al menos durante un tiempo.

Así fue como, con las llaves de la casa de Oskar en la mano, me subí al autobús al que ambos me acompañaron. Quedamos en vernos al día siguiente, cuando ellos regresaran en avión después de tener, según me dijeron, una conversación con Storm que consideraban más que necesaria.

Capítulo 33



Con un vaso de leche en la mano, me senté en una de las sillas de la cocina de la casa en la que ya llevaba tres meses mientras observaba por la ventana el cielo completamente cubierto.

Estábamos en pleno diciembre y, aunque los días anteriores había nevado suavemente, por el aspecto que tenía el cielo y por lo que habían anunciado en las noticias, aquel día lo haría con fuerza.

Suspiré antes de dar otro trago.

Solo de pensar que tendría que pasar las Navidades sola otra vez, como había hecho durante los últimos años que estuve en Nueva York, se me formaba un nudo en el estómago.

Por instinto, llevé la mano libre al vientre y lo acaricié.

Pum…

Una risita se me escapó al sentir el saludo de mi hija. Durante los últimos días, cada vez que me tocaba la barriga, parecía notarlo y me respondía de la misma manera, dándome una buena patada.

La sonrisa fue desapareciendo poco a poco cuando el rostro de su padre acudió a mi mente.

Storm…

Hacía tres meses que lo había visto por última vez y, desde entonces, no sabía nada de él ni él de mí, claro. Me había borrado de su vida para siempre, no quería saber nada de mí y, por mucho que me doliera, tenía que aceptarlo.

Cerré los ojos y recordé todo lo que había ocurrido desde aquella noche en la gala en la que todo se fue a la mierda, mi vida volvió a cambiar y lo perdí cuando descubrió lo que había hecho para sobrevivir.

Unas horas después de subirme al autobús llegué a Copenhague y fui directamente a su casa para recoger mis cosas. No quería darle la oportunidad de que fuera él quien me echara, así que decidí adelantarme.

Recogí únicamente las cosas que ya eran mías antes de que empezáramos nuestra relación. La ropa que me había regalado, un par de joyas —una pulsera y un anillo— y algunos regalos más los dejé sobre la mesilla de su lado de la cama.

No lo hice por soberbia, ni mucho menos. Primero, porque no quería llevarme demasiadas cosas y, segundo, porque no quería que en un futuro pudiera echarme en cara que aquello no era mío porque lo había pagado él.

Esa noche, tal y como habíamos quedado, me fui a casa de Oskar y permanecí allí durante tres días.

Cuando él y Anna volvieron de Londres, fueron directamente a verme. Aquella noche fue larga y apenas dormimos. Hablamos muchísimo y también me ayudaron a decidir dónde podía ir y qué hacer con mi vida.

Anna propuso contarles a sus padres lo ocurrido y que me quedara con ellos durante una temporada, pero descarté la idea de inmediato. Sabía que allí estaría bien, pero era tan mala opción como quedarme en su casa porque Storm iría a verlos y acabaría cruzándome con él.

Así que aquello quedó fuera.

En un momento de la conversación, Oskar se quedó pensativo durante unos segundos y después sonrió de una manera que consiguió darme un poco de esperanza. Parecía haber encontrado una solución y así me lo confirmaron primero sus ojos y, después, sus palabras.

Me ofreció una casa que tenía en Roskilde, un pueblo situado a menos de una hora de Copenhague.

Me explicó que la había heredado de sus abuelos cuando murieron y que llevaba tres años sin utilizarla, desde que ambos fallecieron con apenas tres meses de diferencia. Seguramente estaría bastante sucia después de tanto tiempo cerrada, pero se encontraba en buenas condiciones y, si quería, podía quedarme allí todo el tiempo que necesitara.

Acepté.

Claro que lo hice.

Al día siguiente, él mismo me llevó hasta la casa y Anna, que juró que no iba a dejarme sola, vino también con nosotros.

Era cierto que estaba bastante sucia, aunque no tanto como habíamos imaginado. Los dos se ofrecieron a ayudarme a limpiarla, pero me negué porque prefería hacerlo sola durante los días siguientes. Así estaría entretenida y tendría algo en lo que ocupar la cabeza.

Aquel día se quedaron conmigo hasta bien entrada la noche.

Durante la primera semana me dediqué a limpiar, colocar mis cosas y llorar por todo lo que había ocurrido y por cómo había perdido a Storm.

Pero, sobre todo, lloré cuando vi en las noticias las fotografías y los vídeos de la noche de la gala.

En algunas imágenes aparecía él solo, las que le habían hecho al llegar, y también había otras del momento en el que recogía el premio. Sin embargo, las que más me dolieron fueron las de la fiesta posterior, donde se lo veía hablando con distintas mujeres, riendo y bailando.

Verlo así me hizo muchísimo daño porque parecía que, apenas unos minutos después de que yo me marchara, él había seguido adelante con su vida y me había borrado por completo, no solo de su mente, sino también de su existencia.

Después de aquello me prometí no volver a mirar nada relacionado con él. No quería seguir haciéndome daño viendo lo feliz que parecía ni lo poco que, desde fuera, le había costado continuar.

Cuando terminé de limpiar la casa y colocar todas mis cosas, dediqué los dos días siguientes a recorrer Roskilde buscando trabajo.

El que fuera.

Y, por una vez, tuve suerte o quizá alguien desde ahí arriba —seguramente mi padre— decidió echarme una mano.

En una cafetería situada a unos quince minutos de casa de Oskar, casi en el centro, vi un cartel que anunciaba que necesitaban una camarera.

Entré esperanzada para preguntar y, cuando hablé con la dueña, una mujer encantadora, y le expliqué que tenía experiencia, no dudó en darme un delantal y decirme que, si aguantaba el ritmo durante toda la mañana, el puesto sería mío.

Lo aguanté.

Era cierto que la cafetería tenía muchísimo movimiento y rara vez se quedaba vacía o siquiera a medio llenar, pero a mí el trabajo nunca me había asustado. Además, gracias a las cafeterías en las que había trabajado en Nueva York, sabía moverme perfectamente tanto detrás de la barra como atendiendo las mesas con una bandeja en las manos.

Al terminar la mañana, Lucy, que así se llamaba mi nueva jefa, me felicitó y me dijo que el puesto era mío y que volviera al día siguiente a las ocho y media.

No quise ocultarle mi embarazo. Primero, porque dentro de poco sería evidente y, segundo, porque estaba cansada de esconder cosas.

Para ella no supuso ningún problema. Me dijo que me contrataba igualmente porque había visto que necesitaba a alguien y que yo podía hacer perfectamente el trabajo.

Así fue como llevaba casi tres meses trabajando allí, siempre en el turno de mañana, de lunes a viernes, con un horario de ocho y media a tres.

El sueldo no estaba mal. Me permitía vivir y ahorrar casi la mitad para cuando naciera mi hija porque no tenía que pagar alquiler. Por mucho que insistí, Oskar nunca quiso ni oír hablar del tema.

Según él, antes tampoco sacaba nada de aquella casa porque llevaba años cerrada, así que ahora la situación era exactamente la misma, con la diferencia de que sabía que yo estaba allí y que, además, se la cuidaba.

Otra patada de mi pequeña al notar mi mano sobre la barriga consiguió arrancarme una nueva sonrisa mientras me levantaba para lavar el vaso y dirigirme a la habitación para vestirme.

Mientras me cambiaba de ropa, pensé en la semana anterior, cuando había ido a la consulta de ginecología del centro de salud. En aquella revisión, cuando ya estaba de cinco meses, me confirmaron que esperaba una niña.

Una pequeña rubita…

Pensar en eso me provocaba sentimientos encontrados. Por una parte, estaba inmensamente feliz porque, según todas las revisiones, mi hija estaba perfectamente; por otra, me entristecía saber que su padre, que tantas veces había dicho que deseaba tener una mini rubita como yo, ni siquiera iba a conocerla.

La última vez que nos vimos yo ya estaba embarazada de dos meses. Eso me sorprendió muchísimo cuando me lo dijeron porque no imaginaba que estuviera de tanto tiempo, pero él nunca llegó a saberlo y, por cómo habían sucedido las cosas, parecía que así sería para siempre.

¿Por qué?

Porque, después de mi primera visita al médico, cuando me confirmaron de cuánto tiempo estaba y que todo iba bien, le mandé un mensaje diciéndole que necesitaba hablar con él.

Su respuesta fue que no teníamos nada de lo que hablar, que no quería saber nada de mí y que, por favor, no volviera a molestarlo.

Insistí con un segundo mensaje justo después, diciéndole que era importante.

Su respuesta fue bloquearme.

Así que todo quedó bastante claro.

Si no quería verme, ni escucharme ni siquiera darme la oportunidad de hablar con él, evidentemente no sabía que iba a ser padre.

Y no solo él.

En realidad, nadie lo sabía todavía.

Anna y Oskar me habían visitado durante aquellos tres meses tanto juntos como por separado unas cuatro veces, pero hacía ya un mes desde la última visita y entonces apenas se me notaba la barriga. La próxima vez que me vieran sería imposible ocultarlo porque durante las últimas semanas me había crecido una barbaridad y ya tenía un buen barrigón.

El día anterior, Anna me había avisado de que aquel fin de semana, concretamente el sábado, para el que todavía faltaban dos días, vendrían los dos a visitarme.

Estaba deseando que llegara.

Terminé de vestirme y me puse el único abrigo que tenía. Ya me quedaba un poco justo, pero todavía podría aguantar algunos días más y tendría que hacerlo porque el que había comprado por internet a muy buen precio no me llegaría hasta la semana siguiente.

En cuanto salí a la calle, el frío me dio una bofetada de aúpa.

Me enrollé bien la bufanda que había cogido de la percha antes de salir, me puse los guantes y, caminando con mucho cuidado para no resbalarme con la nieve que ya empezaba a caer, me dirigí hacia la cafetería.

—Buenos días, Lucy.

—Buenos días, niña. Hace malo, ¿verdad?

—Hace malísimo. Y no es solo la nieve, es que corre un aire que te corta la respiración.

Seguimos hablando del tiempo, de mi embarazo, de su marido, que estaba en la cama con gripe, y de poco más porque no nos dio tiempo.

Los clientes empezaron a llegar primero con un goteo constante y después a oleadas. Y así, entre el olor a café —que, por suerte, no me daba asco—, las conversaciones con los clientes y algunas sonrisas, pasó otro día más.

Capítulo 34



Por fin sábado, pensé nada más despertarme.

Me levanté de la cama sonriendo al imaginar la cara que pondrían Anna y Oskar cuando me vieran. Estaba segura de que alucinarían.

Como cada mañana, me senté en la cocina para desayunar un vaso de leche templada. A aquellas horas, al parecer, a mi hija no le gustaba que tomara nada más y, si lo hacía, no me sentaba demasiado bien. Así que me conformaba con eso y, un par de horas después ya fuera en casa o en la cafetería, desayunaba algo más contundente.

Una hora más tarde estaba limpiando mi habitación cuando llamaron al timbre.

Dejé la escoba tirada en el suelo y, aunque correr no corrí porque no quería arriesgarme a sufrir una caída, sí fui hasta la puerta con pasos bastante ligeros.

Yo sonreí nada más verlos.

A ellos, en cambio, se les desencajó la mandíbula al fijarse en la enorme barriga que tenía y que todavía resaltaba más por la camiseta ajustada que llevaba.

—¿Qué cojones te ha pasado? ¿Te has comido a alguien del pueblo o es que tienes muchos gases?

Puse los ojos en blanco y me eché a reír ante la chorrada de Anna.

—Un balón. Me he comido un balón, no te jode.

—¿Pero esto cuándo ha pasado? ¿Y cómo?

Si una decía bobadas, el otro tampoco se quedaba atrás.

—Pues, según el médico, pasó hace cinco meses. Y el cómo no creo que precisamente a ti tenga que explicártelo. Sé de sobra que sabes cómo se hacen los niños, al menos en teoría.

Sabía que Oskar nunca pensaría que podía ser suyo. Hacía más de seis meses desde nuestro último encuentro junto a Storm y, además, con él siempre había usado protección.

De hecho, después de todas las conversaciones telefónicas que habíamos mantenido durante aquellos meses, los dos habíamos llegado a la conclusión de que entre nosotros nunca volvería a ocurrir nada que fuera más allá de la amistad. Nuestro vínculo se había vuelto demasiado fuerte y los dos preferíamos dejar el sexo fuera.

—Déjame entrar. Necesito sentarme porque creo que, de la impresión al saber que voy a ser tía, se me ha bajado hasta la tensión.

—Pasa, reina del drama —dije apartándome de la puerta.

—En cuanto beba agua y me abanique, que sepas que tienes muchas preguntas que contestar.

—Lo suponía y ya tengo todas las respuestas preparadas.

Anna entró en la cocina abanicándose con la mano de forma exagerada y Oskar y yo fuimos detrás de ella riéndonos.

—Antes de que aquí la policía empiece con su interrogatorio, voy a aprovechar para preguntar yo lo que más quiero saber, porque sé que después no me dejará meter baza.

La carcajada me salió sola al ver la cara de asesina que le dedicó Anna.

—Dale —le dije haciéndole un gesto con la mano para que preguntara lo que quisiera.

—¿Estáis bien? Eso es lo más importante y lo primero que quiero saber.

Le sonreí con cariño al ver la preocupación con la que me lo preguntaba.

—Sí, las dos estamos muy bien. Todo va según lo previsto.

—i¿Las dos?! ¿Es una niña?

—Chica, no hace falta que grites. Estoy embarazada, no sorda. Y sí, es una niña.

Anna se levantó de un salto de la silla y vino directa hacia mí con las manos extendidas para tocarme la barriga.

Nada más apoyarlas, mi hija la saludó.

—Hostias, ¿qué ha sido eso?

Me eché a reír.

—Su manera de saludarte. Una patada.

—Oskar, ven. Pon la mano, a ver si a ti también te dice algo.

Oskar se acercó riéndose y, después de pedirme permiso con la mirada, apoyó una mano sobre mi barriga. Nada más hacerlo, recibió exactamente el mismo saludo.

—Joder, esta nos sale futbolista o karateca.

—Bueno, una vez hechas las presentaciones, ¿podéis darme un abrazo? Llevo esperando este momento más de un mes.

No dudaron en complacerme y, como pudieron debido a mi gran volumen, los dos me abrazaron a la vez y me llenaron de besos sonoros, igual que hice yo con ellos.

—¿Cuándo te enteraste?

Anna frunció el ceño al ver cómo desviaba la mirada para que no pudiera notar la tristeza que me provocaba recordar aquel momento.

—¿Astrid?

Suspiré antes de contestar.

—Lo sé desde una hora antes de que fuéramos a la gala de Londres. Me hice una prueba en el hotel porque llevaba varios días sospechando que podía estar embarazada. Tenía pensado decírselo al día siguiente, pero pasó lo que pasó y…

—Joder, Astrid… —murmuró Oskar antes de abrazarme de nuevo al ver que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—¿No vas a decírselo? —preguntó Anna en voz baja.

Entonces les conté que había intentado hablar con su hermano unos días después de llegar al pueblo para explicárselo, pero él no había querido escucharme y, después de insistir con un segundo mensaje, me había bloqueado.

—Gilipollas —murmuró Anna enfadada.

—Tranquila. Ya me he hecho a la idea de que seremos solo las dos.

—De eso nada. Solas no vais a estar nunca. Nosotros estaremos aquí y, además…

Dejó la frase en el aire y cruzó una mirada cómplice con Oskar que no me gustó nada.

—Anna, ¿qué pasa?

Volvieron a mirarse.

—¿Oskar?

Tercera mirada y nueva conversación silenciosa entre ellos.

—Vale, ¿qué coño pasa? Sé que es algo relacionado con Storm, así que decidlo de una vez. No hay nada que pueda dolerme más que su desprecio y su rechazo.

»¿Qué es? ¿Se casa? ¿Tiene una novia nueva rubia? ¿Va a ser padre también con otra mujer? ¿O qué?

—No es nada de eso. No ha estado con nadie, ni siquiera una noche, desde que lo dejasteis.

Aquello era bastante difícil de creer, pero, si Oskar lo decía, podía ser cierto. Aunque, a esas alturas, tampoco sabía qué importancia tenía. Antes o después, Storm acabaría rehaciendo su vida con otra mujer.

—No está bien —soltó Anna.

Fruncí el ceño.

—¿Está enfermo? —pregunté preocupada.

Una cosa era que me hubiera despreciado, que no quisiera estar conmigo y que me hubiera apartado de su vida, y otra muy diferente que yo hubiera dejado de quererlo.

Porque no era así.

Pese a todo, seguía amándolo con todo mi corazón y, después de darle muchas vueltas durante aquellos meses, incluso había llegado a entender por qué reaccionó como lo hizo. No todo el mundo sería capaz de vivir sabiendo lo que yo había tenido que hacer.

Una vez me dijeron que, si me quería, no le importaría. Pero, al parecer, el amor que Storm decía sentir por mí no había sido lo bastante fuerte como para entender por qué lo hice y aceptarlo.

—No está enfermo. Está arrepentido.

—¿Arrepentido de qué?

Anna puso los ojos en blanco.

—De haberme tirado de las coletas cuando tenía siete años, no te jode. ¿De qué va a ser, hija? De lo que te hizo, de cómo te trató y de haber sido, por segunda vez, un gilipollas que te ha perdido.

Solté una risa amarga.

—Anna, eso no es posible. Su mirada aquel día lo dejó bastante claro y que después me bloqueara, todavía más.

—Al parecer, mi hermano es el lento de la familia y necesita meses para darse cuenta de las cosas. Es tonto del culo, chica.

—Hemos hablado muchísimo del tema —intervino Oskar—. Me hizo muchas preguntas y, cuando le expliqué que era un idiota por haberte perdido después de enterarse de lo fuerte y valiente que fuiste haciendo lo que hiciste para sobrevivir, terminó entendiéndolo.

»Ese mismo día se emborrachó entre lamentos hasta beberse el agua de los floreros.

Me quedé tan helada al escucharlo que no supe qué contestar.

—Astrid…

Miré a Anna, pero seguí sin decir nada.

—No hemos venido solo a verte. También queríamos hablar contigo de mi hermano.

De eso ya me había dado cuenta hacía rato. Tan tonta tampoco era, aunque a veces me lo hiciera.

—¿Y?

Volvieron a intercambiar una mirada y ya no pude aguantar más.

—Dejad de miraros y decid de una vez lo que tengáis que decir, coño, que me estáis poniendo de los nervios.

Fue Anna quien empezó a hablar.

Me contó que su hermano llevaba prácticamente desde el principio muy mal. No habían querido decirme nada porque sabían lo dolida que estaba y, además, entre los dos habían decidido que, después de su comportamiento, con el que ninguno estuvo de acuerdo, se merecía sufrir un poco mi ausencia.

Poco a poco me fue explicando más cosas. Storm llevaba alrededor de dos meses muy apático, había adelgazado bastante, bebía más de la cuenta y les preguntaba por mí prácticamente todos los días.

Quería saber dónde estaba y si me encontraba bien. Les rogaba una y otra vez que, sabiendo que mantenían el contacto conmigo, le dijeran dónde podía encontrarme porque necesitaba hablar conmigo.

No se había atrevido a llamarme porque daba por hecho que, después de haberme bloqueado el día que yo intenté hablar con él, ni siquiera contestaría.

También sabía, y ya se había hecho a la idea, de que, después de cómo se comportó y de cómo me despreció sin intentar entender por qué había hecho aquel trabajo en Nueva York, probablemente nunca volvería con él y me había perdido para siempre. Pero necesitaba verme, aunque solo fuera una vez más, para pedirme perdón.

—No sabemos qué piensas realmente porque no has querido hablar demasiado del tema, ni si serías capaz de perdonarlo, pero quizá sí quieras verlo para que, al menos, esta vez podáis cerrar bien lo vuestro.

—No tengo ni idea de qué hacer, Anna. Todo lo que me estás contando me está dejando alucinada.

Oskar sonrió mientras me miraba a los ojos.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Anna.

—Porque todavía lo quiere. Está dolida, pero sigue queriéndolo. Eso me da esperanza de que los dos puedan tener el final que se merecen después de todo lo que han pasado.

Sonreí con tristeza.

—Sí que lo quiero. Eso no puedo negarlo, pero el daño que me hizo sigue muy presente. Dos veces me ha despreciado por no escucharme y no puedo arriesgarme a que haya una tercera. Si eso ocurriera, terminaría de destrozarme por completo.

Se miraron y hablaron casi al mismo tiempo.

—Te entendemos y, si decides no perdonarlo, estás en todo tu derecho. Pero, al menos, ¿querrás hablar con él? ¿Quieres que sepa lo de la niña?

Claro que quería que lo supiera. Ya había intentado decírselo y no me dejó, pero tenía claro que, si era necesario, cuando mi hija naciera, me presentaría directamente en su casa para que la conociera.

Después, si decidía que no quería saber nada de ella, al menos yo tendría la tranquilidad de haber hecho lo correcto.

Les expliqué lo que había pensado y a los dos les pareció una buena decisión.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Le decimos que te llame o le contamos dónde estás?

No creía que hablar por teléfono fuera lo más adecuado y así se lo hice saber.

Lo que teníamos pendiente debía hablarse en persona. Yo tenía que contarle que iba a ser padre, porque por mi parte no había mucho más que decir, y él tendría que explicarme lo que fuera que necesitara contarme.

—Cuando volvamos, le diremos dónde estás —dijo Oskar, zanjando el tema.

El resto del día lo pasamos en casa. Fuera había dejado de nevar, pero hacía un frío de mil demonios y no era plan de pasearnos por el pueblo.

Además, el día anterior había hecho una buena compra y, antes de que llegaran, había preparado un guiso de carne con verduras que sabía que a los dos les gustaba y también una tarta de queso.

Durante la comida y toda la tarde no dejamos de hablar y reír. Les conté historias de los clientes de la cafetería, les hablé de Lucy y también les enseñé las ecografías que me habían hecho, con las que los dos acabaron llorando de emoción.

Sobre todo Anna, que aseguró que, cuando sus padres se enteraran, les daría algo de la alegría.

Molly y Thomas no tenían ni idea de lo que había ocurrido entre su hijo y yo. Era mejor así. Lo único que sabían era que nuestra relación no había salido bien y que habíamos terminado.

Con ellos había seguido manteniendo el contacto por teléfono y hablábamos aproximadamente una vez a la semana.

Oskar y Anna también me pusieron al día de sus vidas. Me hablaron de la empresa y él me contó que había conocido a una chica en un bar que, por lo visto, le gustaba bastante.

Anna, por su parte, me habló de Alfred. La convivencia entre ellos iba estupendamente y ya habían empezado a plantearse dar el siguiente paso y casarse, aunque era algo que habían hablado sin prisas y que se plantearían más en serio cuando empezara el nuevo año.

También salió el tema de la Navidad.

Los dos se enfadaron cuando les dije que tenía intención de pasarla sola y ni siquiera quisieron escuchar mis argumentos. Me advirtieron que, pasara lo que pasara, el día de Navidad no iba a estar sola y que iría a Copenhague con ellos a cenar a casa de los padres de Anna sí o sí.

No dije ni que sí ni que no.

Me limité a contestar que me lo pensaría.

Aquella noche, cuando finalmente me metí en la cama, fue inevitable pensar en Storm, preguntarme cómo estaría y si todo lo que mis amigos me habían contado sobre él sería realmente cierto.

Capítulo 35



Desde la cama oía cómo soplaba el viento fuera.

Me acurruqué bajo las mantas mientras me acariciaba la barriga. Era domingo y, como no tenía que ir a trabajar y apenas eran las ocho de la mañana, decidí que, con el mal tiempo que hacía, remolonearía un rato más y me quedaría allí, al calorcito.

Ni cinco minutos después parecía que el sueño iba a volver a hacerme caer rendida, pero no llegué a cerrar los ojos del todo porque el sonido de un mensaje me hizo abrirlos de golpe.

Fruncí el ceño pensando quién narices podía escribirme a aquellas horas de la mañana, cogí el móvil de la mesilla y lo desbloqueé.

Anna: *Astrid, siento escribirte a estas horas, pero, conociéndote, seguro que ya estás despierta. Quería decirte que mi hermano va de camino hacia allí.*

Astrid: *¿Qué? ¿Ahora?*

Anna: *Sí, hija, sí. No hemos podido retenerlo más. Anoche, como sabía que nos habíamos ido los dos, nos estaba esperando para volver a rogarnos que le dijéramos dónde estabas.*

»Oskar se lo dijo y quería irse para allí a más de las doce de la noche.

Joder…

Astrid: *No sé ni qué decirte… Solo puedo darte las gracias por avisarme. Así no me pilla de sopetón y menos a estas horas de la mañana. Si hubiera sonado el timbre sin esperar a nadie, me habría asustado.*

Anna: *Por eso te he avisado. Astrid… estate tranquila y, al menos, escúchalo. Yo estaré de tu parte hagas lo que hagas. Es mi hermano y lo adoro, pero no ha hecho nada bien.*

Astrid: *Yo tampoco lo hice. Debería haberle contado la verdad desde el principio.*

Anna: *Puede que todo hubiera sido distinto o puede que no. Eso nunca lo sabremos. Ojalá podáis arreglar las cosas. Es una pena que no terminéis juntos, sabiendo, como sabemos todos, lo mucho que os amáis y que sois la persona del otro desde que éramos unos críos.*

Astrid: *Ya veremos qué pasa. Lo único que puedo decirte es que lo escucharé.*

Anna: *Vale. Luego te llamo y hablamos. Te quiero, Astrid. A las dos.*

Me emocioné al leerla porque, joder, su amistad era total y absolutamente incondicional. Siempre había estado a mi lado y, al parecer, siempre estaría, no solo para mí, sino ahora también para mi hija.

El timbre sonó de repente y casi se me cayó el móvil de las manos por los nervios que me entraron.

Astrid: *Yo te quiero un mundo. Te dejo, que acaba de llamar al timbre. Luego hablamos.*

Antes de que consiguiera llegar hasta la puerta —y no porque yo fuera lenta, sino porque, al parecer, Storm, porque estaba segura de que era él, era un impaciente—, el timbre sonó dos veces más.

—Desde que no nos vemos no me he quedado sorda, ¿sabes?

Eso fue lo primero que le dije al abrir la puerta. Así, tal cual me salió.

Cuando me vio, se quedó tan impactado al fijarse en mi enorme vientre que no fue capaz de decir absolutamente nada. Simplemente cayó de rodillas al suelo, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

Joder, verlo en aquel estado me impactó mucho más que comprobar que estaba más delgado y demacrado, tal y como mis amigos me habían contado.

No sabía qué hacer, así que ni siquiera pensé. Me limité a hacer lo que mi corazón me pedía en aquel momento y alargué una mano para posarla sobre su pelo.

—Storm…

—Dios… ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

No dejaba de repetirlo una y otra vez y, al verlo y escucharlo, se me removió todo por dentro. El corazón se me estrujó y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

—Storm… Levántate del suelo, por favor —dije entre sollozos.

Entre lamentos, levantó la cabeza y clavó su mirada en mí. Sus ojos estaban llenos del más puro arrepentimiento y de un dolor tan grande que me costó sostenerle la mirada.

Después bajó los ojos hasta mi vientre y levantó una mano con intención de tocarme, pero la dejó suspendida en el aire porque no se atrevía.

Pasara lo que pasase aquel día, tenía todo el derecho a saludar a su hija y ella a sentir a su padre, así que le agarré la mano y se la llevé hasta mi vientre.

Un segundo.

Eso fue todo lo que tardó la niña en darme una patada muy fuerte.

—Joder… Dios… Lo siento. Lo siento…

—Levántate, por favor. Hace frío.

Al ver que estaba sin abrigo y que por la puerta abierta entraba una buena corriente de aire, se levantó del suelo de un salto, entró y cerró detrás de él.

Se quedó allí quieto, sin saber qué decir ni qué hacer.

—¿Quieres un café?

Sonrió con tristeza.

—Sí, gracias.

—Vamos a la cocina. —Le indiqué con la mano.

Dudó apenas un segundo antes de dar el primer paso y seguirme.

Entramos en silencio y así continuamos hasta que preparé un café para él y un vaso de leche para mí y nos sentamos frente a frente.

—Tu hermana me ha dicho que venías para que no me asustara por lo temprano que era.

Bajó la mirada hacia la mesa.

—Eh… Sí. Lo siento por las horas. No pensé en eso, solo necesitaba verte y…

Asentí.

—Tengo que decirte muchas cosas, si es que quieres escucharme.

—Quiero.

—Vale, gracias. Pero antes… ¿Puedo preguntarte cómo estás y si va todo bien?

Solté una risita.

—Acabas de hacerlo.

—Cierto —contestó pasándose una mano por la cara, nervioso—. Estoy tan impactado que no sé ni lo que digo.

—Sí, te has quedado más o menos como Oskar y Anna ayer.

—¿No lo sabían? —preguntó extrañado.

—No. No se lo había contado a nadie y, como hacía un mes que no los veía y antes apenas se notaba, no se habían dado cuenta. Y, respondiendo a tu pregunta, sí, las dos estamos bien.

—¿Es…? —preguntó mientras volvía a emocionarse.

Asentí.

—Sí, será una niña. Una mini rubita —contesté conteniendo las lágrimas.

En cuanto me oyó llamarla así, volvió a echarse a llorar.

—Storm… No pensaba ocultártelo. Aquel día que te escribí porque necesitaba hablar contigo era para decírtelo, pero… no pudo ser. Así que tenía pensado contactar contigo cuando naciera para darte la oportunidad de decidir si querías conocerla y tener contacto con ella.

—Claro que quiero. Sois mi vida. Ni te imaginas lo feliz que me he sentido al saberlo… aunque también me siento el peor hombre del mundo.

Tragué saliva.

—¿Cuándo…? ¿Desde cuándo lo sabes?

Decirle la verdad iba a dolerle, pero no quería que volviera a haber secretos entre nosotros.

—Desde aquel día… —susurré.

—¿Qué día? —preguntó con miedo.

Cerré los ojos y suspiré.

—El día de la gala. Me hice una prueba antes de irnos y tenía pensado decírtelo al día siguiente. Estabas nervioso por el premio y no quería ponerte más.

Entonces sí que se echó a llorar de una manera desgarradora mientras se pasaba las manos por el pelo, desesperado.

No podía verlo así.

Me levanté, rodeé la mesa y le agarré las manos para apartárselas de la cabeza. Después, sin darle opción a nada más, lo abracé.

—Deja de llorar, por favor. Me está matando verte así.

—No puedo… No puedo… Soy el mayor cabrón de la historia. ¿Cómo pude hacerte eso? ¿Cómo pude decirte todo lo que te dije? ¿Cómo…?

—Vale…

—No, no vale. Soy una mierda. Sé que te he perdido para siempre, pero necesito pedirte perdón. No puedo vivir con esto dentro. Saber lo que habías hecho me nubló el juicio, pero fui un gilipollas y no entendí en aquel momento por qué lo hiciste.

—¿Y ahora lo entiendes?

—Sí. Como dice Anna, soy lento y me costó comprender que tenías razón y que hiciste lo que hiciste para sobrevivir. Ahora lo entiendo, lo respeto y hasta te admiro por haber tenido los cojones de hacer lo que fuera necesario para salir adelante.

—No estoy orgullosa de ello. Es algo que me avergüenza muchísimo y entiendo que te diera asco saberlo.

—No. Eso fue algo que dije en aquel momento, pero no era verdad. Hemos estado separados durante seis años y yo también he estado con otras mujeres. Tú lo sabes y sé que jamás me mirarías con asco por eso.

»Yo tampoco siento eso por ti. Cuando supe lo de Oskar no me importó y, con los demás, fueran los que fueran, tampoco.

En sus ojos solo había sinceridad, comprensión y dolor, pero aquel dolor era por haberme hecho daño y no por haber descubierto la verdad.

—Pensé en contártelo cuando volvimos a estar juntos, pero era tan feliz a tu lado que no quise que nada lo estropeara. Aunque da igual, porque al final terminó haciéndolo.

—En eso te equivocas. No lo estropeó lo que hiciste ni tampoco que lo callaras. Quien lo estropeó fui yo.

Hizo una pausa y se separó de mis brazos, en los que había permanecido mientras hablábamos.

—Rubita… Sé que no me merezco ni tu perdón ni siquiera que vuelvas a mirarme a la cara, pero necesito pedírtelo. Perdóname, por favor. Perdóname por todo.

»Fui un cabrón que no pensó ni lo que hacía ni lo que decía. Yo te amaré toda la vida y entiendo que tú hayas dejado de hacerlo, pero estaré para lo que necesitéis siempre.

—No.

Me miró desolado, pensando que no quería perdonarlo.

Pero no era eso.

Por supuesto que no.

Claro que lo perdonaba. ¿Cómo no hacerlo después de verlo así y de todo lo que acababa de decirme?

En el amor, si era verdadero, había que saber perdonar, intentar entender al otro y no guardar rencor cuando alguien reconocía el daño que había causado. O, al menos, yo siempre lo había entendido de esa manera.

Storm dio dos pasos atrás. En su mirada pude ver una tristeza profunda, aunque intentó ocultarla esbozando una sonrisa.

—Será mejor que me marche ya y no te moleste más. Pero… ¿puedo llamarte para saber cómo estáis la niña y tú?

—No.

Dio otro paso atrás y la tristeza de sus ojos se hizo todavía más evidente.

—Vale. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes.

Frunció el ceño.

—Te perdono con la condición de que tú también me perdones a mí. Y quiero que sepas otra cosa: estás equivocado. Pese a todo, nunca he dejado de amarte. Aunque quisiera, no podría hacerlo porque mi corazón es tuyo y él manda.

—Rubita… ¿Eso qué quiere decir? —preguntó con miedo.

—Que me beses, rubio. Que me beses —dije riéndome.

—Joder… Claro que voy a besarte y a amarte durante el resto de mi vida. Y te juro que haré todo lo posible para que todo el dolor que te he causado se multiplique por mil, pero convertido en felicidad.

No lo dejé seguir hablando.

Fui yo quien lo besó.

Y allí, en aquella casita, sellamos con ese beso que, pasara lo que pasara, nunca más volveríamos a separarnos y que, a partir de entonces, hablaríamos de todo antes de permitir que el miedo, el orgullo o los malentendidos volvieran a interponerse entre nosotros.

Pero, sobre todo, que nos seguiríamos queriendo como siempre habíamos hecho.

Con devoción.

Profundamente.

Epílogo



Diez años después…

Unos besos en la espalda me hicieron abrir los ojos con una sonrisa.

Ese era el saludo que me daba mi marido cada mañana desde hacía diez años. Ni un solo día había dejado de hacerlo, como tampoco se había olvidado jamás de decirme cuánto me quería.

—Buenos días, rubita…

Me removí contra él.

—Buenos días, rubio.

Durante los minutos siguientes se dedicó a demostrarme sin palabras —algo que también hacía bastante a menudo y que, por supuesto, a mí me encantaba— lo mucho que me amaba.

Me hizo el amor despacio, besando cada centímetro de piel que encontraba a su paso desde mi boca hasta llegar entre mis piernas, donde se entretuvo hasta conseguir que pronunciara su nombre entre gemidos y me arrancó el primer orgasmo del día.

Unos minutos después, ya dentro de mí, llegamos juntos al clímax mientras me susurraba un «rubita, te amo».

Menos mal que ya habíamos terminado porque, de lo contrario, los tres torbellinos rubios que entraron como un vendaval en nuestra habitación nos habrían pillado ahí, dándolo todo.

—Por los pelos —me susurró mi rubio antes de darme un beso en los labios.

—Sí —contesté resoplando, haciéndolo reír.

—¡Papá! Venga, que hay que levantarse ya. Es el cumple del abuelo y tenemos que ir a comer a su casa y bailar en su fiesta.

Storm resopló y yo me eché a reír mientras nuestras tres rubias se subían a la cama y se tumbaban encima de él.

—Rubio, te dejo con las rubitas. Voy a preparar el desayuno o estas son capaces de hacernos ir a casa de tus padres sin nada en el estómago.

—No te molestes en hacer nada. Hoy voy a desayunar rubitas sin mojar en leche ni nada.

Se movió por la cama y empezó a darles mordisquitos a nuestras hijas mientras ellas reían a carcajadas.

Me puse la bata y las zapatillas que tenía preparadas sobre la silla junto a la cama y caminé hacia la puerta. Pero, antes de salir, me apoyé en el marco y me quedé observándolos mientras jugaban.

Al verlos así, todavía me costaba creer que, después de todo lo ocurrido y de las dos veces que nos habíamos separado, hubiéramos conseguido volver a encontrarnos, formar una familia tan bonita y seguir siendo tan felices.

A mi mente regresó el recuerdo de aquella mañana en la que Storm se presentó casi al amanecer en la casa de Oskar donde yo llevaba viviendo unos meses para pedirme perdón y decirme que me amaba más que a nada.

Yo lo perdoné y le confesé que también lo amaba y que siempre lo haría.

Y eso también nos lo prometimos el día de nuestra boda, justo un año después de aquella reconciliación, mientras, con lágrimas en los ojos, nos decíamos nuestros votos: que no nos amaríamos más, sino mejor, durante el resto de nuestras vidas.

Aquel día, cuando Storm fue a buscarme a casa de Oskar, también se enteró de que nuestra rubita mayor, Annika, ya venía de camino. Le pusimos ese nombre en honor a su tía, esa amiga que siempre estuvo y seguía estando, y nació cuatro meses después para colmarnos a todos de felicidad.

El día que nació, su padre lloró más que todos los niños juntos de la planta de maternidad.

Todavía teníamos enmarcada en el salón una fotografía del momento en el que Storm sostuvo a Annika por primera vez entre sus brazos y la miró con tanto amor que emocionaba a cualquiera que la viera. Mientras la observaba, le susurró que a su segunda rubita la querría tanto como a la primera.

Volví a mirar hacia la cama y sonreí al recordar lo que dijo mi suegra el día que nació:

—No hay duda de que es una mini rubita. Es igualita que tú.

Y lo cierto era que sí.

Annika era una mini yo en todo.

Mi mirada pasó después hacia mi segunda hija, que en aquel momento intentaba, sin ningún éxito, hacerle cosquillas a su padre.

Selma, a quien pusimos ese nombre en honor a mi madre, se llevaba dos años con Annika y acababa de cumplir ocho. Ella, en cambio, era una copia de su padre, tanto físicamente como en el carácter.

Y, por último, miré a nuestra tercera rubita.

Sí, cuatro rubitas tenía Storm en su vida y cada día me daba las gracias por ello. Yo siempre le contestaba que era yo quien tenía que agradecérselo a él por haberme dado los tres tesoros que teníamos.

Nuestra pequeña Karla, de seis años, era una mezcla de los dos. Físicamente se parecía a mí, pero en el carácter era una copia de su padre.

Sin dejar de sonreír, me di la vuelta y bajé a la cocina para preparar el desayuno. Mientras lo hacía, pensé en el resto de nuestra familia y en todo lo que había cambiado también para ellos durante aquellos diez años.

La primera persona que acudió a mi cabeza fue Anna, como no podía ser de otra manera. Ella no era solo mi amiga, era mi hermana de corazón y una de las personas que más quería en el mundo.

Su historia con Alfred ya duraba muchos años y seguían igual de bien que al principio. Se casaron tres meses después que nosotros y, exactamente nueve meses más tarde —porque, según palabras de Anna y no mías, su noche de bodas había dado mucho de sí—, nacieron sus gemelos, Lukas y Mikkel.

Ya tenían ocho años y, para desgracia de su madre, eran un calco de Alfred. Según ella, no habían heredado de su parte ni el blanco de los ojos.

Eran dos niños encantadores, igual que su padre.

Anna seguía trabajando en la empresa en el mismo puesto y teníamos la enorme suerte de vernos prácticamente a diario porque, cuando Storm fue a buscarme a Roskilde, regresé con él a su apartamento y también recuperé mi trabajo como su asistente.

En aquel piso solo vivimos hasta que nació Annika porque una niña ocupaba muchísimo espacio y, entre unas cosas y otras, apenas cabíamos.

Así que Storm buscó una casa que se adaptara mejor a nosotros tres y pensando también en que, en el futuro, pudiéramos ser más —como finalmente ocurrió—, encontró una muy cerca de la de sus padres.

Anna y Alfred hicieron lo mismo cuando supieron que esperaban gemelos y compraron una casa muy cerca de la nuestra.

Otra sonrisa apareció en mis labios al pensar en aquel amigo al que conocí en una situación cuanto menos peculiar y con quien, al principio, había compartido, además de amistad, algunas experiencias con Storm.

Aquellos encuentros habían quedado muy atrás en el tiempo, aunque alguna vez salían a relucir en nuestras conversaciones y los tres sonreíamos con cariño al recordar los buenos momentos que habíamos compartido.

A Oskar, mi amigo y el hombre al que también quería como a un hermano, le costó un poquito más que a los demás encontrar a quien, sin duda, terminaría convirtiéndose en el amor de su vida.

Lo hizo dos años después de que Anna se casara.

Emma, que así se llamaba mi cuñada —porque, si yo consideraba a Oskar un hermano, ella era eso para mí—, apareció en su vida de una forma que, todavía hoy, todos recordábamos entre carcajadas.

Un día, Oskar iba camino de la empresa cuando una conductora que llevaba mucha prisa chocó contra su coche. Por suerte, no ocurrió nada grave y todo quedó en un susto, pero ella estaba tan estresada porque llegaba tarde a un juicio que bajó del vehículo y lo puso de vuelta y media.

Lo llamó de todo menos bonito y le echó la culpa de lo ocurrido, aunque en realidad había sido ella quien había provocado el accidente.

Después de cinco minutos soportando todos los sapos y culebras que Emma soltaba por la boca, a Oskar se le ocurrió la genial idea de hacerla callar.

¿De qué manera?

Pues allí mismo, en mitad de la calle, con los coches pitando, ella gritando y él con la paciencia completamente agotada, la agarró por la nuca, la atrajo hacia sí y le plantó el besazo de su vida.

Según contaba Emma, cuando se separaron no sabía si pegarle, matarlo, seguir chillándole o denunciarlo.

¿Qué hizo?

Ninguna de esas cosas.

Ni siquiera ella sabía explicar todavía cómo se le fue tanto la cabeza como para agarrarlo y, con toda la mala leche que seguía teniendo dentro, devolverle otro besazo.

De aquellos dos besos surgió un café unos días después para hablar de lo ocurrido. Después llegó una cena, más tarde una salida con todos nosotros y, poco a poco, su historia se fue cociendo a fuego lento, aunque hubiera empezado con un fogonazo inesperado.

Llevaban casados cinco años y tenían dos hijos. Noah, una niña preciosa de cuatro años en todos los sentidos, y William, de uno, el pequeño muñeco con el que a todos se nos caía la baba.

Mi pequeña tropa de rubios entró en la cocina entre bromas y risas justo cuando terminaba de colocar el desayuno sobre la mesa.

Todavía era pronto para ir a casa de Molly y Thomas a celebrar el cumpleaños de este último, pero daba igual. En cuanto devoraran el desayuno, las niñas empezarían a suplicarnos que fuéramos cuanto antes para estar con sus abuelos.

Mis suegros adoraban a las tres. Bueno, en realidad, querían a todos los niños de nuestra familia por igual, incluidos los de Oskar, porque, como él ya no tenía a sus padres, Molly y Thomas los consideraban dos nietos más y jamás habían hecho ninguna diferencia entre ellos y el resto.

Diez minutos después, nuestras tres rubitas salieron a toda prisa de la cocina con los *morretes* todavía manchados de leche para ducharse y vestirse y conseguir así que nos marcháramos cuanto antes a casa de sus abuelos.

Storm, mientras me ayudaba a recoger el desayuno, se acercó por detrás, me abrazó por la cintura y dejó un par de besos en mi cuello.

—Adoro a todas mis rubitas, pero tú… Tú eres la original y la primera que llegó a mi vida, así que siempre tendrás el trocito más grande de mi corazón.

—El mío también está dividido en varios trozos, pero, desde que era una niña, el más grande siempre ha sido tuyo.

—Te amo, rubita, y todos los días doy gracias al cielo porque me dieras una tercera oportunidad. Gracias a eso soy el hombre más feliz del mundo.

Me giré entre sus brazos y sonreí.

—Y yo te amo a ti, rubio. Para siempre.